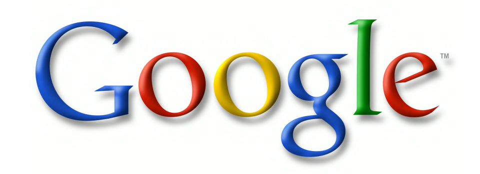
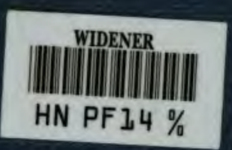

Google



LA

VIZCONDESA DE ARMAS

NOVELA

POR

EL MARQUÉS DE FIGUEROA

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Don Evaristo, 8
1887



LA VIZCONDESA DE ARMAS.

I.

CRUZABA el tren con velocidad los ásperos montes del Guadarrama, introduciéndose á cada momento en los negros túneles, escondiéndose á las inciertas claridades de la mañana; y si unas veces era rápido eclipse, como guiñar de ojos que produce momentánea oscuridad, otras sumíase largo trecho en la negrura de aquellos húmedos lugares, en que se filtran las aguas de las blancas nieves, coronamiento hermoso de las alturas de la sierra. Finalizaba Setiembre y comenza-

ban los fríos: no corría ni la imperceptible brisa que apaga una luz, pero sentíase la frialdad asesinadora que mata á un hombre. Era la hora del alba, y poco á poco iban esparciéndose por la tierra las claridades del sol, que aún no mostraba su bello y reluciente disco de oro; la naturaleza sacudía el yugo de la noche; sobre la bóveda azul del cielo limpísimo, fulguraba con mágicos destellos el lucero de la mañana. Escarcha blanca y dura cubría los campos; eran éstos quebrados, pero con cansada monotonía. Extendíanse por do quiera pinares, ofreciendo la perspectiva de inmensa mancha verde, con golpes de gris blanquecino; el color de los desiguales peñascos que festoneaban las alturas. De cerca veíanse en un desfilar mareador y confuso, los derechos troncos de los pinos, ostentando en la altura rumorosa bóveda de verdor, mostrando al pie el boquete claro y al borde la cazuela para recoger la resina. Había también matorrales muy propios para escondrijos de la caza, y abunda-

ban las matas de tomillo, que exhalaban rico aroma, más grato por combinarse de feliz manera con el acre y pronunciado de los pinos.

El tren hizo alto en su carrera; una voz bronca, aguardentosa, gritó:

—¡Las Navas... dos minutos!

Y otra voz fina, atiplada, que podía hacer el duo á la primera, pasó á lo largo del andén pregonando:

—¡Botijo leche!

Un viajero, que era apuesto mozo, corrió el cristal de un departamento reservado, y se asomó á la ventanilla á tiempo mismo que se desperezaba, abriendo muchos palmos de boca, alzando los brazos al cielo y entreabriendo los ojos de mala gana, como quien hace guiños á la luz. La desagradable sensación de frío, movió al viajero á levantar más que á prisa el cuello del amplio abrigo de pieles. Compró un cántaro de leche á la pregonadora, muchacha de pobrísimo arreo y muy subida fealdad, que se alejó repitiendo aquel pregón, que comenzaba con voz

aguda y penetrante, y terminaba con un *che* poco claro, con honores de estornudo apenas perceptible. El viajero del reservado, que, á pesar del frío, continuó en la ventanilla recreándose con la contemplación del paisaje, era joven de muy simpática y agradable figura, alto el cuerpo, agraciado el rostro, que circundaba barba fina y sedosa; negros y de atrevido mirar sus ojos, y expresivo y sonriente el gesto. Y cuenta que no es la de la mañana hora la más á propósito para mirar á un hombre que acaba de pasar mala noche, que si no quita la lozanía el cansancio, ocúltala por lo menos el desaliño.

Cuando oyeron gritar: ¡El Escorial... cinco minutos! —Pastillas y bombones de la fábrica de Matías López, en todas las ventanillas aparecieron rostros de gentes que miraban con curiosidad, deseosas de conocer la hermosa fábrica del Real Monasterio. Salían entonces los primeros rayos del sol, que arrancaban bellos reflejos á las cúpulas; hacían relucir las pizarras de negror azulado, jugaban con los

cristales de las numerosas ventanas, y daban, en fin, claro oscuro y perspectiva al pueblo que rodeaba al edificio y á los paseos vistosos y poblados. La sierra se erguía detrás, salpicada de peñascos, exhausta de arbolado, no exenta de majestad y gracia en sus contornos. Después el aspecto del país era cada vez más feo: quedaba lejos la sierra; eran las que se veían tierras amarillentas, barrosas, que meses antes ocultaban su desnudez con el verdor de las mieses. Ya cerca de Madrid daban á la naturaleza más variedad y belleza los montes del Pardo, poblados de encinas; las arboledas de la Moncloa; los paseos de la Florida y San Vicente, á lo largo del Manzanares, río de amplio cauce, muchísimos guijarros y poquísima agua. Allá en último término aparecía Madrid, á guisa de fondo de acuarela, destacándose en próximo término el Palacio de los Reyes, y más lejos dibujábase la cúpula de San Francisco sobre un cielo de abrillantado azul, lleno de limpidez y pureza. La locomotora, despidiendo chis-

pas de su vientre redondo, lanzando denso humo por su alta y negra chimenea, interrumpía el monótono rum-rum de la trepidación, ensordeciendo los aires con su silbar agudo que anunciaba insistentemente la proximidad de la capital de las Españas. Momentos después avanzaba el tren con lentitud, entre otras locomotoras y wagones que, puestos en correcta formación, esperaban partida próxima, y se detenía delante de la inmensa y pesada fábrica de madera, de aspecto vetusto y pobre, que hacía veces de estación provisional. En cuanto el tren hizo alto, abiertas todas las portezuelas, comenzaron á saltar gentes, á quien otras esperaban; viajeros cubiertos de polvo, mal aviados, con el desaliñado perjeño con que por regla general se viaja en nuestro país. Hubo saludos tiernos de las familias, bienvenidas calurosas de los amigos, apretones de manos y abrazos; no pocos, prescindiendo de tales expansiones, cuidaban de recoger los trastos, ansiosos de poner fin á las molestias y eno-

jos que van anejos al viajar. Interrumpía todos estos ruidos el rodar de los camiones, que pasaban cargados de equipajes.

Quien hubiese visto al viajero del reservado, cuando airosa y gentilmente saltó á tierra para caer en brazos de un amigo que con entusiasmo le saludaba, hubiese comprendido desde luego que no se trataba de un hombre vulgar, sino de un joven educado en la escuela del buen tono, de la distinción y de la elegancia; que todo eso revelaban á una la figura, los modales, la manera de vestir y el modo de hablar. Y también semejaba ser persona de elevada posición, aunque no de tanta elegancia natural, el amigo aquel que con efusión le estrechaba entre sus brazos. Los dos elegantes partían momentos después á la carrera, desempedrando las calles con el trotar de dos alazanes soberbios, que dejaban atrás todos los otros coches y ómnibus, arrastrando con brío acharolada berlina, que lucía sobre ambas portezuelas corona de vizconde.

. . . .

Jaime Girόndez y Córdoba, Conde de Montoro, y Paco Romeral, presunto Marqués de Casagrande y Vizconde consorte de Armas, así se llamaban aquellos dos elegantes, eran antiguos compañeros y muy queridos amigos. Desde hacía poco tiempo eran por añadidura parientes por afinidad: se había casado Paco con una prima de Jaime, la Vizcondesa de Armas; colegiales juntos ambos jóvenes, contrajeron una de esas amistades de la infancia que tarde ó nunca se olvidan: al encontrarse, después de algunos años de ausencia, hallaban complacencia mutua en recordar sus tiempos pasados, aquellos tiempos en que Paco, modelo de formales y aplicados muchachos, era el primero de su clase, y Jaime, grandísimo enredador, uno de los mayores vagos de la misma. Paco, según le decía Jaime, no habia variado apenas, pero estaba algo más grueso, tenía toda la barba, ostentaba, en fin, representación de casado. En cambio Jaime, no era ya aquel muchacho nervioso, delgado, ágil de cuerpo y risue-

ño de rostro, que años atrás ponía en revolución á todos sus compañeros colegiales. Tenía su persona sello de gravedad, parecía otro, y eso que se mostraba contento y ufano, sin cesar un punto de hablar, de reirse y de mirar cuanto pasaba, corrido el cristal, á pesar de la frialdad de aquella mañana en que se iniciaba riguroso invierno. Si hay algún placer en que la realidad excede á la esperanza, colmando todo ilusorio deseo, ese placer no es otro que el de volver á la propia tierra después de ausencia larga: cálmanse los anhelos nostálgicos del espíritu, la memoria dase á recordar con fruición sucesos de la niñez, los ojos no se sacian de mirar, y por el corazón se dilata una satisfacción purísima, que transciende á lo material de la existencia. La presencia de los distintos lugares en que corrió su infancia, traía como por la mano al ánimo de Jaime confusas reminiscencias más gratas por su misma poética vaguedad. Jaime no se saciaba de mirar: claro es, por lo demás, que ni el lujo de las tiendas ni

el traginar de las gentes, que suspenden y maravillan al provinciano, podían causar impresión á quien tornaba de visitar poblaciones como New-York y Londres. Era su principal goce comtemplar las mujeres hermosas y observar aquellos meridionales de cuerpos ligeros y movibles facciones que, embozados en las capas ó arrebujados en los gabanes, tomaban el sol buscando remedio para el frío, denotando, por la viveza de su gesticulación y lo rápido de sus movimientos, la impresionabilidad latina, que ofrece tan marcado contraste con la linfática gravedad de los sajones. Todo lo que fuese genuinamente español solicitaba muy principalmente la atención de Jaime, así las mujeres de pueblo, las beldades de mantón y de pañuelo á la cabeza. Iba señalando á Paco las que pasaban, menudeando mucho los pasos, contoneándose con gracia y con zalamería según lo tienen por costumbre.

—¡Mira aquélla... es de excelente trapío... buena mujer! Y á la serie de ob-

servaciones particulares, hubo de añadir por vía de comentario general:

—En un tiempo los españoles fuimos primeros entre los primeros... ya no es así, por desgracia; pero nuestras mujeres, apegadas á la tradición, conservan esa fielmente y son las primeras mujeres del mundo.

Jaime se instaló en el hotel de la Paix: allí le dejó Paco, después de encargarle una y otra vez con verdadera porfía, que fuese pronto á su casa, que Isabel deseaba mucho verle. Jaime pensaba extar en el hotel en tanto que no llegaban su hermana y su madre, ausentes en Extremadura: después se trasladaría á su casa de la calle de Don Pedro, casa más vieja de lo conveniente y más grande de lo necesario, pero que en su misma vejez y en su propia grandeza llevaba impreso el sello de la antigua severidad aristocrática. El día de su llegada apenas lo dedicó Jaime á otra cosa que á gozar, según la española costumbre, esto es, *matando el tiempo*; yendo y viniendo, según la osci-

lación de gentes; concurriendo á casinos y teatros; *flaneando* por paseos y por calles; observando en la Puerta del Sol la caterva de vagos que por las amplias aceras discurren filosóficamente; delante del Imperial los curiosos tipos de la gente torera; en la calle de Sevilla los politiquillos de menor cuantía, que cabildean delante del Suizo; y en aquellos lugares, como en los centros del buen tono y de la elegancia, fijándose principalmente en las mujeres hermosas, que llevan impresos los caracteres de la tentación, en las líneas de sus cuerpos y en los perfiles de sus rostros.





II.

Hija única de la Vizcondesa de Armas la juguetona y graciosa Isabelita, parece que trajo al mundo, por especial sino, subyugar á las gentes con el atractivo de su belleza. Cabía aplicarle la conocida imagen de los cuentos de hadas franceses: dijérase que á su nacimiento, y para adornarla con otras tantas perfecciones, acudieran las hadas misteriosas, con la sola excepción del hada de la mala ventura. La abuela de Isabel había sido hermosa; su madre guapa; ella era monísima. Notaban los viejos las diferencias de unas y otras, y decían por vía de comentario:

—No hay duda, la raza viene á me-

nos... Esta generación no puede compararse con la nuestra. ¡Ah! ¡la abuela de esta chica!... Aquélla sí que era una gran mujer: guapa, si las hay en el mundo, y además alta, fornida, de arrogantísima traza... soberbia, soberbia!

Y aun los ojos de los viejos se encandilaban al decir las excelencias de aquella mujer, que fué, por lo hermosa, una de las primeras reputaciones de su tiempo. La madre de Isabel era guapa y de proporciones regulares: Isabel chiquita, pero sumamente graciosa: estaba modelado á la perfección su cuerpo, y suspendía, por lo linda, su cabeza, aquella cabecita, en sus pensamientos tornadiza y voluble, que había de enloquecer muchas otras, inspirando deseos amorosos. Isabel fué bonita desde la infancia; quizás imitase á su madre en serlo hasta la vejez. En efecto, la Vizcondesa de Armas, ya en el ocaso de su existencia, se opuso con éxito á la fatal acción de los años: cuando la belleza natural dejó de prodigarla sus favores, buscó sustitución en la belleza del

artificio. Se tiñó el pelo, revocó el rostro, logró hacer perenne la tersa blancura de la piel, ligeramente coloreada por las mejillas. Con los años adquirió grosura, que quizás en otra fuese grasienta y fea, pero que en ella, merced á sumos cuidados, no fué lo uno ni lo otro, antes bien la prestó el continente majestuoso, propio de las matronas romanas. Bien dijo y mejor demostró el gran Ovidio, en su famoso *Ars amandi*, que la mujer tiene mil maneras de encubrir los estragos del tiempo, no tan fácil de ocultar en nosotros. Realzaban la persona de la Vizcondesa los trajes que llevaba, que eran ricos y lujosos; en esto no se atenía á los consejos de Ovidio, que recomienda como más elegante la sencillez. Pero es indudable que así los lujosos vestidos, como las ricas alhajas de la Vizcondesa, sorprendían por su artística elegancia. Hija de tal madre, aleccionada por ejemplos poco edificantes, era de temer que quien vivía en presencia de tanto lujo y tan gran derroche, heredase con la afición al

devaneo y el instinto de la coquetería, el afán de la disipación. La educación de Isabel fué de todo punto abandonada; sus menores caprichos eran inmediatamente satisfechos, con lo cual hacíanse cada vez mayores y más apremiantes. Regalábanla lindos juguetes, que si al pronto la hacían bailar de júbilo, muy luego la cansaban. No tanto era Isabel mimada como consentida, que no la velaba constante el cariño maternal, prodigándola obsequios y ternezas; rota, al contrario, toda ligadura, se la abandonó á sí propia: no había para ella la paternal autoridad, que da suave ley, que premia ó que castiga; creció libre, independiente: así se crían los niños en las selvas, y alguna vez así se crían también en los palacios. Con las gracias de Isabelita henchíase su madre de vanidad; la torpe vanidad envenenaba los más puros sentimientos en el corazón de aquella mujer. Algunas veces llevaba á Isabel á paseo; la emperejilaba mucho en tales casos; vestíala con trajecillos de vistosos

colores con bordados y encajes, al aire las sonrosadas piernecillas, suelta sobre la espalda la mata de pelos rubios. Sentada en el *landeau*, muy hueca y oronda, como quien se va enseñando á las gentes, parecía Isabel remedo de su madre, edición microscópica de las mismas perfecciones y vanidades. Alguna vez olvidaba aquella actitud, ridículamente graciosa, aquel fingido aire de persona grave, y metíase con el Mosquito, un perro insignificante, de hocico rarísimo y greñas muy mal peinadas: extraña vanidad de la Vizcondesa, que le costó algunos miles de reales. Divertía mucho á Isabelita hacer rabiar al perro: si el molestar á los animales no prueba, por lo general en los niños loables sentimientos, en el caso aquel revelaba por lo menos un sentimiento artístico: el horror á lo feo.

La Vizcondesa era partidaria de tener la mayor independencia: usando y abusando de ésta, disfrutaba muy á sus anchas los encantos de la viudez, que, sin ninguno de los inconvenientes, tenía para

ella todas las ventajas de la soltería. Andaba, en tanto, Isabelita acompañada del aya, una hija de la gran Albión, que revelaba su origen con sólo su presencia: alta, desgarbada, de color de leche las facciones, abultadas las mejillas, grandes las manos y los pies. Llamaba la atención al andar, no sólo por su estatura, que hacían resaltar los trajes de escaso vuelo y pocos pliegues, sino también por su gravedad estóica, por el aire masculino con que caminaba, sueltos los brazos, llevando debajo del derecho un libro, y blandiendo en la mano izquierda la sombrilla.

Algunas tardes jugaba Isabelita en el *Parterre* con otra porción de niñas, como ella traviesas y enredadoras. Isabel saltaba gentilmente á la cuerda, que ella misma batía á su alrededor, destacando graciosamente el cuerpo, agitando la rizada y flotante cabellera, expresando con risas su contento. Más de una vez se enredó en la cuerda la punta de la imperial botina y cayó con estrépito al suelo, hacién-

dose un chichón en la frente, levantándose la piel de ambas rodillas, cubriéndose de polvo el traje.

Al aya gustábale poco ir al *Parterre*, pero á Isabel la entusiasmaba jugar con aquel enjambre de bulliciosas niñas, al corro, á los colores, á la gallina ciega, al escondite: menudeaban los gritos, las risas, las disputas.

—¡Cogida! gritaba una.

—¡Trampa, trampa, no vale... saliste antes de que llamásemos! ¡Trampa! respondía otra.

Y se dividían los pareceres, y se armaba un tremendo guirigay. A lo mejor desafinaban en aquel alegre concierto los gritos y los ayes de alguna criatura que rodaba las expuestas escalinatas.

Las niñeras, en tanto, paseaban á lo largo de las avenidas, adornadas con acacias redondas, boj y bónibus, muy peinado y afeitado todo ello á fuerza de tijeretazos y podaduras. Solían deslizarse por aquellos lugares furtivos admiradores de sus gracias, que las hacían guiños

y las decían atrevidos piropos; escenas que no siempre pasaban inadvertidas para las mayores de aquellas niñas, que sin cesar, y como poseídas de un vértigo, corrían alrededor de las estatuas de reyes de formas pesadas y duras. La institutriz, apartada del barullo, dedicábase á saborear alguna novela romántica de aristocráticas costumbres, labor que de cuando en vez suspendía, para dejar volar por regiones de ensueños su imaginación romancesca.

No fijaba la institutriz en el ánimo de Isabelita aquellas graves enseñanzas morales, que son base de una buena educación. Más que de formar la voluntad, cuidábase de ejercitar la inteligencia; antes que de educar, preocupábase de instruir, siquiera tal instrucción, como careciendo de base, fuese movediza y poco segura. Lo principal en aquella edad hubiera sido que la institutriz corrigiese los defectos de Isabelita, logrando hacerla obediente y subordinada; pero para ejercer esta provechosa influencia faltábale carácter,

que, á despecho de sus maneras resueltas y de su apariencia masculina, era la institutriz tan sensible como soñadora.

Aunque ella no lo comprendiese así, fué una ventaja para Isabelita que su madre dispusiese una expedición al extranjero, y que antes la llevase á un colegio de señoritas aristocráticas, que dirigían religiosas francesas: un afamado colegio, en que estaban las hijas de las más distinguidas familias de la corte. Once años contaba Isabel cuando sufrió semejante contrariedad, que tal fué para ella el dejar su existencia feliz y libre por la vida de encierro; el trocar los trajes alegres y elegantes por el hábito de oscura lanilla. Ser colegiala, hacer como tal lo que la mandasen, ver constantemente las mismas caras, salir en fila á paseo, estar en clase largas horas, dar en alta voz las lecciones, llevar, en fin, una vida siempre igual, siempre monótona, que carecía de variados sucesos, era cosa que llenaba su pecho de coraje. Más de una noche pasó en el modesto lecho de hierro

recordando con inquietud la libertad pasada, abiertos los ojos, fijos en la oscuridad, en tanto que, formando contraste con la triste realidad presente, aparecían ilusorios á su vista recuerdos del pasado. Si por acaso se empeñaba en borrar de su imaginación aquellos recuerdos, fijos en la mente con insistencia atormentadora, los recuerdos surgían en mayor número y más palpables, como si estuviese dotada Isabel de singular clarividencia. Lo que no sabía Isabel era que todos aquellos sinsabores y todas aquellas mortificaciones, redundaban en su provecho. Isabel, la niña voluble y consentida, necesitaba ley y castigo para su voluntad caprichosa.

A los primeros movimientos de su ánimo, que fueron de irritación y disgusto, sucedió cierto moral aplanamiento, resultado de la acción, no ya viva, pero sí constante, de los recuerdos y de la impresión de novedad y extrañeza que la causaba aquella monótona vida. Pero por ventura no era predispuesto á melancolías

el espíritu de Isabel, y pronto buscarían su nivel las satisfacciones y los contentos, que, en tan dichoso período de la existencia como la niñez, sólo cesan de manera temporal y breve. Contribuyó grandemente á que Isabel se acostumbrase á tal vida, la colegiala Luisa Candelas, que era una de las mayores: había entrado allí muy tarde, y para completar su educación tuvo que estar hasta los diez y nueve años. Contribuyó á que la interesase Isabel el recuerdo de la gran contrariedad que sufrió al entrar allí, abandonando la independencia del mundo. Además á Luisa la gustaba darse tono de muchacha grande y formal protegiendo á una pequeña. Las religiosas pusieron á Isabel y á Luisa juntas en la sala de estudio. Luisa prodigaba á su tierna compañera consuelos y caricias; la regalaba estampas. No es, pues, de extrañar que Isabelita, sumamente encariñada con Luisa, sintiese un gran vacío cuando se fué tan buena amiga y compañera. En esa edad se llenan pronto los vacíos; cesan apenas se reciben

los disgustos. Luisa visitaba con su madre el colegio todos los domingos para ver á sus hermanas pequeñas, con lo cual tenía Isabel la satisfacción de recibir de su amiga besos, abrazos, dulces y caramelos.

La vida de colegio, en la edad y en las condiciones en que entró Isabel, es buena, bien que en ningún colegio puedan recibir las niñas educación más provechosa que la que dan en sus mismas casas sus propias madres, si estas son señoras graves y dignas á quienes el amor filial, lejos de cegar, sugiere útiles y provechosas enseñanzas. Ni hay ni puede haber educación mejor que la que da una madre que sabe serlo. Entre esa educación y la de colegio, habrá siempre diferencia análoga á la que hay entre un producto que es obra de inteligente y cuidadoso artista y ese mismo producto si es obra de fábrica. La educación de colegio imprime cierto sello de fábrica; y eso aunque el colegio sea tan bueno y de tanto coste como aquél en que se educaba Isabelita. Hay

con todo que insistir en que fué excelente acuerdo de la Vizcondesa—puesto que no solía incurrir en aciertos, elógiese éste sin restricciones—el enviar su hija al colegio. Por lo demás, las muchachas que se educan para la sociedad, deben vivir en ella, para que, conociéndola de una manera paulatina y gradual, lleguen á formar de lo que es real y exacto concepto.

Puestas á soñar en el apartamiento, fuerza es que conciban ideas poco exactas de las cosas, y aunque acierten en algo, se engañan en mucho; y es lo malo que han de vivir luego en ese mundo, objeto de sus fantasías, y no para realizar éstas, sino para recoger desengaños. Se dan tales peligros sobre todo cuando se inicia la adolescencia, en esos momentos en que se despierta poderosa en la imaginación la facultad intuitiva.

También los cuchicheos de las niñas, sus confidencias íntimas, ofrecen peligros; por muy grande que sea la vigilancia, no cabe evitar que una colegiala murmure al oído de otra alguna historieta poco

edificante, sorprendida por su curiosidad indiscreta. En aquel mismo colegio, algún tiempo después de la entrada de Isabel, ocurrió un sencillo lance de amor que, impresionando el ánimo de las colegialas, sirvió de tema á sus conversaciones. Sucedió que una de las mayores y más guapas colegialas, que era de muy principal familia y estaba en excelente posición, fué insistentemente cortejada por un galán atrevido y habilidoso, que se puso en relaciones con ella. Era el tal de muy despierto ingenio, y se daba singulares trazas para interesar á la colegiala de sus pensamientos. De muchos ardides se valía para enviarla billetes amorosos y aun para verla, y á tanto llegó, que un día fué sorprendido á deshora en el mismo recinto del colegio en animado palique con su novia, por lo cual fué grave el aprieto para las buenas y escandalizables religiosas. Ello, después de todo, sucedió para mayor dicha de la colegiala, que el incidente aquel hizo precipitar los sucesos, y pocos días después trocaba el modesto tra-

je de lanilla por las ricas prendas de desposada, y la obediencia á los superiores por el amor á su marido, caballero principal y acaudalado. ¡Ah! cuántas ilusiones confirmó y á cuántas otras dió origen aquel hecho, y cómo se suscitaron envidias en unos ánimos, esperanzas de amor en otros y en muchos firmes deseos de abandonar aquella vida cansada y monótona. A las horas de recreo, cuchicheaban las muchachas, comentando los varios incidentes del lance, con lo cual incurrían algunas en candideces atrevidas y manifestaban otras reservas nada cándidas. Muy principalmente atraía su atención, excitaba sus cavilosidades y daba lugar á sus comentarios, el hecho de sorprender al novio dentro del recinto del colegio. A las religiosas causó aturdimiento y confusión aquella sorpresa, que las hizo pensar en amaños del diablo y poner todos los santos en novena, y gran contento recibieron con la nueva de que había terminado como Dios manda, y para buen ejemplo, aquella relación

que dió lugar á grave escándalo. Isabel había vivido en completo aislamiento con respecto á tal género de impresiones: era de carácter poco reflexivo, de espíritu poco observador. Lo que entonces vió y oyó á su alrededor, abrió nuevos horizontes ante su vista: sintió impresión extraña ante los arcanos de la naturaleza y los enigmas del porvenir. Su imaginación fantaseó escenas de amor en que ella era protagonista, y en su ánimo surgieron esperanzas de triunfos, que, por adelantado, excitaban sus vanidades. Era parte principal á que así se replegase en su interior, entregándose á cavilaciones, lo monótono de aquella existencia, pues no hallaba distracciones que esparciesen su espíritu, quitando persistencia y fijeza á toda preocupación. Sucedíanse los días siempre iguales, sin variedad, sin accidentes. El levantarse muy temprano, oir misa, tomar desayuno é ir á las clases, que terminan á la hora de refectorio; el descansar después, estudiar luego y más tarde salir á paseo

en correcta formación, hasta el lugar donde se rompen filas y comienzan las carreras bulliciosas; y por fin, el volver al colegio, rezar nada breve Rosario, cenar frugalmente, y, apenas entrada la noche, acostarse, diciendo en alta voz Padre nuestros y Ave Marías, y murmurando la piadosa jaculatoria:

"Como me echo en esta cama
me echaré en la sepultura:
en la hora de mi muerte
amparadme, Virgen Pura.„

Para muchas niñas era grata, por su misma sencillez, aquella vida, que el contento de vivir se hermana perfectamente con la tranquilidad y el reposo. El lugar era sano; el plan de vida higiénico: no pocas muchachas abandonaban con pesar el colegio. No era Isabel de las así devotas de éste, pero tampoco sentía aburrimiento por permanecer en él. Deseaba, sin inquietud, que llegase el momento de salir al mundo: así como así, éste era el término natural de quien no sentía

vocación de vestir blancas tocas y negro hábito. Isabel no había variado mucho: aquella misma impresionabilidad, fondo de su carácter, hacía que fuesen mudables sus gustos. Se habituó pronto á la vida de colegio, al estudio de las lecciones, á las prácticas de piedad. El constante ejercicio de éstas, las lecturas de vidas de santos en la obra del P. Croiset y el ejemplo vivo de las religiosas, suscitaron devotos pensamientos en la mente y piadosos sentimientos en el corazón de Isabelita. Gustábala en extremo asistir á las funciones en la capilla, que era chiquita, pero muy clara, no menos bonita y limpia como una patena.

A la hora del Rosario, que era la del caer la tarde, las lucecillas de las mariposas oscilaban con vacilante é indecisa claridad, como si en lucha con las sombras de la noche no pudiesen extender, sino en breve círculo, sus débiles rayos. Todo inducía á la meditación: la tristeza de la hora; la gravedad del templo; el murmullo melancólico de la oración, re-

vistiendo la escena de aspecto misterioso, reconcentraba en su propio interior la atención de las niñas, imprimiendo sello de gravedad á su carácter. El altar quedaba sumido en sombras: por el contrario que en los días de solemnidad, no brillaban resplandecientes los dorados, ni lucían los racimos de uvas, que, entreverados con cabezas de ángeles y hojas de parra, tenían, como el resto del retablo, la pesadez y el mal gusto peculiares del siglo XVIII. La capilla aquella no se parecía á la mayor parte de las capillas ó iglesias que hay en España. No había manchones de aceite en el suelo, ni polvo en las mal caleadas paredes, ni telas de araña en los rincones. En aquellas paredes desnudas, en aquellas bóvedas sencillas, en el servicio del altar y en el altar mismo, notábase esmero, solicitud, cuidado: sólo había allí el arte de la limpieza. Y sin embargo, aquella capilla, sin asomos de pretensiones, sencilla y bien cuidada, valía más y no agradaba menos, que esas construcciones falsa-

mente góticas que ahora se estilan, torpes remedos que quizás carecen del arte de la proporción. Correctamente puestas en fila sillas que tenían delante otros tantos reclinatorios, llenaban la capilla, dándola un aspecto de uniformidad que desagradaría en nuestras hermosas catedrales románicas y ojivales.

Agradaban á Isabel los cantos que entonaban las madres con sus vocecillas débiles, gangosas, sin arranquss de pasión, sin gorjeos difíciles, interpretando con su monótona canturria los sencillos cánticos religiosos. En la devoción de Isabel había algo de aquella sencillez que no sentía, como otras colegialas, apasionamientos místicos, vivos anhelos espirituales. Pagándose Isabel muy principalmente de las formas, despertaron sus devociones las externas solemnidades del culto: era, pues, su devoción, una complacencia de artista, algo que entraba principalmente por los ojos.

La volubilidad de Isabel era grande: quizás, por ser tan olvidadiza; con la mis-

ma facilidad con que aprendía olvidaba; así que no sacase gran provecho de los estudios, aunque gozaba fama de aprovechada y estudiaba perfectamente las lecciones. Sin dificultad dábalas á la memoria, y no sin ufanía las recitaba luego de un tirón. Su contento subía de punto, si por acaso la regalaban como premio alguna linda estampita que, sobre papel semejante á encaje, luciese lindo ramillete de flores, de entre las cuales, tirando por una cinta de seda, apareciese el niño Jesús ofreciendo dulces sonrisas, como prenda de inefables misericordias.

En todos los actos de aquella Isabelita, tan agradable, de tan viva y lozana imaginación, pero tan superficial y ligera, notábase un excesivo amor propio, una vanidad que, mal dirigida, pudiera ser en extremo perjudicial: era herencia que la legó su madre al darla el sér.

Corrían los días y los días sin que ninguno se señalase con algún extraordinario suceso que pudiese volver más tarde á la memoria; pero en tanto, Isabel iba

convirtiéndose de niña en mujer, y á la transformación física correspondía la transformación moral, que por incesante, pero oculta manera, se realizaba.

Era el de Isabel entonces, cuerpo de mujer con movimientos de niña, y de niña eran las suaves sonrisas y las francas miradas, que expresaban infantil inocencia. Parecerá raro á primera vista, pero bien mirado no lo es, que precisamente en días tan próximos al término natural de su estancia en el colegio, fuese cuando Isabelita se encontraba mejor. Y era que si los recuerdos estaban muy lejos, las esperanzas que pudiera despertar la proximidad de otra vida, tenían por contrapeso los temores y las desconfianzas que inspira un porvenir desconocido; á todo lo cual ha de unirse, la falta de verdaderos cariños de familia y el apego que por el hábito había llegado á tomar á la vida de colegio. Se inclina nuestro espíritu á cobrar afición mayor á las existencias reposadas y tranquilas: fenómeno raro y curioso, como lo es que el hijo de tierras

feas é incultas sienta, con ansias mayores que el natural de risueño país, el triste mal de ausencias, la dolencia nostálgica.

Dijérase que vive uno más consigo mismo, cuando disfruta el ánimo quietud interior, que no son parte á turbar impresiones exteriores.





III.

Un domingo por la tarde, cuando menos la esperaba, sorprendió á Isabel la visita de su madre. Se presentó muy ataviada y vistosa, luciendo un traje chillón, nada modesto, que ponía de relieve las formas, y que llevaba con vanidad, contenta de sí misma, pavoneándose con ese aire especial y dudoso, propio de las mujeres *demi-mondaines*. Tenía la Vizcondesa estucado el rostro, admirablemente teñido el pelo, dado á maravilla el colorete, y su remozado cuerpo exhalaba el grato aroma de los perfumes. Quien ignorase por completo los misteriosos secretos del tocador, creería que la rejuvenecida Vizcondesa, como Fausto, había vendido su alma al diablo, y, después de todo, no

sería enteramente gratuita la suposición.

La Vizcondesa estuvo largo rato con su hija; hizo extremos de cariño; la colmó de besos y abrazos; la regaló una preciosa caja de dulces y un cartucho de caramelos.

—¡Chica, estás muy buena y muy guapa!... Además sé que eres muy aplicada... de eso se alegra mucho tu mamá... ¡Jesús, qué mona... qué monísima! ¡Toma, toma!...

Y al llegar á este punto expresó su entusiasmo dándola media docena de besos seguidos. Isabel miraba á su madre con curiosidad, no repuesta todavía de esa extrañeza que se apodera del ánimo de los niños, cuando ven después de mucho tiempo, á una persona.

Hizo la Vizcondesa mil preguntas á Isabel, y sólo suspendía su interrogar cariñoso é insistente, para prodigarla caricias. No había en su tono esa franqueza impregnada de verdadero sentimiento, propia de otras madres: todo parecía en sus labios afectación y convencionalismo.

El día de San José, su patrono, obtuvo la Vizcondesa permiso de la Superiora del colegio para que Isabel pasase con ella el día. Con tal motivo, recordó Isabelita aquéllos de la niñez, que corrieron venturosos en el hotel lujoso y elegante. No sin emoción recorrió todas las habitaciones, y registró cuidadosamente el armario donde guardaba los juguetes. ¡Cuántas baratijas encontró que hacían revivir en su imaginación los goces de la infancia! Colocada sobre la mesa, cubierta de polvo, algo gastadas ya las tintas, estaba una fotografía de Otero, tamaño de tarjeta americana. Era el retrato de la institutriz y de Isabelita; la inglesa parecía que estaba hablando: y hablando en su idioma, añadiendo la dureza del gesto á la rudeza de la pronunciación. Isabelita, al lado de la institutriz, reíase con cara de Pascua.

La Vizcondesa de Armas dió aquel día una comida de confianza á varios íntimos amigos y próximos parientes: de entre éstos estuvo, con sus hijos, la Mar-

quesa viuda de Montoro, hermana política de la Vizcondesa. Era aquélla el reverso de la medalla de ésta: una señora grave, digna, sin asomos de ostentación, para decirlo de una vez, una verdadera señora. Su hija Pilar semejábase en un todo á la madre, lo cual quiere decir que en nada convenía con Isabel; para averiguarlo, bastaba con mirar á una y á otra á la cara: siendo las dos guapas, podrá extrañar que de Pilar se dijese generalmente que tenía cara de buena, y es que sobre sus encantos físicos, había algo que atraía con misteriosa fuerza; en su rostro, de suaves y puras líneas, notábase la irradiación de la bondad; de aquí que obtuviese la simpatía de cuantos la conocían y el cariño de cuantos la trataban.

También era de muy buen fondo, pero no serio y grave, Jaime, el hermano de Pilar, que, por añadidura, con la compañía de otros colegiales, adquirió perjudiciales hábitos. Ya revelaban que acababa de salir del colegio su aire algo brusco, propio de entre hombres y su encogimien-

to delante de señoras: sólo el trato de éstas da finos modales y hábitos de sociedad. Jaime comió al lado de Isabel; silencioso y como encogido al comienzo, después de apurar algunas copas, para lo cual era asaz resuelto, hablaba animado y decidido. ¡Que no fuese Isabel señorita principal, y para más de la familia, sino muchacha desconocida y guapa, como mil que se encuentran por esas calles, y Jaime la requebraría muy á su sabor!

Se hablaba de fiestas y reuniones: daba las noticias un cronista de periódicos, hombre de atiplada voz, meloso acento y formas amadamadas, que tenía por única misión en el mundo regalar los oídos y alimentar la vanidad de muchas damas, con frases que le abrieron las puertas de varias casas principales.

Isabel y Jaime hicieron interesante aparte.

—Te digo, chica, que fuera del colegio se pasa mucho mejor... y no creo te cueste gran trabajo creerme. Dile á tu madre

que te saque pronto del colegio... si te empeñas lo logras... Ya cuentan que las mujeres lográis todo lo que queréis. Verás cómo te diviertes yendo á paseo y al teatro. ¡Uf, estar siempre encerrada... sin ver muchachos!... ¡Mujeres y más mujeres... qué aburrido!... Y á tu edad, y siendo tan guapa como tú eres... y estando yo fuera del colegio...

Jaime hablaba con un tono ligero, festivo, zumbón. Isabel ponía una cara muy bonita, animada por sonrisas halagüeñas: sus miradas, sus sonrisas y sus gestos expresaban otros tantos votos de gracias á su primo, que decía cosas tan agradables.

—¡Bah! contestaba Isabel á Jaime. ¿A ti qué te importa que yo salga ó no salga del colegio?

—¡Ah maliciosa, cómo supones lo que te conviene!... ¡Alguien habrá á quien no le digas lo que á mí!... ¡Qué muchacha tan desdeñosuela!...

Isabel protestó con calor, defendiéndose de las acusaciones de Jaime, que no

conocía, por lo visto, el retiro del colegio.

—¡Ah, ya sé yo, ya sé lo que hacen las colegialas! decía Jaime insistiendo en sus reticencias.

Isabel se expresaba con viveza apresuradamente: llamó á su primo mal pensado y burlón.

—¡Parece mentira, un chico tan simpático!

Esa, esa era la palabra que andaba retozando en el cuerpo de Isabelita, y que al cabo dijeron sus labios con franca espontaneidad. Estaba visto: Isabel no conocía las tretas del mundo; en cambio, por intuición, acertaba á sorprender actitudes interesantes, y en los movimientos rápidos de su cuerpo y en los gestos animados de su rostro, había natural coquetismo.

Continuaba animada y viva la conversación general; hablábase de la cuestión de Oriente: los temas políticos eran del especial agrado de la Vizcondesa, que solía dárselas de mujer de talento y era asistente asidua á las sesiones del Parla-

mento en que intervenían oradores de talla.

Isabel y Jaime cuchicheaban sin cesar: lo reparaban todo; de todo hacían comentarios. Al llegar á los postres, con acento de sorpresa, exclamó Isabel:

—¡Hemos concluído muy pronto!

Y Jaime corroboró tal opinión. Antes de levantarse brindó Jaime por ella. ¡Con qué gracia Isabel, abriendo mucho sus expresivos ojos azules y riéndose con señales de duda, animadas por la emoción sus facciones y moviendo á un lado y á otro la cabeza, llamaba á su primo burlón!

—¡Ah! yo creí que serías más formal y no tan bromista.

Antes de que, terminada la comida, se apresuraran los caballeros á ofrecer el brazo á las señoras, Jaime, acercándose mucho al oído de Isabel, dijo quedamente, resumiendo todos sus entusiasmos:

—¡Eres muy mona, muy graciosa y muy simpática!

Isabel dió un no con la cabeza, y so-

focada, encendida por los vapores del vino, por el vaho que se levantaba de la mesa cargando la pesada atmósfera, permaneció en silencio; quedáronse quietos sus ojos, fijos en las copas á medio vaciar, en los platos sucios, en las migajas y desperdicios, y aquel cuadro risueño, brillante, hizo que recordase, por contraposición, la mesa pobre y la comida frugal del colegio. Pensó entonces que tenía que dejar todo aquello para volver á encerrarse, y se contrajo tristemente su rostro. En tanto, las palabras de Jaime no se apartaban un punto de la preocupada imaginación de Isabel. En el resto de la conversación usaron ambos jóvenes seriedad y reserva; fué su actitud, la propia de personas que hablan entre sí cosas que no dirían á los demás. La confusión de Isabel era grandísima; si fuese ducha en cosas de amor, hubiérase fijado en la ondulación de voz, en el tono misterioso, en la singular expresión de Jaime, cuando á quemarropa, aturdida y apresuradamente dijo aquellas palabras.

Jaime continuó hablando á Isabel largo rato. Cualquier persona perita en esas observaciones, hubiera notado en él vivos deseos de agradar: miradas de amor, que fulguraron más de una vez en sus ojos, declararon lo que sentía, ya que sus labios se negaron á expresar lo que pensaba. Jaime no dijo á Isabelita una sola palabra amorosa. Esto era un dato: señal de que no la consideraba como á una de tantas mujeres vulgares que nada importan, y á quienes se habla de amor desde luego. Quien finge amor, gusta de alardes, que no agradan al enamorado. Alguien hubo que observó perfectamente la actitud de Isabel y Jaime; más de una vez, con insistente fiscalización, reparó la Marquesa viuda de Montoro aquellas otras miradas, de muy distinta índole, que se cruzaban entre su hijo y su sobrina, y su rostro reflejó entonces una impresión de contrariedad y disgusto.

Isabel volvió al colegio verdaderamente impresionada. La figura de Jaime no se apartaba un momento de su imagina-

ción, ni cedía un punto la viva sed de goces amorosos. A las horas de estudio apoderábase de Isabelita un cansancio especial, sopor del cuerpo y laxitud del alma, que hacía caer de sus manos el libro, entornaba sus párpados y suscitaba en su imaginación vagos y mal definidos ensueños. Isabel pidió á su madre con insistencia, que la sacase del colegio; que la llevase consigo. Las reiteradas súplicas hicieron efecto, y la Vizcondesa prometió acceder en plazo breve á los deseos de su hija. Pero ésta cayó enferma: unas fiebres malignas, pusieron en peligro su existencia y llevaron la alarma al ánimo de las religiosas. El mal fué grave, la mejoría lenta. Cuando comenzó á levantarse, parecía otra. Había adelgazado, estaba pálida y mustia, pero semejaba ya una mujer. Creció mucho; se dilataron sus formas, no todavía redondeadas. Al mirarse al espejo, no sin turbación y pesar, se encontró distinta: ya era otra; ya no era aquella misma que obsequió Jaime, su primo, y volvían á su memoria las

escenas de aquel ligero episodio amoroso que la alarmó tanto; pero veía ya muy lejanas y de manera poco precisa aquellas escenas, que sabía y recordaba más bien á modo de historia que se ha oído contar y cuya narración impresionó vivamente un momento: la impresión viva y eficaz se había borrado; quedaba sólo el recuerdo de la impresión.

Isabel veía con temor la proximidad del día de su salida del colegio. Preguntábase á sí misma con curiosidad, que no acertaba á satisfacer, qué sesgo tomaría su relación con Jaime, qué impresión se causarían mutuamente cuando se viesen más y se conociesen mejor. Y molestada por esta incertidumbre sentía deseos de que se retrasase su encuentro. No sé si Isabel sabría darse cuenta, de que este mismo deseo era prueba del interés que Jaime la inspiraba.

Culpábase Isabel á sí propia por aquel afán de que antes se hallaba poseída de abandonar la vida del colegio; no juzgaba ya éste con la propia dureza de antes,

y al replegarse en su alma tenía que confesar el apego que sentía á la casa donde vivió varios años y el cariño que la inspiraban las religiosas, sus maestras. Y dióse á exagerar en este sentido, según lo hizo otras veces en el contrario: siempre era Isabel la misma; siempre la hija de su madre, la mujer impresionable y voluble. Volvió Isabel á su casa con lágrimas en los ojos, y varios días pasó recordando sin cesar á las buenas religiosas y á sus amigas y compañeras. Así, preocupada su imaginación, pensaba en el colegio de día y soñaba con él de noche, y tornaba á recorrer los largos pasillos, y enredaba nuevamente en el vasto patio de juegos, y rezaba en la cuidada capilla, delante de la devota imagen de la Virgen. De las varias crisis que agitaron su espíritu, ninguna fué, con todo, más breve; bien es cierto, que para ninguna tampoco se ofreció más adecuado y pronto remedio, en forma de continua y variada distracción.

La agradable, pero rápida impresión

que causó Isabel en el ánimo de Jaime el día de la comida famosa, no fué parte para que, preocupado por la ausencia de su prima, dejase de acudir á fiestas y diversiones. Quizás les sorprendió á Jaime y á Isabel el que á su encuentro renaciese la afición amorosa, según uno y otro comprendieron por sus respectivas actitudes. Nada más oportuno que probar el amor sujetándolo á una tregua, que así nos libramos de confundir con el amor lo que se ofrece á los ojos del alma con apariencias de tal, no siendo más que alucinación de un momento.

Hizo Isabel su solemne aparición en salones y teatros. A que más pronto se habituase, no hallándose sola entre desconocidas, contribuyó poderosamente el encontrar á Luisa Candelas, que volvió á ser su protectora, presentándola una porción de muchachos, prodigándola obsequios y atenciones. Luisa estaba hecha una buena moza: era guapa de cara, alta de cuerpo, suelta de modales. Avaloraban sus correctas facciones aquellos her-

mosos ojos negros de fulmíneas y expresivas miradas. Isabel celebró mucho el encuentro de su antigua amiga.

Por su parte Jaime halló mil coyunturas para ver á Isabel y hablarla, según lo que sentía. No fué petulancia en Jaime que ni un momento se le pasase por las mientes la idea de una repulsa. Y es que desde luego se ofreció á sus ojos como cosa natural aquel amor, que fué bien pronto recíproca solicitación de dos espíritus, que les atraía formando misteriosos lazos, que ataban en una las aspiraciones del corazón y las ilusiones de la mente. La actitud de Jaime no era la del galanteador que mira con provocativo descaro; antes bien cuidaba de dar recato y reserva á sus miradas, como si no quisiese hacer á nadie partícipe de sus íntimas complacencias: y es que si el galanteador vulgar que al solicitar á las bellas va en busca de satisfacciones para su vanidad, quiere que sus triunfos anden en lenguas de las gentes, el que verdaderamente quiere y sólo se mueve por los im-

pulsos del querer, hasta recompensa recibe con la correspondencia amorosa.

Quizás el que muy orondo se alaba de amorosos triunfos, no hace sino encubrir desengaños que hicieron en su ánimo mella: tal vez el que usa el lenguaje de la modestia y no alardea de afortunado, complácese allá en sus adentros, por las bienandanzas que produce en su ánimo secreta y callada, pero firme y segura, correspondencia en sus amores. Más pronto de lo que convenía á Isabel y Jaime se hizo pública, y fué por todos comentada, su relación, que no faltó quien sorprendiese las expresivas miradas y las intencionadas sonrisas, que daban mayor encanto á los interminables coloquios de que eran argumento sus amores.

No es extraño que muchacha de tantas perfecciones físicas como Isabel, lograse en los salones grandes éxitos, ni era sino natural que los pensamientos de Jaime fuesen á buscar á Isabel como su centro de gravedad moral, y que sus ojos, en presencia de tan linda muchacha, apenas se

apartasen de su figura: brillaba ésta con lozanía primaveral, rebosando encantos el cuerpo y hechizos el rostro, aquel rostro dulce, agradable, simpático, lleno de promesas de amor.

Tenía Isabel singulares dulzuras en el acento, cariños en la frase, en el sonreir expresión de bondad y complacencia, en el mirar matices de pasión, en las líneas de su cuerpo ondulante gracia y en los movimientos ligereza encantadora, trasunto todo ello de su espíritu alegre y de su bulliciosa imaginación. Adornada con tales dotes, era natural que entusiasmase á Jaime, según era muy puesto en razón que ella á su vez sintiese entusiasmos por galán tan agradable y simpático. Pero las gratas expansiones íntimas, el dulce abandono del alma, sus transportes y entusiasmos, las dichas todas de aquel venturoso amor, habían de pasar muy luego.

La Marquesa viuda de Montoro, contraria á los amores de su hijo, buscó una hábil manera de darles término: en vez de

hostilizar á Jaime, que con ello se exponía á empeñarle más en sus propósitos, logró, poniendo en juego sus influencias, que entrase en la carrera diplomática y fuese de agregado á París.

Al gran pesar de Isabel y Jaime sirvió de contrapeso la confianza que abrigaban ambos de que no se olvidarían jamás, según se lo juraron mutuamente, amén de jurárselo á sí mismos. El hado adverso empeñábase en suscitar dificultades á aquellos amores suaves y tiernos, dignos de las alegorías pictóricas de Albano, que comenzaron como ficción amorosa, enredo de niños, y concluyeron revelando verdadero amor, afición de adolescentes.





IV.

En las cartas que escribía Jaime á su novia reflejábanse el pesar de la ausencia y el aburrimiento de la soledad entre muchos, peor quizás que la del apartamiento mismo, pues coinciden el deseo de hallar gentes propias y el enojo de ver gentes extrañas.

En vano procuró Jaime distraerse visitando cuanto notable encierra París, viendo en los animados *boulevards*, entre la masa de gentes vulgares, tipos raros, curiosos: el exagerado parisién vestido á la *dernier*, con atildamiento excesivo; la *cocotte*, que lujosamente ataviada arrastra con orgullo sus lujos como quien sabe que pone la moda, y el extranjero

de tipo exótico y raro, que causa sensación por sus originalidades, sus despilfarros y sus lujos; y todo ello, brillando un momento no más, dibujándose con los vagos contornos de la silueta, sobre aquel escenario que sin cesar muda y se transforma. Pero Jaime propendía más bien al aislamiento: aun cuando recorría aquellos bulliciosos lugares, su imaginación estaba en otros muy distantes entregada á un minucioso examen, que con el recuerdo de alguna escena de felicidad suscitaba en su alma melancólico goce, que era como reflejo pálido de aquel otro que disfrutó en mejores días.

Si alguna vez se sorprendía á sí mismo, distraído por cualquier suceso exterior que, llamando su atención, le produjese complacencia, luego al punto culpábase de poco fiel y constante, como si dejara de serlo por dar tregua bienhechora á su fatigado espíritu. Y padecía otras veces al querer, en vano, dibujar con exactitud en su mente la imagen de su novia, cuando huían á su vista los trazos

del rostro y no acertaba á traducir la exacta expresión de su dulce sonrisa, y no la veía, en fin, con aquella fuerza de realidad con que quería que siempre apareciese ante sus ojos. Otras veces, en cambio, por singular lucidez de su imaginación, se le aparecía con toda distinción y claridad como ella era y según la solía ver en Madrid, cuando le dirigía aquellas miradas largas y fijas unas veces, risueñas y rápidas otras, pero siempre cariñosas y expresivas. En un *magasin* de modas de la *rue Rivoli* había una muchacha graciosa, finita, de tipo muy semejante al de Isabel. Jaime dió en frecuentar esa calle para fijar sus ojos en aquella muchacha, en tanto que se fijaba en Isabel su pensamiento. ¡Qué ajena estaría la parisiense á que no debía á sus propias gracias las miradas insistentes del atrevido galán!

Los días siguientes á la marcha de Jaime, anduvo muy desorganizado el sistema nervioso de Isabel: surcaron por sus mejillas copiosas lágrimas. Por su

parte, la Vizcondesa sintió también la marcha de Jaime; como que su deseo y su interés estaban en casar pronto á Isabelita y con un muchacho acaudalado. Y no sólo por salvar de inminente peligro su situación económica deseaba la Vizcondesa el casamiento de Isabel, sino también porque se avenía muy mal con el papel de madre, que, aun cuando no se atuviese á cumplirlo con rigor, obligábala á andar algo reportada. Era el palco de la Vizcondesa en los teatros, centro de murmuración, sucursal del *club aristocrático* en que siempre aparecían los mismos hombres conocidos que figuran en la crónica elegante y en la crónica escandalosa. Con estos tales gustaba á la Vizcondesa tener nada recatadas conversaciones, que daban ocasión á que el ingenio luciese sus malicias valiéndose del *calambourg* ó del equívoco. Todo esto valía á la Vizcondesa muy merecidas censuras y generales murmuraciones. Cuando éstas llegaban á sus oídos; cuando su mirada escrutadora sorprendía curiosidad

envidiosa en otras miradas, excitábase su sér con arranques de orgullo y con movimientos de desprecio, que claramente revelaban la expresión altanera y la mirada dura. La Vizcondesa de Armas tenía la superioridad de su decisión: era peor que todas las más resabiadas señoras de la corte, pero más resuelta que ninguna. La mayor parte de sus enemigas eran hembras vulgares: murmuraban de ella en público, sin perjuicio de presentarse muy ufanas en su casa los días de recepción. Parecía nacida la Vizcondesa bajo los auspicios del dios Éxito. Hubo un momento en que se creyó que las delaciones del anónimo, influían en aquella sociedad más que cuanto veía y palpaba; se creyó que la sociedad, escandalizada, lanzaría sobre semejante mujer juicio condenatorio; pero tuvo por más oportuno, probar que carecía de juicio, haciendo aspavientos primero, olvidándolo todo después. La Vizcondesa supo alzarse sobre las ruinas de su crédito: el dios Éxito la salvó una vez más.

Isabel había vuelto á concurrir á todas partes, ya calmada de sus tristes impresiones primeras; que no son las impresiones en la mujer tan fijas, tan permanentes y tan duraderas como en el hombre, bien que en un momento dado se dejen las mujeres dominar por la impresión, mostrándose pródigas en sensiblerías y ternezas. Seguía Jaime ocupando lugar preeminente en la imaginación de Isabel: no veía ninguno que se pudiese comparar con Jaime; sólo éste había logrado causarla emoción profunda, interesarla con amor de pasión. Distingue Sthendal entre este amor y el de vanidad: con este segundo amor—si tal nombre merece—ya Isabel había correspondido á los galanteos de algunos distinguidos muchachos, no tanto puestos los ojos en ellos como en sí misma, que de tal manera gozaba con el contento propio del triunfo: verdaderamente amor de tal género, más que otra cosa, semeja mera prolongación del amor propio cuando éste, en vez de concentrarse en la in-

timidad de uno mismo, se extiende y dilata como si comprimido, ya no pudiese existir. Objeto cada vez de más insistentes galanteos, éstos suscitaron en su ánimo nuevas vanidades y coquetismos. No podía ella ignorar, después de repetírselo tantas y tantas veces, que se distinguía por lo linda entre las que gozaban fama de tales. Isabel sabía todo lo guapa que era, pero bien podía saberlo y disimularlo: en alardear está lo malo; que bonitas, y si no graciosas, se creen todas las muchachas á quienes tal se dice, y la mayor parte de las que no lo oyen decir.

Por entonces llegó á Madrid Francisco Puente y Orán, presunto Marqués de las Nieves con grandeza de España: fué el tal muy bien recibido por la alta sociedad de Madrid, y á ello eran parte su encumbrada posición y su grandísima fortuna; bien se le podía perdonar á quien reunía tales condiciones, que fuese muy corto de alcances. Paco Puente, que había crecido rodeado de un aura de fortu-

na, pertenecía al número de los hombres que viven completamente contentos de sí mismos: ufano, orondo, satisfecho de sus distinciones y elegancias, iba de salón en salón prodigando aquellas sonrisas francas y bonachonas que daban testimonio de su bondadoso natural. Y á los oídos de todas las muchachas, con el propio acento meloso, murmuraba las mismas galanterías, galanterías cortadas por un patrón enteramente convencional, porque, eso sí, conocía perfectamente el vocabulario de las frases que se usan en los salones: era un muchacho de sociedad. Paco coqueteaba con varias: ellas le acogían con benevolencia, ansiosas de pescar tan exçelente partido. Pero entre todas distinguió Paco la que se mostró más fría y desplicente á sus obsequios. Desdenes de las hermosas han sido siempre poderosos estímulos, para quienes se precian de galanteadores. Hablando con Paco, recordaba Isabel á su compañero Jaime, y sin poderlo remediar dibujábase en su rostro un gesto de desdén, un mohín de

enojo que no tanto era expresión del que la pudiera causar la presencia del uno, como del que la producía la ausencia de aquel otro que, en tales casos y con el aditamento de todas sus perfecciones, volvía á su recuerdo.

La actitud de Isabel sirvió de acicate á la voluntad de Paco, que se enamoró como un tonto: después de todo, así estaba en carácter. Aquel enamoramiento súbito, ganando su ánimo por sorpresa, le condenó á dos esclavitudes: la esclavitud de la belleza de Isabel y la esclavitud de la tontería propia. La seguía en los paseos, la buscaba en los teatros, la hablaba en los salones: caso práctico de monomanía *persecutoria*, no de mal intencionado asesino, sino de inocente enamorado. Era su primer amor; un amor inconsciente y aturdido, propio de muchacho sin serenidad, que no sabe medir la fuerza de la impresión amorosa ni aquilatar su valor. Paco había andado mucho mundo sin aprender mundo ninguno. La Vizcondesa intervino oportuna-

mente en el asunto, diciendo á Isabel que era preciso pusiese lo posible de su parte para el concierto de aquella boda, que sería—así lo aseguraba la Vizcondesa—base segura de su felicidad. Isabel se extrañó primero de lo que decía su madre; se resistió luego desechando por imposible la idea: tales escenas se repitieron varias veces, y en ellas desahogaba Isabel su enojo; y cuando luego se presentaba Paco rendido de amores, solicitando las bondades de su preferida, ganaba el ánimo de ésta un sentimiento de compasión. Aquella compasión con que se engañaba á sí propia, era manto que cubría el interés sórdido, la instintiva vanidad que, evocados por la voz de su madre, se removían allá en el fondo de su ánimo. Sí; casándose con Paco, figuraría como primera entre las primeras, disfrutando todos los encantos y todos los goces de la existencia cortesana. Y así se lo decía con malévola insistencia el demonio de la vanidad, que hablaba por boca de su madre. Provocaba ésta encuentros

entre los muchachos; procuraba atraer á Paco por cuantos medios le sugería su astucia. Paco mostrábase cada vez más decidido: achacaba á dignidad aquellas frialdades de Isabel, que poco á poco iban desapareciendo; la cosa se formalizaba: el Marqués de las Nieves era el más feliz de los hombres, y la más feliz de las mujeres su futura suegra la Vizcondesa de Armas. Bañábase ésta en agua de rosas al ver el éxito de su empresa; no paraba mientes en que es ocasionado á yerro grave, el tratar cuestiones que se refieren al interés moral, con el propio criterio que puede seguirse en cuestiones de intereses materiales.

La Vizcondesa se comprometió con Isabel á escribir ella á Jaime, pintándole el caso de la mejor manera posible, y lo hizo á maravilla, confesándole las dificultades de la situación en que se hallaban, que hacía preciso arbitrar algún recurso supremo. La carta era digna de quien la escribió: un colmo de frescura y desenfado. El golpe aquel era para Jai-

me durísimo, mucho más por ser Paco, su rival de ahora, íntimo amigo é inseparable compañero de siempre.

Si algunos meses antes perdía Jaime una realidad que ofrecía la perspectiva de gratas promesas, ahora perdía algo más íntimo, más necesario para el alma: la esperanza, aquella esperanza firme y segura que era dulcísimo consuelo de su soledad. El libro de memorias en que escribía Jaime sus impresiones buscando desahogo para su pasión, registra páginas tan pesimistas, tan negras, tan desconsoladoras como las de Rod en su *Carrera á la muerte*. La faz de Jaime se cubrió con las sombras del dolor: se contrajo su rostro, aquel rostro que una sonrisa franca bañaba antes de expresión de contento, según ahora el ceño adusto y la mirada incierta descubrían todas las agitaciones y las luchas de un espíritu infortunado.

En Madrid se comentó mucho la boda de Paco Puente con la hija de la Vizcondesa de Armas: muchos tomaron aquél

por un rumor destituído de todo fundamento, y sólo le dieron crédito cuando ya comenzaron á dar parte. Las madres que habían pretendido para sus hijas partido tan excelente, decían pestes de la Vizcondesa:

—¡Valiente tunanta está la tal Vizcondesita... y tan mimada por toda la sociedad elegante!... ¡Y aún llamamos buena sociedad á la que ensalza á esa mujer!...

Y entraban aquí en el detalle de los cargos, y aparecían las historietas verdes, las aventuras grises, las trampas, los escándalos, que hacían salir al rostro, al oir su enumeración, los colores de la vergüenza.

—¡Qué mujer!... ¡Y su hija otra que tal!... Es la raza, la raza... Ese pobre hombre será una víctima más... Está visto: las Vizcondesas de Armas tienen por sino casarse con maridos tontos; esa es, después de todo, su fortuna... ¡Pobre Paco, le han engañado como un chino!

Y lo malo para Paco no estaba en que

le llamasen tonto: estaba en que lo era. Bien podrían sustituir á los talentos la malignidad y suspicacia, que hacen difícil engañar á muchos; pero así carecía Paco de suspicacias como de alcances. Era un tonto de la clase de bonachones, y á esa clase suelen pertenecer, los que se enamoran pronto y caen en cuanto se enamoran.

Veníase diciendo en Madrid que Paco se casaba con Luisa Candelas. Como Paco fuese relación íntima de la Condesa de Armendia, la madre de Luisa, y comiese todos los jueves con ellas, la gente dió por cosa hecha aquel casamiento, que encontraban muy natural por ser Luisa, de las muchachas más guapas y elegantes de la corte. Como á Paco y á Luisa, á cada uno por su lado, les daban broma, más de una vez se sorprendieron mirándose con curiosidad, como preguntándose mutuamente el fundamento que tenía, aquella broma que les daban. Y Luisa, al encontrarse en tales casos con las miradas de Paco, no podía menos de

sonrojarse expresiva y pudorosamente, en tanto que aquél dejaba paso á una franca sonrisa, comentario que ponía la vanidad á las confusiones de la supuesta novia suya.

Todo aquello parecíale á Luisa presentimiento de que llegaría á cierta tamaña felicidad, y regocijada por la ilusión, andaba muy hueca y oronda, no acertando á disimular sus alegrías, cuando alguno con Paco la embromaba. Unico resultado positivo de todo esto, fué la riña de Luisa con su íntima amiga Isabel.

Isabel la quitaba el novio: esa es de las cosas que no se perdonan en la vida. Luisa no volvería á profesar buena voluntad ni á mirar con buenos ojos á su antigua protegida del colegio. ¡Así suceden las cosas en el mundo! Luisa, enamorada de Paco, se quedaba sin él, y la llamada á birlárselo era su íntima amiga Isabel, la enamorada de Jaime.

No olvidaba Isabel á éste, aunque fuese encariñándose con la idea de un matrimonio, que había de asegurarla lucidísi-

ma posición. Heredar á la muerte de un octogenario tío el Marquesado de las Nieves con grandeza de España, item más el aditamento, ya no muy común en quien tiene blasones, de muchos miles de renta, cosas eran que no podían menos de atraer con fuerza poderosa. Usar magníficos trenes, tener abono á diario en el Real, tomar la almohada y hacer guardias á la Reina, eran tentaciones muy grandes para que no rindiesen á una mujer joven, vana y ligera. Y entró Isabel satisfecha, ya que no del novio, de sí misma, en el período de noviazgo oficial, que señala grato paréntesis entre las anteriores impaciencias de la soltería y las cargas y trabajos futuros del matrimonio.

No apagado con todo el fuego del primer amor, de aquel amor que fué íntimo y verdadero sentimiento de su alma, el pesar apoderábase de ésta en las horas de apartamiento. Entraba su espíritu en la triste labor de comparar ambos amores, ¡y qué impresiones más distintas las que uno y otro producían! Antes pensa-

ba menos en casarse y ponía más fuego en querer, y al ver á su primo sentía brincos del corazón, y en su ausencia vivas ansias de volverle á ver, mientras se complacía en recordarle, impregnada su alma de grata melancolía. Es tal melancolía signo distintivo del verdadero amor; quédese para livianos quereres la alegría y la bullanga; en el corazón del enamorado, siempre habrá un fondo de poética tristeza. Pero de ésta habría de consolarse volviendo sus ojos á sí misma, contemplando un porvenir brillante, de que era como presagio y anuncio, aquel presente feliz en que no cesaba de recibir ricos y hermosos regalos; que de estas pequeñeces se compone la vida, y ellas son el principal atractivo y encanto que la vida tiene para las mujeres vanas.

Algunos días antes de la boda, colocados con arte en los elegantes salones del hotel, lucían los objetos regalados: era una brillante exposición; no cesaban de llegar gentes á visitarla. La Vizcondesa hacía los honores con su acostumbrada

maestría. Isabel iba y venía de un lado á otro sin parar un momento, plagiando los rápidos é inútiles movimientos de la ardilla. Entre las frases de admiración que allí se prodigaban, oíanse otras de agradecimiento. Y por lo general se decían aquellas frases de una manera convencional, fría, sin sinceridad ni entusiasmo.

—¡Oh! lo de V. es muy bonito, Condesa... ha tenido V. un gusto excelente.

—Nada de eso, Isabel: una pequeñez, un ligero recuerdo, nada.

—Vizcondesa, está todo precioso, admirablemente colocado.

—Es V. muy amable, Barón... diga V. que los regalos son muy buenos y que naturalmente lucen. Y muchas gracias, Barón, por los candelabros de V... son preciosos.

—Por Dios, señora; nada de eso... una friolera... Tienen novedad, eso sí, novedad.

—¡Hola! Marqués, á V. ya le dí las gracias anteanoche... ¿Ha visto V...?

—Sí, señora; magníficos regalos... y muchos, todo lo cual prueba las merecidas simpatías de que VV. gozan... Isabel ya veo que está satisfechísima... naturalmente. ¡Ah! para ella y otras como ella es el mundo. Nos empujan, Vizcondesa... nos empujan.

—No diga V. esas cosas, hombre... siempre ha tenido V. afición á dar malas noticias.

Y el Marqués del Ballenato, calado el monóculo, seguía mirando, remirando y deshaciéndose en ponderaciones, para lo cual ahuecaba la voz y gesticulaba mucho. No faltaba quien cerca de él murmurase:

—Este Marqués, siempre tan exagerado y tan tipo.

Aprovechando el ruido de la conversación general, hablaban varios *sotto voce, haciendo* crítica, notando lo que no era de buen gusto y censurando, por ser de dudosos gustos, á la dueña de la casa.

El equipo era notable: abundaban las piezas de ropa blanca, unas sobrepuestas á otras, y todas en gran número. Pañue-

los de batista y encaje; finas camisas de hilo que disfrutarían el contacto de las carnes, preservándolas de todo roce molesto, elegantes *matinées*, ricas ropas de cama, vistosas colchas de seda antiguas, sábanas de bien planchadas vueltas con adorno de encajes; y en todas las piezas de ropa, entrelazábanse elegantemente bordadas, las iniciales de los novios. En otro salón, perfectamente armados, lucían su elegancia y riqueza preciosos vestidos: los de baile con cuerpo descotado, el blanco delantera de encajes Alençon, otro rosa brochado, café con oro otro, y otro de vivo, encendido granate... los colores á la moda. Más allá había trajes lisos sencillos de viaje y otros muy adornados y ricos de paseo y visitas, y en otro lado sombreros de vistosas plumas, capotas engalanadas con preciosas cintas.

—Esto parece una sucursal de la casa de Worth. ¡Magnífico! ¡magnífico!

Quien así se deshacía en ponderaciones era el Marqués del Ballenato.

En la sala siguiente preciosos muebles, objetos de sobremesa, mil baratijas, que eran modelo de riqueza y buen gusto. Y por fin, el gabinetito rosa, el tocador de la Vizcondesa, sin dejar de serlo de la elegancia, habíase convertido en santuario de la riqueza; aquello parecía una instalación de Ansorena ó de Marzo. Había joyas preciosas; centelleaban los brillantes entre orientales perlas de un blanco azogado, azules zafiros y rubíes de un tono rojo sanguinolento. Rodeaban los *cuajados* de brillantes, lácteos ópalos, esmeraldas aguas marinas, diamantes de claras luces. Y la rica colección de piedras preciosas, bellamente engarzadas, lucía sobre el fondo oscuro y aterciopelado de los estuches.

Era regalo del hermano de la Vizcondesa un collar de perlas precioso.

—¡Ah, qué collar! decía un muchacho que miraba alternativamente al collar y á Isabelita. ¡Qué collar tan hermoso!... Cuando estas perlas se enrosquen á su garganta de V...

—Cuánto valdrá entonces mi garganta, ¿eh?...

—No; su garganta de V. vale siempre... ¡Cuánto valdrán entonces las perlas!

La boda de la hija de la Vizcondesa de Armas y de Paco Puente fué solemnísima: asistieron gran número de personas distinguidas. La novia se presentó elegantíma, con hermoso traje de faya blanco, transparente velo y emblemática flor de azahar. Ofició el P. Fragas, que recitó con voz sonora y entonación grave y pausada la epístola de San Pablo. A mayor abundamiento, les exhortó á la práctica de la virtud con breves palabras. El P. Fragas se lució, aunque no lo advirtiese la novia, cansada, rendida, con los quehaceres de la víspera y el poco y agitado dormir de la última noche, á todo lo cual se unía—amén de la emoción del acto, el mareo de las luces, el olor del incienso y lo incómodo de la postura,—la perspectiva enojosa de los besos y abrazos que había de dar en aquellas cuatro horas, en que se despedirían de todo el

mundo, arreglarían el equipaje y después de almorzar, marcharían á la estación, dispuestos á pasar en el tren y camino de Francia, la primera noche de novios.

Al apearse delante del hotel, de vuelta de la iglesia, gentes de pueblo se agolparon, mirando con curiosidad insistente.

—Ella es una gran chica, dijo á media voz un chulapo.

—Y él no se la merece, añadió en más alta voz una chula descarada y morenota. Al mismo tiempo rasgaron el aire los desacordes acentos de una murga ramplona. Isabel, séria hasta entonces, se sonrió ligeramente. En todo suceso de la vida, por muy grave y solemne que sea, aparece el ridículo.

A Isabel y Paco aguardaba una sorpresa: el regalo de Jaime, que perfectamente embalijado acababa de llegar de París. Le acompañaba una tarjeta que decía:

«El Conde de Montoro.»

Y debajo estaba escrito lo siguiente: «Fe-

licita á su prima Isabel y á su amigo Paco; les envía ese pequeño recuerdo y se despide para Constantinopla.»

La solemnidad religiosa, la imponente gravedad del templo, las sensiblerías y ternezas, apretones de manos y abrazos de amigos, deudos y parientes, impresionaron á Isabel; pero aquellas impresiones pasajeras, se embotaban, por decirlo así, en los sentidos deslumbrados; no conmovían su espíritu: era tensión de los nervios y azaramiento de la sangre, impresión puramente material y externa la que había recibido Isabel. En cambio, los breves renglones de Jaime conmovieron su alma, revolviendo allá en lo íntimo de la misma, recuerdos no del todo abandonados: las tempestades del espíritu hacen subir á la superficie el fondo de los sentimientos. La conmoción interior, transcendió á su cuerpo á guisa de rápida impresión nerviosa; á sus ojos subían lágrimas; en sus labios bullían quejas. Isabel, ahogando las dudas del espíritu, ocultando las quejas y las lágrimas, encubriendo,

en fin, su emoción con una prueba de afecto, marcó otra dirección á las fuerzas que agitaban su sér y se arrojó en brazos de su marido. No era posible que éste comprendiese las agitaciones que ocultaba aquel desahogo de su mujer, al darle no pedida satisfacción de cariño.

Los novios partieron sin novedad aquella noche en el express de Francia.





V.

La Marquesa viuda de Montoro y sus hijos Jaime y Pilar formaban interesante grupo. Habían comentado ya esas primeras impresiones que dan materia á la conversación de quienes se ven después de ausencia larga. Dió su lengua testimonio de natural extrañeza que, unida á íntimo y puro goce, sintieron el hijo al besar otra vez á su madre, y la madre al volver á estrechar en sus brazos á su hijo. En tales casos tanto es lo que hay que decir, que no se sabe por dónde comenzar. Y esta dificultad práctica y la misma emoción que turba el ánimo son parte á que, antes de hablar la lengua, los ojos, espejo del alma, reflejen sus sentimientos. Reparáronse todos con insistencia notando sus

respectivos cambios, fija la imaginación en el recuerdo de lo que fué, atentos los ojos á contemplar lo que era, y había perplejidad en sus miradas, como si aún dudasen de sí mismos, antes de dar crédito á la nueva realidad que tan variada se les ofrecía. Cruzaban alguna vez aquellas mujeres ojeadas rápidas, como si quisieran sorprender la una en la otra el singular efecto que no podía menos de causarles la presencia de aquel mozo hecho y derecho, serio, formal y con barbas, que pocos años antes, niño todavía, y por de contado sin barbas y no serio ni formal, era el entusiasmo y el mimo de la hermana excelente y de la madre modelo. Aunque estaba Pilar algo más llena de carnes, no había variado apenas ni su cuerpo ni su rostro, aquel angélico rostro de suaves y puras líneas que hacían singularmente simpático lo grave de las sonrisas y lo dulce de las miradas.

La bondad moral y la belleza física de Pilar guardaban consonancia. Era suave su condición, tranquila su belleza: ni

irradiaba el rostro con los resplandores del astro del día, ni le cubrían sombras que recordasen las de la noche. Al ver á Pilar, veníanse á las mientes los versos de Núñez de Arce:

«Confundirse en su rostro parecía
La noche con el día.
Pero ¿acaso el crepúsculo no es bello?»

Notó Jaime con satisfacción que iba haciéndose más pronunciada cada vez la semejanza entre su hermana y su madre. Había ésta envejecido, que no en balde pasan los años: eran síntoma de su vejez algunas hebras blancas que se entrelazaban con los negros cabellos, aumentando la severidad de aquella figura, que era de tan distinguido aire como digno y reposado continente.

Habla la Marquesa viuda de Montoro:

—Pues sí, Jaime, para muy pronto proyectábamos nosotras un largo viaje por el extranjero. En el campo formamos el itinerario: ante todo iríamos á Roma; después recorreríamos Alemania, y, por

fin, te visitaríamos en Londres. Y eso que tú, por descastado y poco cariñoso, no merecías la visita.

—Buenas ganas se me pasaban ya de venir á ver á VV., y bien sabe Dios que hace tiempo tenía proyectos...

—Sí; pero como buen español (eso me demuestra que no has perdido los hábitos de tal) te pasarías la vida formando proyectos.

—Otras pruebas de españolismo me gusta á mí dar, que no esas.

Y en este punto, intervino Pilar preguntándole si ahora le gustaría Madrid, acostumbrado como estaba á la vida de grandes poblaciones.

—Pues ya lo creo; Madrid á mí me gusta:.. eso es verdad, hay en Madrid algo que no es propio de la vida de capital, que es característico más bien de la vida de provincia; pero tiene lo bueno de la vida de provincia, y no le falta lo bueno de la vida de capital.

—Me alegraré mucho que sigas pensando de ese modo.

Después se habló de la sociedad madrileña, y la Marquesa entreveró, con las noticias que iba dando, consideraciones informadas siempre por un sentido pesimista. Y es lo notable que la Marquesa no era pesimista de hecho, aunque lo fuese de dicho, que siempre hablaba mal de aquella sociedad, que consideraba muy poco ejemplar en sus usos y costumbres; porque la Marquesa viuda de Montoro era una señora chapada á la antigua, que en todo cambio veía síntomas de empeoramiento y ruina, y si no el convencimiento, tenía, por lo menos, la sospecha de que la fin del mundo andaba próxima. Ni es extraño que quien vivía en la soledad y el retiro hallase mucho que censurar en quienes vivían lanzados á disfrutar todos los goces de la vida de sociedad.

La Marquesa contó á su hijo infinidad de cosas de la sociedad madrileña, noticias interesantes de las familias de parientes y amigos, y en la enumeración también les tocó su turno correspon-

diente á los jóvenes Vizcondes de Armas.

—¡Pchs! Eso no lleva traza... No se cuidàn más que de lucir y de divertirse... Son tal para cual. Desde que se quitaron el luto por su madre, están lanzadísimos. Precisamente estos días se han dado el gusto de llamar mucho la atención. Ya sabrás que han sido las carreras de Octubre... Pues como ellos figuran entre nuestros primeros *sportman*, uno de los días estrenaron un break magnífico, se presentaron otro á la gran D'Aumont y todos perdieron sus caballos...

—Se consuelan diciendo que salieron mejor librados que el mismo R. de Alcalá, y es cierto que hubo la diferencia de que los caballos de éste llegaron los últimos y los penúltimos los suyos...

—De modo que al paso que van pronto darán al traste con lo que tienen.

—¡Y tan pronto!.. aunque lo que tienen es muchísimo... Pero no administran, ni dejan de gastar como locos... y acabarán en Leganés ó en San Bernardino... Yo sé, y no lo digas, porque has-

ta ahora no se ha corrido, yo sé, que las cosas van muy mal, que deben mucho, y que para salir de apuros urgentísimos, han tenido que vender bastante en Andalucía.

—En esta sociedad de Madrid, observó Jaime, es eso muy frecuente. ¡Qué lástima que nuestra aristocracia, ni en el orden social ni en el político, haya tenido el superior acierto de la inglesa!

—Pero ¿en qué pensarán, decía Pilar, los que hacen esa vida y gastan de esa manera?

—Pues sencillamente: no piensan, contestaba su madre. Y á lo mejor son gentes listas; no te lo negaré... Ahí tienes la Marquesa de Hazañas, una mujer de ingenio, muy celebrada por su conversación, que sabe, es verdad, lo que ignoran otras muchas; que hace muy buen papel en cualquier parte; que habla tres ó cuatro idiomas, pero que no sabe llevar la cuenta de la casa. Ella misma dice muchas veces:—¡Ah! se me va el dinero por entre las manos como agua... Pues

lo mismito le sucede á Isabel... y á otras... Mal de muchos, etc.

Más que en lo físico, hallaron su madre y su hermana variación en el carácter de Jaime, antes espontáneo, impresionable, lleno de optimismos y de alegrías, como era razón que lo fuese un muchacho mimado en su casa, agasajado en sociedad, correspondido en los coqueteos y bromas para todas las muchachas en general, y en particular por la que fué objeto de sus amores. Después vinieron las lecciones de la contrariedad, las experiencias de la vida independiente, las tristezas que van anejas á la soledad y que tantas veces le hicieron recordar con envidia, el cariño íntimo, el calor vivificante y la sosegada existencia propios de la vida de familia. La contradicción que sufrió en su amor primero, hizo que los entusiasmos se trocasen en frialdades y las expansiones en reservas: se apagaron así los fuegos de su alma, que no renacieron otra vez al cicatrizarse la herida; lo que hay es que al amargor del

disgusto y á la intranquilidad del desengaño, sucedió cierta pasividad y quietud. Y era parte también á que su ánimo se reconcentrase, el género de vida que llevaba, sin frecuentar ese trato íntimo que no puede hallarse en sociedades extrañas. Por eso al encontrarse otra vez en la grande y espaciosa casa de la calle de Don Pedro, entre gentes propias, sentía alborozo natural. Parecíale que respiraba mejor bajo aquellos altos techos, al recorrer las amplias y hermosas habitaciones que, adornadas con cuadros antiguos, con muebles viejos, le hablaban del pasado de su familia al mismo tiempo que de su propio pasado. Revolviendo cajones de su cuarto encontró un retrato de Isabel, y al mirarlo atentamente, se dibujó en sus labios una especial sonrisa que entre triste y escéptica, parecía resumir y condensar sus indiferencias presentes con sus amores pasados; aquellos amores de que, hombre ya curtido por las experiencias del mundo, se despedía con un adiós que tenía más de triste que de burlesco.

Quizá merecen más burla esas indiferencias de quien se juzga hombre fuerte no propicio á impresiones de amor, que los entusiasmos de quien se deja inspirar por éste.

Encontró también Jaime, en bien doblado paquete y atadas por una cinta de color de rosa—el color de los ensueños que fueron delicia de Jaime,—porción de cartas que llevaban la firma de Isabel. También acogió con sonrisas, que á veces parecían de envidia por lo poco alegres y espontáneas, las puerilidades cariñosas, los sencillos y fervientes juramentos de amor, los caprichos insignificantes, las infundadas quejas, esas mil nonadas, argumento de las cartas de los enamorados, que leídas con frío ánimo excitan á la risa, pero que en el caldeado ánimo de quien se siente predispuesto á amar, causan vivo goce; porque en esas descuidadas frases parece que flota el espíritu, y debajo de ellas parece que palpita el corazón, de quien al escribirlas, ha revelado claramente que padece mal

de amores. Para comprender el sentido de esas cartas, que si son sentidas tienen profundidad en el fondo, á pesar de las imperfecciones de su forma, es necesaria cierta preparación del espíritu: requiérese que se halle éste trabajado por el amor, que aguza, afina y adelgaza el ingenio, sugiriéndole metafícas galantes, y predispone para las intuiciones felices y las adivinanzas misteriosas, al señalar en el alma un grado de perfección y lucidez. No de otra suerte, quien da por único pasto á su espíritu la lectura de expedientes, ó la de artículos de fondo, quizás no comprenderá los refinamientos espirituales, las cosas hondas y profundas que matizan las páginas de los escritos místicos.

Sentía Jaime ese egoismo de quien se adocena, tan contrario al espíritu de amor que indudablemente mortifica, pero que por eso mismo eleva, regenera y perfecciona.

Se pasaba Jaime los días sin salir apenas, dedicado al solaz de la lectura en

aquella grande pieza de su despacho, en que eran mudos testigos de su lectura, una porción de antiguas señoras y viejos caballeros, que allí se estaban en los algo deslustrados lienzos, luciendo trajes de medio paso, clásicas mantillas, casacas y pelucas. ¡Qué diferencia del Jaime de ahora, que estaba las horas muertas y muy tranquilo, en compañía de sus graves antepasados, y el Jaime que años atrás huía la presencia de éstos para correr á paseos, teatros y salones, con el aturdimiento de la inexperiencia, dominado por insaciable sed de amores, que le movía á buscar para regalo de sus ojos á la que era á un tiempo, regalo y tormento de su espíritu!

El recuerdo que Jaime tenía de Isabel no era punzante ni mortificador. No se podía decir que fuese un recuerdo lejano, pues cuatro años únicamente habían transcurrido; pero Jaime vivió mucho en poco tiempo, y desde aquél en que amó á Isabel, había recibido muchas impresiones de todo género. Podía, pues, de-

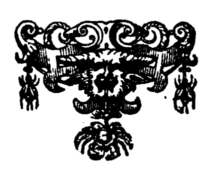
cirse que estaba el recuerdo más lejano en la realidad de su espíritu que en la realidad del tiempo.

Comprendía Jaime que sus amores le hicieron perder lo que, una vez perdido, ya no se vuelve á encontrar: el entusiasmo de las ilusiones primeras, que es algo así como una virginidad de los sentimientos del alma. Pero Jaime, en medio de todo, celebraba su independencia y disfrutaba tranquilidad, que no hubiese sentido si, al volver á Madrid, hallase soltera á Isabelita: esos cabos sueltos tienen mucho de peligroso. El cariño á la casa le hizo pensar en las ventajas de la familia y en las del matrimonio; pero al llegar á este punto siempre vacilaba Jaime entre el deseo y el temor.

—Si yo renunciase á la idea del matrimonio, decíase, notaría en mí un vacío, la falta de una aspiración necesaria; y, por otra parte, realizar tal idea es exponerme á llenar el vacío con enojos.

Mecido por tales cavilaciones, sentía Jaime envidia de las felicidades burguesas.

—¡Ah! ¡Dichosos los que se dejaban de historias románticas y de historietas grises y buscaban una muchachita seria, sencilla, formal!... ¡Bah! Y para encontrar una mujer así, ¡no debe ser precisa la linterna de Diógenes! ¡Estábamos frescos en el mundo, si fuese cierto que la felicidad de uno, solo la puede hacer una. No: para cada individuo, debe haber varias que sirvan de media naranja. ¡Dichoso mil veces entonces aquel que encuentra (hay que decirlo en plural) alguna de sus medias naranjas!





VI.

La representación iba á dar comienzo; las gentes que hormigueaban por el escenario, se replegaban entre bastidores. El director de escena, miraba la sala por un agujero del telón, excelente punto de vista para apreciar de un golpe el conjunto. La mirada se deslumbra: en la pupila vacilante se confunden cambiantes de colores, reflejos del oro y de la pedrería. La sala, llena de bote en bote y espléndidamente iluminada, presenta hermoso aspecto: rodeada de un ambiente de distinción, luce como soberana la hermosura.

Suenan dentro del escenario algunas palmadas, se dan voces de aviso, álzase

el telón, y encendidas de súbito las candilejas, luce la escena iluminada. Dentro, entre bastidores, sólo se oyen conversaciones en voz baja; los murmullos que llegaban de la sala van gradualmente amortiguándose; la representación da comienzo.

Estamos en pleno cielo: detrás de las nubes, se oyen los cantos de las falanges que celebran al Señor. En aquel momento apareció en su platea Isabel Armas: dijérase que buscaba para presentarse, el momento más crítico y solemne, aquél en que, recogida la atención del auditorio, fácilmente se notaba cualquier ruido y se advertía cualquier movimiento. Todas las miradas se volvieron hacia su palco platea: los gemelos señalaban en la propia dirección, y objeto de las conversaciones, lo mismo que de las miradas, era aquella Vizcondesa de Armas, tan linda como graciosa y simpática. Por primera vez se presentaba en el Real después de la muerte de su madre: á la sazón acababa de regresar

de París, donde fué á buscar consuelos para su desgracia, y *toilettes* que, por lo elegantes y lo ricas, asegurasen sus éxitos en los salones de Madrid. Ya al cruzar el pórtico ó *foyer* cubierta por el abrigo de pieles, recogida la cola del vestido, luciendo el zapatito de raso, más de un muchacho la saludó con aire, gesto y manera de mirar, que parecían acatamiento de vasallo á la soberanía de la belleza. Y aparecía en el palco luciendo precioso traje de faya blanco con cabos negros, desnudos los hombros y el cuello, que, torneado á maravilla, era elegante sostén de aquella cabecita ligera, que con gracia y donaire se inclinaba á un lado y á otro, devolviendo saludos que refrendaba con sonrisas, poniéndoles así sello de amabilidad.

Cuando una distraída mirada de Jaime—que estaba en el palco de su madre—advirtió la presencia de su prima, no pudo dominar una impresión fuerte de estremecimiento interior y turbación extraña, que precipitó en sus venas la

circulación de la sangre y dió á su corazón más violentos latidos. Volvió Jaime la vista á la nebulosa, y á pesar suyo vió dibujarse las angélicas facciones de Isabel sobre aquel fondo vagoroso y poético. El temor de que transcendiese á lo externo su turbación, mantuvo á Jaime en alarma.

En este estado, le causaba una ligera contracción nerviosa la voz y el acento de Mefistófeles, el diablo zumbón que á las puertas del cielo, saludaba al Eterno Padre. Las irónicas palabras del negro Mefistófeles cuando reta al Rey de cielo y tierra, las relacionaba Jaime con su propio destino, que se le figuraba negro y triste.

Apenas había entrevisto Jaime un trazo del rostro de Isabel, y fué esto lo muy bastante para que se le representase con toda claridad, según estaba profundamente grabado en su imaginación. Vió, pues, Jaime, á la Isabel que dejó, á la que fué objeto de sus amores.

Cuando recobrado de la fuerte emoción, á que fué parte principal la sorpre-

sa, la examinase detenidamente, había de parecerle muy otra. Esta reacción de su espíritu, de todo en todo contraria á Isabel, se acentuó al hablar con ella: le pareció menos simpática en su modo de ser, y aun en su belleza misma: tenía esa falta de espontaneidad que previene en contra de las mujeres que son lindas con estudio, que están en el secreto de su beldad.

A las súplicas de los penitentes, impregnadas del religioso respeto de la contrición, á los cánticos de las falanges celestiales llenos de aspiraciones misteriosas, ponía fin la orquesta con las inspiradas notas del *crescendo*. Ya caído el telón, las gentes se levantaban celebrando las bellezas de la obra: á la impresión artística que produce un escalofrío moral, había sucedido por natural reacción, el calor, el entusiasmo: á la silenciosa reserva seguía un movimiento febril en que todo el mundo se agitaba, cambiándose impresiones, interrumpiéndose unos á otros con acentos de admiración y frases de entu-

siasmo, que cada vez que se alzaba el telón y salía á saludar el maestro compositor de la obra (un joven alto, delgado, de expresión nerviosa y alborotada melena) ahogaban las palmadas, los bravos, los entusiastas apóstrofes que salían de todos los lados del teatro.

Cuando la visitó Jaime en su platea, estuvo Isabel sumamente risueña y alegre, celebrando mucho ver á Jaime otra vez y haciéndole infinidad de preguntas.

—Hace ya tres días que estás aquí y todavía no fuiste á verme... ¿Te parece ese buen porte?

—No cuentes una cosa por otra, Isabel... dos veces fuí á tu casa y no te hallé ninguna... Tú me culpas á mí para curarte en salud... para que yo no te diga que andas siempre de paseo.

—Pero háblame algo de tus viajes.

—Ya te contaré, ya te contaré más despacio.

—Dime: ¿y ahora vienes de Londres?

—Sí; sólo me detuve en París cuatro días.

—¡Quién como tú! ¡Si yo fuese hombre!... pero las mujeres vivimos condenadas á esclavitud... la esclavitud del marido (éste se sonreía bonachonamente en el fondo del palco) y la esclavitud de la sociedad... ¡Ah! yo, por mi gusto, andaría siempre de la *Z*eca á la Meca. Y esto así como suena, sí, señor; no lo tomes á broma: lo que es yo, por mi gusto, sin un viajecito á la Meca no me quedaba.

Después se habló del teatro, que estaba muy bien, y de la ópera, que Isabel oía por primera vez. Jaime ya la conocía y le dió á su prima una porción de detalles: encontraba la música algo desigual, y algunos pasajes se le figuraban reminiscencias de otras obras de autores alemanes; pero así y todo, no cabía negar á Boito una gran inspiración: bastaban para acreditarle el acto de Grecia y el Prólogo.

En tanto que hablaban, iba Isabel observando atentamente á Jaime, como para darse exacta cuenta de sus varia-

ciones. En esto de repararlo todo, aun sin prodigar mucho las miradas, es indudable la superioridad de las mujeres: son sus ojos de gran perspicacia observadora; complacencias de la naturaleza, no ignorante de su espíritu de curiosidad. Más que variaciones exteriores, se comprendía desde luego que se había operado en Jaime un cambio interior, y que de mozo festivo y atolondrado, habíase vuelto joven serio y grave: la gravedad de condición traslucíase en la expresión correcta y en el aire digno. El tiempo, con labor de diferenciación, había pasado modificando á Jaime en sentido enteramente distinto que á Isabel. La misma expresión del rostro de ésta varió al unísono de su carácter: era tal vez más tentadora, pero menos simpática; estaba muy pagada de sí misma, y era esto porque, en cabezas no mejor constituídas que la suya, oir lisonjas y adulaciones produce mareo. La imaginación de Jaime anduvo toda aquella noche poco fija; no siguió con atención el desarrollo de la

interesante obra. Su atención iba de la ficción á la realidad. Mientras entraban en tratos Fausto y Mefistófeles, Jaime se dió á cavilar en lo que él pediría para pactar á encontrarse en el pellejo de Fausto. Después de todo, á eso de andar en tratos con el diablo se le daba allí excesiva importancia, por tratarse de pacto expreso; pero, bien mirado, ¿no se entra á cada momento en pactos tácitos y sin que anden por medio Margaritas ni Elenas?

Sustituyó á Jaime en el palco de Isabel, dándola animada conversación, un joven boquirubio que miraba con monóculo. Entre los varios que estaban allí haciéndole la corte, ninguno tenía tan grandes atrevimientos como aquel joven suelto de lengua y de modales, que, hablando *sotto voce* á Isabel, excitaba frecuentemente su risa.

—Isabel, no se canse V. en mirar... no hay otra como V... ni tan bien vestida, ni tan guapa.

—V. siempre de broma... pero ¿cuándo hablará V. en serio?...

—¡Ah! ¿cree V. que porque me sonrío no digo verdad?... vamos, por lo visto es V. de las que creen que las verdades tienen que decirse poniendo cara de guardia civil... Entonces me va V. á tener toda la vida por embustero, porque juro á usted que en mirándola me es imposible poner cara fosca.

—Déjese V. de tonterías... y mire á la Duquesa de Realengo, que entra ahora en aquel palco... Tome V. los gemelos... yo observaré qué cara pone V. al mirarla.

—Bueno; con esa condición, miraría yo lo mismo á la gorda más grasienta que á la bruja más delgada y chupona.

—¡Jesús qué tonterías se le ocurren á V. esta noche!

En el palco de Isabel no cesaban de entrar y salir muchachos conocidos: era una constante renovación de personal. Paco se bañaba en agua de rosas al notar los éxitos de su mujer. No pecaba de inmodesto: se conocía, y únicamente aspiraba á lograr celebridad de consorte.

No le importaba que estuviesen entre aquellos muchachos los más curtidos en las artes del galanteo, ni consideraba que para las mujeres ligeras, es un encanto más en los hombres la fama de calaveras y Tenorios. Los hombres de esta laya reciben, en recompensa de haber engañado á otras, favores de aquéllas á quienes también han de engañar. Allí estaba hablando muy alto, escuchándose y haciendo alardes de chistoso, el ex-ministro Pepe Leiva, socio del Club aristocrático y uno de los hombres más conocidos en los círculos políticos y en los salones del gran mundo. Tampoco dejó de hacer á Isabel su correspondiente visita Blas Guinea, ó Blasito, como le llamaba la generalidad, jovenzuelo muy aficionado á llevar cuentos de unas señoras á otras, en quien había mucho del eterno femenino—la afición á chismes y murmuraciones—y algo femenino y no eterno, en el modo de andar, en los amanerados modales, en toda la traza de su persona: hablaba con voz de niño de coro consti-

pado, según dijo con singular gracejo Pepe Leiva. Éste fué también quien dió en llamarle la gallina de Guinea, mote con que todo el mundo conoce en la actualidad á Blasito. Así Guinea como los demás muchachos vagaba de unos palcos en otros repartiendo con efusión bienvenidas y saludos. En los entreactos, era grandísimo el ruido de las conversaciones. La animación nerviosa, el vivo dialogado, expresaban el contento con que las gentes se volvían á encontrar. Comenzaban por brillante modo los placeres del invierno: sus largas y frías noches, temibles para quien vive en el apartamiento del campo, serían de solaz para los que habrían de congregarse en aquel teatro Real, donde se encuentran esos puros goces que proporciona el arte á los espíritus elevados, y aquellos otros goces que produce la murmuración á los ánimos chicos y pequeños; que también á veces los tienen, y no creo que haya quien lo dude, los que viven en mundo tan lleno de esplendores y de grandezas. Se ha-

blaba de todo: de las excursiones veraniegas, de los sucesos de actualidad, de amores, de política y de estas dos cosas á un tiempo, no sólo porque el amor tiene su política, sino también porque entra en el número de las artes de que se valen los políticos para dar trazas á su intriga.

En palcos más altos, aunque algunos lugares más abajo en el escalafón social, están las familias de una sociedad que va siempre como á remolque de la aristocrática, para husmear é inquirir cuanto hace ésta, y luego á su sabor zaherirla y condenarla si acaso no la puede imitar. Ni faltaban en butacas, entre muchas personas de distinción y conocidas, otras, que no eran lo uno ni lo otro, de esas que han contraído el hábito de andar siempre entre lo que se llama gente conocida, aunque ellas no conozcan á nadie. Y ni una sola butaca había desocupada, ni faltaban señoras que luciesen vistosos sombreros y claros vestidos sobre el fondo oscuro de los trajes de etiqueta y de las butacas rojas. En primera

fila mostraba su espléndida y flamante personalidad el Marqués del Ballenato, que de cuando en vez lanzaba al aire los brazos y daba tres solemnes palmadas: tenía el Marqués la importancia de una institución; llevaba la batuta de los aplausos.

También estaban en primera fila varios diplomáticos extranjeros, con quienes Jaime habló un rato. Desde allí observó cómo Isabel charlaba animadamente con un hombre nada guapo, pero desenfadado en extremo, y que en sus elegancias, algo exageradas, y en sus aires de conquistador, revelaba orgullo.

Al pasar por las apreturas del callejón, en que sólo se puede andar á codazos en noches de tanta concurrencia, oyó Jaime, no sin sobresalto, una frase que le hizo volver los ojos al palco de Isabel:

—Mira la de Armas cómo se anima con Tirol, decía un muchachillo todavía imberbe á otro tal que le escuchaba sonriendo.

Jaime clavó en ellos una mirada, que

parecía amenaza á su precocidad murmuradora.

Ya en su palco, preguntó Jaime quién era aquél que hablaba con Isabelita. Su madre le contestó únicamente que «un tal Tirol,» y varió de conversación inmediatamente. Pilar se puso muy encendida y bajó los ojos, cosa que ni siquiera reparó Jaime. Lo que sí reparó á poco, cuando se marchó Tirol del palco de Isabel, fué que á Pilar le sentaba muy bien aquel sencillo traje granate con rayas blancas, mucho más entonces que, sin duda, con el gran calor que hacía en el teatro, se habían matizado con ligero carmín sus mejillas, y semejaban tener más brillo sus lindos ojos negros. Jaime no salió ya de su palco en toda la noche: había perdido por completo la animación, y no le agradaba, como antes, andar de unos palcos en otros diciendo donaires y gracias: su estado de espíritu le inducía al retraimiento, y era éste causa de que más se afirmase la preocupación y extrañeza que le habían producido recientes impresiones.

Era, en tanto, objeto de los comentarios y las murmuraciones generales su prima Isabel.

El mismo Blasito Guinea contribuía poderosamente á excitar las mayores sospechas con sus habladurías imprudentes. Blas, que á la cuenta tenía subvertido el concepto de la moral, no encontraba nada de particular en aquellas historias, que con tanta fruición propagaba: así, decía en el palco de la Marquesa de Galana guiñando el ojo y encogiéndose de hombros:

—¡Pchs! Se comprende. Tirol es un hombre muy seductor; Isabel, una mujer muy hechicera... Dios los cría y ellos se juntan.

El académico Lobera, allí presente, traducía todo aquello á un lenguaje escogido, grave y sentencioso.

—Cuando los maridos no atajan esas cosas en su origen, suelen traer malas consecuencias. Por otra parte, la cabeza de Isabel no está bien constituída.

—Está V. muy benévolo, Lobera—interrumpió la Galana—debía V. decir,

y sería más acertado juicio, que Isabel no tiene cabeza.

Luisa, la antigua compañera de Isabel, subrayaba con maliciosas risas todas aquellas censuras. Lo echaba Luisa todo á la peor parte, y alternaba las risas de aprobación con frases de fingido escándalo.

Hay que hacer justicia á Isabel, que sería todo lo atolondrada y ligera que se quisiese; pero buena, al cabo, de condición, no era dada á murmuraciones: devolvía bien por mal. Precisamente hablando de la Marquesa de Galana, decía Isabel:

—¡Qué guapa está esta noche Carmen Galana!

A lo que añadió el ex-ministro Leiva:

—Y qué cara tan galana tiene. Es el suyo un reir tan franco, tan natural, tan de mujer satisfecha. La verdad es que tampoco hay muchas que disfruten tanto... se comprende que tenga siempre cara de satisfacción...

Y así iba diciendo el ex-ministro cuan-

do suspendió, riéndose, su charla, para hacer notar el gracioso contraste que hacían la cara de Pascua de la Galana y las facciones de Viernes Santo del nuevo Duque de Cabra, que la saludaba en aquel momento.

Blas Guinea, la gallina de Guinea, como decía ya todo Madrid, se fué en tanto á cacarear en varios otros palcos, de la misma manera que en el de la Marquesa de Galana.

El entusiasmo y la animación crecieron en el cuarto acto, cuando apareció á la vista de los espectadores el río Penejos, de dulces riberas, que lucen en la serena noche iluminadas por los reflejos de la luz Drumont, que semeja los rayos de la luna.

La naturaleza recrea el sentido mostrándose con todos sus encantos y galas, como para recibir á la hermosa Elena, la mujer ideal, tipo de la forma perfecta, en cuyo obsequio entona el enamorado Fausto aquellas celebradas invocaciones, que son otras tantas inspiradas

notas, dignas, por cierto, de la mujer á quien saluda como

Forma ideal, puríssima,
Della belleza eterna.

Con armónica traza, se combinan los acentos de las arpas, los himnos de las corétidas; y sobre esos acordes y acompañadas por los de la orquesta, sobresalen las purísimas voces de Fausto y Elena, que se confunden celebrando al alma de la poesía, al amor, que, siempre uno, sirve como lazo de armonía al arte antiguo y al moderno, cuyas místicas bodas celebran los coros haciendo resonar himnos de alegría.

Aún no habían concluido en la sala los aplausos que prodigaba el público al inspirado autor y á los inteligentes actores, y ya estaba el *foyer* lleno de personas conocidas, que se arremolinaban en corros, saludándose con fruición, prolongando los goces de la noche en aquel último cuarto de hora, que es el más feliz para los enamorados, añadiendo como complemento

á los otros goces, el de la íntima tertulia en que se saben noticias, se comentan proyectos y se dan citas, en tanto que no aparecen los lacayos, cubiertos, como osos, de pieles, para anunciar á las respectivas señoras que está esperando el carruaje.

Sentada Isabel en uno de los divanes rojos, tenía á su lado á Tirol, que la hablaba con misterio, baja la voz y aproximándose mucho á su oído; inclinaba Isabel la cabeza como para oir mejor; vagaba en sus labios una sonrisa, no menos hechicera que burlona, comentario el más propio á las seducciones de Tirol, y no apartaba un punto los ojos del espejo de en frente, que en aquella graciosa postura de dejadez, entreabierto el abrigo de pieles y enseñando las perfecciones del busto, reflejaba por entero su figura.

Llena la enferma imaginación de Jaime de los recuerdos del poema de Göethe, por ilusión, á que conspiraron las emociones de aquella noche, se imaginó transportado á otro Olimpo: entre corétidas y

ninfas, descollaba Elena, escuchando con aires de desdén, las ocurrencias del sátiro de frac que la hablaba. Señoreaban, la imaginación de Jaime fantasías y simbolismos de la segunda parte del poema; pero conmovía más hondamente su corazón la primera parte, la de inspiración dramática. Frecuentemente referimos á nuestro pensar y sentir las escenas que ocurren á nuestro alrededor. De esta suerte, Jaime hallaba la clave de su vida en el sintético poema, pues resumiendo su pasado y su presente, simbolizaba en la sencilla y modesta Margarita la Isabel que dejó y la Isabel que hallaba en la deslumbradora Elena, en que todo es arte, perfección externa y refinamiento.





VII.

JAIME volvió aquella noche del teatro Real sumamente preocupado: no se daba él mismo exacta cuenta de la causa, ni mucho menos del alcance de su incomodidad; pero tal era ésta, que le sugirió la idea de abandonar á Madrid, donde horas antes, y en la compañía de su madre y de su hermana, se sentía tranquilo y satisfecho.

—¡Y todo es por esa mujer! decíase á sí mismo Jaime; ¡por esa mujer, que no me importa, ni me puede importar, ni quiero, sobre todo, que me importe!

Y mal de su grado, confesábase que Isabel era la causa de su preocupación; pero al mismo tiempo añadía que tal preocupación no ofrecía peligro alguno.

—¡Isabel no es la que fué! decíase. ¡Yo quería la otra, la que me quiso á mí, la mujer de hace cuatro años!

Isabel no había variado mucho en lo físico, pero sí en la expresión. La adolescente que dejó era una criatura simpática, que inspiraba verdadero amor á la par que lo sentía: la Isabel que encontraba era la mujer no mala pero sí ligera, superficial, que, entregada á coqueteos efímeros, juega con el amor y sólo siente amor á sí misma.

Jaime recordaba en aquellos momentos con gran claridad los gestos, las actitudes, las sonrisas y las miradas de Isabel, todos los encantos de su angélico rostro que fueron parte á inspirarle vivísima pasión. Y reconcentraba Jaime en su imaginación la historia de aquellos amores de su adolescencia, que, por ser los primeros de su vida, dejáronle recuerdos para toda ella. Al volver la vista de aquel pasado al presente; al pensar en la mujer de Paco, sentía vivísimo enojo. Dijérase que su interés se cifraba en su tormento,

pues para Jaime ningún tormento mayor
hubiera podido darse que el de encontrar
á Isabel tan linda y tan simpática como
antes, con lo cual hubiera vuelto á sus-
citar en su ánimo emociones, que serían
causa de su desesperación, al no poder
serlo de su felicidad. ¿Pero tal vez, co-
quetuela y todo, le inspiraba Isabel un
amor de que él no quería darse cuenta?
Y aun antes de concluir la pregunta le-
vantábase en su ánimo una protesta, y
en su imaginación aparecíase bonachona,
sonriente, la figura de aquel Paco, tan
excelente esposo de Isabel y amigo suyo
tan decidido y constante. Y variaban de
rumbo los pensamientos de Jaime, que,
campeón de la amistad, reprochaba á su
prima por no querer y no estimar á Paco
con el cariño y con la estimación que me-
recía. Pero bien pronto se arrepentía Jai-
me de dar crédito á tales suposiciones;
porque ¿quién le había dicho á él que Isa-
bel no profesaba á su marido cariño ver
dadero y estimación profunda? Esto era
lo natural, que si no, alguien sustituiría

á Paco como objeto de las preferencias de Isabel. ¡Singular encadenamiento de las ideas. Y al llegar á este punto, en su interior discurso se acordaba, á pesar suyo, de las amabilidades de su prima con aquel antipático Tirol, con lo cual encendíase en cólera su ánimo.

Por ventura aquellas sospechas adquirían tan poco cuerpo, que bien pronto las desechaba como suspicacias de su alterado espíritu. Para esparcimiento de éste, dióse Jaime á la lectura de las páginas que había escrito en sus viajes resumiendo las impresiones artísticas; pero muy luego desechó tal lectura por enojosa, y buscó aquellas otras páginas en que consignó la narración de sus lances y aventuras para darles vida duradera en el papel y no cuidarse de escribirlas en la memoria; que tenía él la preocupación, acaso más filosófica de lo que parece, de que por tal manera daba más pronto al olvido las impresiones que recibía. A lo que se negó siempre fué á escribir en tan curiosas páginas la his-

toria de sus relaciones con Isabel: no quería dar forma de exteriorización á los recuerdos que como depósito sagrado conservaba en lo interior de su alma; pero la lectura de aquellas memorias llevóle nuevamente á pensar en Isabel. Leía con interés su aventura de la *rue Rivoli*, sus amorcillos de parisién calaveresco con aquella muchachita del Magasin que le atrajo por ser vivo retrato de Isabel, con algo menos de belleza y algo, y aun algos más de coquetería. Los progresos que había hecho Isabel en ese arte, hacían ya menos notable la diferencia.

—Pues, señor, decía Jaime, es raro sino el mío: dejo aquí los amores con Isabel, una chica rubia, de pelos rubios y cejas lo mismo, nariz fina y delgada, ojos azules, boca pequeña y sonrisas enloquecedoras, y hete aquí que me encuentro en París una muchacha de iguales sonrisas, iguales gestos é iguales facciones. ¡Ya sabía el diablo lo que tenía que hacer para tentarme!... Pero ¡qué cosa más extraña que entre tantos millares de ca-

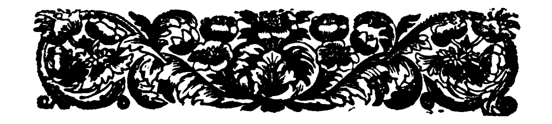
ras como se ven por el mundo, todas dotadas de las mismas facciones, sean, sin embargo, distintas por las variaciones del gesto, de la expresión, del rasgo fisonómico!... Nada; que lo que me pasa á mí por caso raro ó por diabólico sucedido, es una verdadera originalidad...

Y Jaime se distraía de sus anteriores preocupaciones pensando en la originalidad del caso. Ya distraído, recordó con gusto los paseos por el Bois de Boulogne, las excursiones por el Sena, las citas á deshora, los encuentros en los bailes de máscaras y aquellas cenas en los mismos, en que apuraba los ilícitos placeres de la orgía, aturdiendo el espíritu, ahogando todo motivo de pesar. Y asomaba á los labios de Jaime esa sonrisa entre compasiva y burlesca con que, al referir los viejos sus aventuras de mozos, á un tiempo las censuraran y las aplauden. La aventura de la rue Rivoli fué la primera de toda una serie: líos con grisetas; conquistas de entre bastidores en que no era empeñada la lucha ni glorioso el

triunfo. Así fueron poco á poco apagándose los recuerdos, hasta que cesó aquel asaltar continuo que tanto le apenaba; pero al asedio sucedió el bloqueo. El vacío de su alma, colmado de pesares primero, se llenó de enojos después, y embotada su sensibilidad, poco predispuesta á los goces de amor, sintió aburrimiento y cansancio. Con la estancia en Inglaterra coincidió la agravación del mal. Buscaba lecturas que guardasen consonancia con su estado interior, y desechando los pesimismos de exaltación romántica á lo Werther, buscaba ese otro pesimismo que no es arrebato y obcecación, sino frialdad y desengaño. Y no era que, como tantos otros, quisiera darse unas lecciones de pesimismo por juzgarlo cosa de buen tono: era que en aquellas obras veía el reflejo de su estado; podía, pues, perfectamente comprenderlas, y, lo que importa más, sentirlas, aquilatando de manera experimental, que no con procedimiento empírico, la verdad que encerraban.

Los pensamientos de Jaime volvieron pronto á su prima. Alrededor de ésta giraban todos los sucesos de su vida; ¿cómo no había, pues, de preocuparle? Ella le inspiró los primeros amores, amores tiernos y verdaderos que afectaron profundamente su alma; por darla al olvido, se lanzó en el torbellino de placeres de la existencia de París, y halló nuevos motivos de recuerdos: juzgándose curado de éste, volvía á Madrid, hallaba á Isabel mujer de uno de sus mejores amigos, y nuevas preocupaciones, enojos y dudas surgían en su ánimo. Secretos lazos, cadenas misteriosas, extrañas ligaduras, ataban aquella mujer á su pensamiento y á su voluntad. Dijérase que Aquél que todo lo puede había confundido en uno solo el destino de ambas existencias.





VIII.

QUIÉN sea ese Tirol por quien ayer me preguntabas,—le dijo su madre á Jaime—es lo que todavía no ha podido averiguarse. Dicen que es un hombre rico... se sabe que es sumamente gastador. En la sociedad de Madrid cayó bien... Ya sabes tú que es una sociedad muy bondadosa, y que para eso poco se necesita. Caer en gracia vale más que ser gracioso, y Tirol, que no tiene nada de tal, ha caído en gracia por ser un tipo á la moda, que se da tono de hombre de mundo... Dice Pilar, con razón, que otra cosa le favorece mucho á los ojos de la sociedad, y es su aire extranjero y su exagerada manera de vestir. Pero vamos al caso de lo

que te quiero contar, porque debes saberlo. Ese hombre, que es muy descarado y no se para en barras, hizo el amor á tu hermana con una insistencia grandísima... La cosa á mí no me gustaba nada, pero á tu hermana le gustaba menos... Ya sabes tú que á Pilar le da muy poco por ahí... como que ha tenido pretendientes mejores: alguno que hubiese deseado yo que aceptase, rechazó ella... pues aunque tiene esa cara tan suave y ese genio de malva, no creas tú que le falta, cuando llega el caso, independencia de carácter... Pero volvamos á Tirol... Tan descaradillo es el mozo, que aunque Pilar le significó desde luego su antipatía,—alguna vez la llamé la atención porque hacía feos demasiado marcados,—él no paró hasta que se hizo presentar y fué á casa: Pilar no salió á la visita... Nunca he visto á tu hermana tan incomodada como entonces, porque lo que ella se figuraba, es que todo el mundo supondría que había dado algún pie para que Tirol se tomase tales libertades... Pero, en fin, la cosa termi-

nó pronto: tu hermana le habló clarito, y él se alejó muy ofendido para no volvernos á saludar... Por ahí debió haber comenzado... ¡Ah! después se dejó decir, donde yo sé, que hizo todo aquello por dar celos á otra, á una cierta viudita con quien estuvo en relaciones... ¡Escándalos de la sociedad!... Por supuesto que yo no me fío del dicho de las gentes,... pero creo que Isabel haría muy bien en no recibir tanto á ese hombre.

—¿De modo... que Tirol va mucho á casa de Isabel?

—Sí, y luego se habla lo que no debía hablarse... Yo no la puedo decir nada... no sé si sabrás que estamos algo políticas...

Jaime ya no atendía: dominado por viva emoción, se alejó de la presencia de su madre... Era la que le inspiraba el recuerdo de Tirol una ira sorda, un verdadero deseo de pronta venganza: como evocados por conjuro despertábanse en él los malos instintos. La idea de que le hubiese dado calabazas su hermana le

hacía sonreir con una risa sardónica, una risa preñada de amenazas: lo que verdaderamente sublevaba su ánimo era la idea de que diese que hablar con su prima. ¿Qué había en el fondo de toda aquella agitación? Más tarde, así que recobró su espíritu la calma y frialdad habituales, preguntóse á sí mismo cuál era la clave de tales desazones, que no tenían satisfactoria explicación en los cariños de familia, que revelaban más bien residuos de amor, ó quizás celos retrospectivos, deseo de que no se confirmasen en la mujer que él prefirió las sospechas que dieron causa á la oposición de su madre. Y sin embargo, se creía seguro de que no existían ya en su ánimo recuerdos vivos del amor que tuvo á Isabelita, sino que más bien extendía hasta ella sus enojos.

La idea, que acarició la víspera, de marcharse de Madrid cuanto antes, la rechazaba ya: tenía que liquidar primero algunas cuentas, esclarecer hechos oscuros de historias borrosas, disipar las dudas

que le confundían, hacer luz, ver claro; y varió por completo su plan de vida. Hacíase preciso salir al mundo, saber lo que el mundo decía, averiguar sus grados de certidumbre, orientarse, en fin. Porque él sabía, por haberlo oído de tan autorizados labios como los de su madre, que la gente había murmurado de Isabel; pero bien pudo ser aquélla una de tantas pasajeras murmuraciones que carecen de fundamento, y que por eso muy pronto se disipan. Y ante estas consideraciones calmábase el espíritu de Jaime, que comprendía deber suyo esperar y tener calma, según cuadra á mozo ya curtido en experiencias mundanales.

Por la tarde fué Paco en coche abierto á buscar á Jaime para salir á paseo con él: al poco rato daban vueltas en la Fuente Castellana, llevando Paco á su derecha á Jaime, que iba poco contento y nada tranquilo, por el contrario que aquél, que iba tan tranquilo como contento; y cuenta que para Paco eran mucho mayores y más graves las causas de intran-

quilidad que traían al otro perturbado. Jaime hallaba muchas caras nuevas: en cinco años varía extraordinariamente la fisonomía de una sociedad, entre otras razones, por la muy sencilla de que varían muchísimo las fisonomías de las personas, hasta punto tal, que no parecen las mismas. Aquello era triste: él, que antes conocía allí á todo el mundo y no daba un paso sin tener que devolver un saludo, ahora, sin saludar apenas y mirándolo todo con atención, llevaba el aire y la traza propios de un forastero. Cuando Jaime se fijaba en los lugares parecía que acababa de alejarse de ellos, y esto era causa de que sintiese mayor extrañeza al reparar que con respecto á las personas, no le sucedía lo mismo.

El paseo estaba concurridísimo: había gran número de coches. Subían en apretadas filas, y ya cerca del Obelisco tenían que hacer alto antes de deslizarse por aquella fila única, que dejaba la invasora, pero lenta corriente de los coches que bajaban; que también éstos, á pesar de

extenderse, tenían que ir á paso tardo y deteniéndose á menudo, lo cual daba á muchos fatigados paseantes aire de aburrimiento y de impaciencia, y hacía que los valientes caballos, llenos de fuerza y de brío, piafasen como deseosos de romper toda valla y dar desahogo á su bravura.

Isabel paseaba, según su costumbre, sola y en coche abierto: solo en días de lluvia se la veía en carruaje cerrado, porque en éste no podía lucir su elegante figura ni las ricas pieles con que se cubría en invierno, ó los alegres, ligeros y vistosos trajes del buen tiempo. Iba Isabel ligeramente reclinada en el *milord* con un aire de abandono y una actitud de indiferencia, que no perdía al contestar á los que saludaban desde otros coches que se cruzaban con el suyo. Vaya por otras tardes en que se deshacía Isabel en saludos y sonrisas. Isabel, según las trazas, sería niña toda su vida hasta en eso de variar de humor cada cinco minutos. Y lo malo estaba en que, siendo niña por

el aturdimiento, no lo fuese por la inocencia.

Paseaba Tirol en un *tílbury*, cochecillo de altas ruedas y dos asientos, amén de uno trasero que ocupaba el lacayo ó *groomm* dando las espaldas á su amo. Guiaba éste con habilidad que no debemos negarle, ya que en eso cifraba Tirol uno de los mayores y no el más tonto de sus orgullos. Como el tílbury es carruaje no grande y ligero, metíase Tirol por todos lados haciendo mil evoluciones, cambiando de filas para ganar terreno y colocarse á poca distancia del coche de Isabel, si no optaba por el partido de menudear mucho las vueltas para encontrársela muchas veces y otras tantas mirarla, puesto el monóculo y arrugado el entrecejo, con ese aire especial de los cortos de vista que vale á muchos una inmerecida fama de lo que era Tirol: de impertinentes y de descarados.

Jaime vió varias veces á Tirol, aquel hombre cuya sola presencia causábale

enojo y enfado. Tirol, al pasar al lado del *milord* de Paco, saludó á éste y miró fijamente á Jaime, que á su vez le miraba con atención. Las miradas que mutuamente se cruzaron pudieron convencerles de que nunca serían amigos: tácita y calladamente se habían referido sus desfavorables impresiones respectivas. Se dan, después de todo, muchos casos de éstas que podríamos llamar antipatías fulminantes. Tirol y Jaime no se habían visto sino la víspera en el Real y aquella tarde en la Castellana; pero fué esto lo muy bastante para que, al conocerse, se despertara en sus ánimos profundo sentimiento de animadversión.

Aunque despejada y hermosa, estaba sumamente fría la tarde y abundaban así los coches cerrados, que desfilaban con el monótono ruido propio de un rodar incesante. Aquí y acullá, sobre el fondo movible, oscuro y acharolado, veíanse, el traje claro de emperejilada dama, el lucido uniforme de algún militar á caballo, y los débiles rayos de un sol de Noviembre

arrancaban reflejos á las barnizadas ruedas de los coches, á los plateados adornos de las guarniciones y á los dorados botones de las libreas. Por los paseos de los lados transitaban pocas gentes: algunas elegantes señoritas acompañadas de sus ayas, y varios muchachos que no apartaban la vista de los coches; á bien que hacia otro lado poco había que ver, como no fuese algunos hoteles con arbolado alrededor, que ni tampoco eran muchos, pues todavía abundaban, rodeados de empalizadas, los feos solares, en que posteriormente se han hecho elegantes construcciones.

Poco más tarde, los cocheros blandían las fustas, los caballos arrancaban á trote largo, y como si se hubiese dado el grito de «rompan filas,» los carruajes se declaraban en dispersión. Y en aquel general desfile, no lejos del coche de la de Armas, rodaba el tílbury de Tirol por la anchurosa vía de Recoletos, á esa hora en que temblorosas y amarillentas las luces de los faroles, luchan con las últi-

mas inciertas claridades del día, en tanto que van gradualmente como borrándose y perdiéndose las líneas de todas las cosas, que se ofrecen á la vista más perspicaz, oscuras é indeterminadas.





IX.



RA conocido de todo el mundo aquel Luis Tirol, tipo de elegante pretencioso, que tenía por misión única llamar la atención de las gentes con sus originalidades y extravagancias. Señalábanle ya—y esto de ser señalado era lo que importaba á Tirol—diciendo: «ahí va uno de nuestros primeros elegantes;» cuando no decían, que esto era más frecuente: «ahí va uno de nuestros primeros mamarrachos.» A Tirol no le importaba maldita la cosa que se le llamase mamarracho, á trueque de que se reconociese, según todos lo hacían, que figuraba entre los primeros: quiere esto decir, que dominaba á Luis Tirol por completo, el prurito de la noto-

riedad. Estaba Tirol en la alta sociedad de Madrid como el pez en el agua: era el indispensable en todas las fiestas; no cesaba de frecuentar las casas principales. Nadie conocía su historia ni la de los suyos, pero esto era lo de menos: advenedizo afortunado, había adquirido carta de naturaleza en el mundo de la elegancia. La sociedad es así: quiere únicamente que se cubran las formas. Hase ya visto cómo recibe y agasaja al improvisado ricacho que hizo dinero en otro mundo; ni más ni menos que admite al aventurero de traza elegante, y en tanto que niega al tosco provinciano las correspondencias de la cortesía, así prueben sus actos limpieza de costumbres, y limpieza de sangre sus pergaminos y ejecutoria.

Sobraban á Tirol condiciones para brillar y distinguirse en la aristocrática sociedad madrileña, que no tiene el cerrado y estrecho carácter de la legitimista aristocracia del faubourg Saint Germain, sino que más bien se asemeja á la del

faubourg Saint Honoré, y no porque la falten títulos más ilustres que los de la primera, sino porque tiene el festivo y bullicioso carácter propio de la segunda.

Por ser esto de mucho efecto, dadas las corrientes que hoy privan, se las daba Tirol de *gentlemen*; encontraba más elegante el tipo del inglés, con sus peculiares rarezas que se reflejan en el traje y en la figura, que el tipo del gomoso, del *dandy* de boulevard parisién, que ahora llaman *pschut*. Pero estas marcadas preferencias por lo inglés no quitaban al cosmopolitismo de su carácter. Así hacía de *sportsmen* en las carreras como de *dilettanti* en el Real, y era en todas partes y siempre un joven *comm'il faut*, un hombre á la moda. Hablaba varios idiomas: amén de conocer perfectamente el inglés y el francés, conocía á medias el italiano, y se hacía entender en alemán. Lo cual, no quiere decir sino que disparataba á su sabor en variedad de lenguas, pues, fuese cualquiera la que hablase, en su lenguaje había siempre sobra de inso-

lencia y desenfado, ausencia de discreción y comedimiento. Tomó Tirol la sociedad de Madrid como país conquistado: permitíase singulares libertades, pero más singulares eran todavía aquellas risas benévolas con que las comentaba la gente, diciendo: cosas de Tirol. Después de todo, tener *cosas* es una grandísima fortuna, pues da derecho para faltar todos los días á las conveniencias sociales.

Tirar de la oreja á Jorge, tirar al sable y seducir mujeres: tales eran las únicas ocupaciones de Tirol. Como jugador, adquirió reputación de loco y de afortunado: ganaba mucho, pero gastaba más. Por eso podía decir con muchísima razón:

—¡Psch! aunque tanto he variado de países, siempre me parece que estoy en uno mismo... porque siempre me rodean ingleses.—A quien hablaba con desenfado semejante, á quien hacía además gala de despreocupación, y por añadidura alardeaba de Tenorio, era natural que le rodeasen en seguida sus similares, entre los cuales contábanse aquellos elegantes

que formaban grupo dentro del mismo Club aristocrático, unos pocos que andaban siempre juntos por teatros y reuniones dando la norma del buen tono, según era razón en quienes tenían por profesión única el *dilettantismo* y la elegancia.

Prevaliéndose del favor que disfrutaba, envanecido é ilusionado, intentó Tirol, á poco de llegar á Madrid, una empresa de suma importancia, que acertó á disponer con habilidoso sigilo. A la cuenta no abrigaba Tirol grandes confianzas de éxito, y con razón, porque una cosa son los triunfos efímeros que se obtienen en los coqueteos de los salones, y otra cosa ya más difícil, es obtener ante el altar el *sí* que liga dos existencias con lazo indisoluble.

Tirol conocía á la mayor parte de las muchachas distinguidas que figuran en Madrid, y llevaba con ellas amistades; pero fué precisamente á fijarse en una que ni era de él conocida ni apenas frecuentaba sociedad, aunque era de familia muy principal y esclarecida: la hermana de Jaime.

Muy distinta de las mujeres cortesanas ó de las muchachuelas insustanciales y ligeritas con que se tropezaba frecuentemente, desde luego llamó la atención de Tirol aquella mujer de mirada inteligente y aire distinguido y modesto. La impresión de novedad obligóle á parar mientes en los atractivos de Pilar Astegui, y cuando menos lo pensaba se sorprendió á sí mismo mirando con interés, que acreció muy luego, á la simpática hija de la Marquesa viuda de Montoro. No sé si por añadidura pensó que aquella muchacha era uno de los primeros partidos de la corte; pero si no fué esta consideración la que despertó en él deseos de enamorarla, por lo menos hubo de confirmarle en ellos, apremiándole con nuevos poderosos estímulos. Por muy trasto que sea, por muy dejado de la mano de Dios que esté un hombre, lleva anejo á la condición de tal el tener un corazón que cuando llega el caso, palpita con interés para su dicha ó su tormento.

Por mal suyo, tenía Tirol toda una

reputación de calavera, y era esto motivo más que suficiente para que Pilar desde luego le rechazase. Pero además distaba muchísimo Tirol de ser un buen mozo ó un hombre guapo. Su cuerpo era pequeño y nada garboso, el rostro arrugado de entrecejo y cubierto de greñas, y todo él, desde los pies á la cabeza, repulsivo y antipático. La traza exótica, el exagerado vestir, el aire extranjerizado y pretencioso, sus artificios y convencionalismos, dieron á Tirol la reputación de que gozaba. Aberraciones del gusto.

Los colegas de Tirol no extrañaron gran cosa el continuo mal humor de éste: aquello era muy propio de su carácter; el *spleen* es de buen tono. Es enfermedad propia de épocas decadentes y de espíritus trabajados por los refinamientos del *dilettantismo*. No eran el natural alegre ni el carácter bullicioso los que empujaban á Tirol á fiestas, devaneos y empresas amatorias; eran más bien el mismo despecho y el propio cansancio. Necesitaba emociones, y emociones continuas y va-

riadas, que de otra suerte la existencia se le hacía insoportable.

Tirol sabía dominarse, y no pecaba en sociedad de lánguido ó de taciturno: era agradable su conversación, no graciosa, sino llena de humorismo, y atrevíase á decir las cosas más crudas, sazonándolas con rasgos satíricos y perfiles burlescos. El ánimo de Luis no era recto: un sentimiento de venganza inspiraba aquellos insistentes galanteos con que distinguía á la Vizcondesa de Armas, una de las señoras que más celebraban las mordacidades de Tirol. Concibió éste el propósito de cortejar á Isabel, prima de Pilar, para satisfacer su vanidad, logrando envidiable triunfo sobre aquella familia; se vengaba, pues, de Pilar, en la persona de su prima. Así como así, ésta era una de las mujeres más bonitas y con más fama de tales que había en Madrid por entonces. No juzgó muy difícil la empresa desde que vió cómo se presentaba Isabel: las risueñas espontaneidades de ésta, desde luego le dieron albricias. Quizás dió Ti-

rol importancia excesiva á las apariencias; porque Isabel, como tantas otras señoras de la corte, distaba mucho del tipo de Santa Mónica, pero no distaba menos del de Lucrecia: la mayor parte de las gentes buscan en esto el nivel general y andan de virtud por lo mediano. Lo que hay es que así como en los pueblos levíticos vicios y defectos, se esconden en la oscuridad, en las capitales salen á la luz, se ostentan con elegancia y brillantez; y no falta quien, sin caer en el vicio mismo, incurra en sus alardes, para hacer notar esplendores de lujo y elegancia. Quizás no sabía Isabel que era objeto de comentarios desfavorables y de reticencias malévolas, que su ligera y voluble imaginación apenas se fijaba en cosa alguna. En su cerebro se había formado un criterio especial de la existencia, nacido, como ahora se dice, por generación espontánea.

Isabel tomaba las cosas según venían, y de todas sacaba partido: seducíanla los goces de las fiestas, los continuos encan-

tos de la murmuración, el comer bien, el vestir mejor, el no cesar, en fin, de divertirse: entregada á su libertad, consentida en todos sus antojos, bullendo sin cesar un punto, recreándose con los varios placeres de la existencia cortesana, dilapidando capitales, rodeada de galanes aventureros y aduladores, volatilizábase en su alma todo propósito serio, mareábase su cabeza con el vértigo de las alturas. Sin cesar la incensaban regalando su espíritu con frases de adulación, que se filtraban en su sér despertando el instinto de la vanidad. Ella era—así al menos se lo decían—la más discreta y la más simpática, y por de contado, la más elegante y hermosa entre las damas principales. Con todo esto, volvíase cada vez más coqueta, añadiendo coquetismos artificiales á los instintivos y espontáneos que da naturaleza. No cifraba tanto su vanidad en ser bella como en aquel especial encanto que ponía en sus gestos y actitudes, en la *toilette* intachable, en el porte y las afecciones distinguidas.

La belleza no satisfacía en tan alto grado su vanidad: era bella porque había nacido así, y no había nacido así por mero azar ó capricho de la fortuna, pues estaba la belleza vinculada en su familia, según rezaba la tradición: su bisabuela, su abuela y su madre fueron celebradas en sus respectivas épocas como otras tantas beldades. De lo que tenía Isabel superior vanidad era del arte, del primor, de la habilidad exquisita con que unía á las gracias naturales, otras del artificio. Guapas había muchas, elegantes pocas, distinguidas menos: ella era guapa, elegante y distinguida. Ni es mucho en quien tales perfecciones juntaba que se mostrase engreída y orgullosa, ni lo es tampoco, que los muchachos más principales, la erigiesen en ídolo de su culto amoroso: así como así, su típica belleza podía muy bien representar alguna divinidad gentílica, diosecilla que pareciese descendida del Olimpo y venida al mundo, no á ofrecer premios ajenos, sino á brindar con sus propias incomparables gracias.



X.

ESTABAN en el final del espléndido banquete; ya espumaba el Champagne en las anchas copas de finísimo y transparente cristal; las emanaciones de la comida, la evaporación de los vinos cargaban la atmósfera, que era pesada, pero muelle y regaladora, como si participase en algo de ese sopor que es propio de las digestiones. Colocadas en los aparadores decían muy bien con el fondo oscuro del comedor, que era de roble tallado, las hermosas piezas de plata. Ocultaba la puerta, por donde salían y entraban los criados, elegante biombo de fondo negro y caprichosos dibujos dorados, estilo japonés. La nota clara y alegre era la mesa, ilu-

minada por hermosa lámpara que proyectaba toda su luz sobre los blancos manteles. Lucía la mesa bello centro de flores: sobre verde césped y entre las finas camelias, que parecían de cera por lo delicado de su labor, había rosas de thé, de coloración suave y grato aroma, que se mezclaba con el de las ricas gardenias y las violetas humildes, formando el embriagador aroma de los *bouquets*. Ocupaban las cabeceras los Vizcondes. Rodeada de hombres correctamente vestidos de frac, segun la ordenanza de los salones, lucía Isabel *toilette* elegantísima, rico traje negro cubierto de azabaches, rodeado de encajes el cuadrado descote, transparentando la corta manga, que cubría el antebrazo, la carne sonrosada. Rodeaba el bien torneado cuello una cinta de terciopelo negra, y alzábase enhiesta su bella cabecita, *tenida* con orgullosa coquetería y gentil hechizo...

Pasaron al gabinete contiguo: la misma Isabel sirvió en tazas pequeñas, negro café de concentrada sustancia y rico aro-

ma. Cada cual se servía á su gusto en los diminutos vasitos los licores de su agrado: en la bien surtida licorera no faltaban el fuerte rom de Jamáica, el no menos enérgico whisky, el reparador Kummel y los suaves licores de damas, el *chartresse* oleoso, el azucarado anisete y otros de composición grata al paladar, como el Moca y el Anana. Era orgullo de los de Armas el que sus comidas se citasen entre las mejores; tenían uno de los jefes de cocina más afamados de Madrid, y así era especialista en componer la carne con la tentadora crudeza de los ingleses que despierta la voracidad de los sanos, como en aderezarla, según el arte francés, con salsas y adobes que se la harían tolerables á los enfermos. Sorbió Isabel el café sin azúcar, apuró después una copa, y rodeada de numeroso grupo de comensales fumó un cigarrillo. Estaba Isabel delante de la chimenea, apoyada en ésta la espalda, saliente el cuerpo, cruzadas las piernas con bizarría y libertad masculinas. Al echar el humo montaba

el labio inferior, y complacíase en ver, con los ojos entornados, las vagas y azuladas nubecillas que en espiral ligeramente ascendían. A la cuenta el Vizconde de Armas no era tan exigente como el rey Luis XIV, que prohibió terminantemente el uso del tabaco á la Duquesa de Borgoña. Pero, ya que no á Paco, disgustaban á Jaime los alardes excéntricos y las libertades pretenciosas de Isabel, porque en todo aquello no se descubría sino el inmoderado afán de llamar la atención; y aparte de lo expuesto que es en sus consecuencias, ya en sí mismo lleva ese afán algo de pecaminoso. Y adviértase que vivía rodeada de aquella porción de parásitos que formaban la bohemia de la elegancia y el buen tono. Abundaban entre ellos los extranjeros, los agregados de embajada, diplomáticos de menor cuantía, que no sólo por la condición de tales, sino también por la de socios del aristocrático Club, tenían entrada en las principales casas de Madrid. Hay entre estos diplomáticos muchachos distinguidos y de ilustración, pe-

ro los hay también que no saben sino cuatro superficialidades, y que tienen por tema único de sus conversaciones el referir las casas en que mejor se recibe en las varias capitales de Europa. Ni es extraño, después de todo, que continuamente solicitados por fiestas y diversiones, llevando una existencia poco formal y grave, en extremo disipada y libre, la superficialidad les caracterice y sólo sean peritos en el arte de la etiqueta. Agradábanle sobremanera á Isabel los agregados de embajada por su soltura y atrevimiento: para ellos no existían los compromisos y las trabas sociales qne existen para quien vive entre sus deudos, parientes y amigos. Aves de paso, á lo mejor dirigían su vuelo hacia lejanas tierras.

De personajes de categoría estuvo aquella noche, y se sentó á la diestra de Isabel, el Ministro de una nación del Norte, que era un verdadero *galant'huomo*, de elegante figura y agradable conversación: artista al cabo. Era muy aficionado á la pintura, á la escuela de Van-Dick y al

género de retratos. Hizo en Madrid, teniendo excelente gusto para la elección, los retratos de varias principales damas, y lo propio había hecho en otras capitales y se proponía hacer en todas las que recorriese, con lo cual, andando el tiempo, llegaría á formar un Museo verdaderamente original é incomparable, que sería como resumen ó compendio de la belleza de su época. Por eso decía con mucha razón el Ministro:

—Cuando llegue á la vejez hallaré gran satisfacción en pasar la vista por los cuadros de mi galería y ver las mujeres, á que irán asociados los más gratos recuerdos de mi vida... Aunque tuviera ganas de morirme, bastaría eso para quitármelas.

Contrastaba con el tipo del Ministro, que era el propio de un hombre del Norte, con la traza y el corte de los flamencos, un flamenco de aquende, aristócrata, aficionado á las buenas mozas y al buen vino, *juerguista* consumado y al mismo tiempo distinguido y simpático mucha-

cho, así apreciado en los cortijos de su tierra andaluza como en los salones de Madrid, y al cual, tan pronto se le veía montado en su jaca torda, elegantemente enjaezada á la jerezana, y en avío y disposición de derribar reses, como de visita en los palcos del Real, llevando el frac sin afectación y con soltura.

Indudablemente Alistal era uno de los más simpáticos de los socios del Club, muy conocidos de todo el mundo porque se enseñaban en todas partes, y en las horas céntricas del día, en que no hay donde meterse, se estaban bostezando en los balcones del Club, situado en uno de los más céntricos lugares de la corte.

Estaba también aquella noche—llegó á la hora del café—un Ministro de la Corona, orador elocuente, liberal *deplace*, que más que de las lides políticas gustaba del trato de los salones. Como la conversación busca el nivel general, era poco elevada la que tenían la Vizcondesa y sus tertulios. Aficionada aquélla á los alardes de originalidad é independencia, so-

lía dar á la conversación un tono de libertad y extravagancia. De ahí su afición á rodearse de hombres y á discutir siempre con ellos á guisa de camarada.

La conversación de las señoras le gustaba poco: encontrábala sosa, vulgar, poco variada y menos artística. Sus colegas en aristocracia serían todo lo distinguidas que quisiesen en cuanto á familia, y aun lo serían en su porte y presencia; pero no eran, por caso general, distinguidas en la conversación. En una palabra, Isabel las juzgaba vulgares; creíase superior á ellas.

No dejaban, con todo, de concurrir éstas á los elegantes salones de la Vizcondesa de Armas, que prefería por eso el rato que seguía á la conclusión de la comida, hasta que á las diez y media comenzaban á llegar los tertulios que poblaban los elegantes salones. Permanecía cerrado el principal de éstos, que sólo se abría en las noches de baile y en grandes solemnidades de la casa. Se sucedían gabinetes puestos con elegancia,

coquetería y hechizo, combinados los muebles de feliz manera, con bello y armónico desorden. Había sobre las mesas enanas, pequeños juguetes; hermosos barros destacaban sus tonos rojos sobre las verdes hojas de alguna exótica planta. Tenían por cubierta las sillas ricas telas, gusto Luis XV, y la forma de los muebles evocaba el recuerdo de las muelles y sensuales costumbres no solo peculiares de aquel tiempo.

Distribuídas con el desorden de que hoy se hace gala, las mesas de juego estaban, los unos empeñados en partidas de tresillo, otros se dedicaban al *wisth*, al *ecarté* y al *besigue*.

Entre el murmullo de la conversación oíanse discusiones por caso general poco acaloradas.

—No debiste descartarte del Rey de Carreau... juntabas los cuatro Reyes y te redondeabas...—Puesta de tres... y la entrada era bonita... yo hubiera arrastrado de Rey ó de punto, una carta intermedia. Va mi puesta de setenta y cinco.

Entre las más notables damas que concurrieron aquella noche, señalábase la Condesa del Poniente, una beldad en decadencia: llamaba principalmente la atención por su no buena vida y por su mala lengua, á todo lo cual se unía, como principal motivo de sus éxitos, la influencia política de su marido, ex-Ministro de la Corona. No faltaba así quien se sentase en el sitio de la Condesa cuando á ésta le iba mal, y por supuesto que para cargar con las deudas. Decíase también que la Condesa se solía ir á las Vistillas, lo cual quiere decir que de reojo y como quien no quiere la cosa, deslizaba sus miradas á las cartas de los vecinos; todo lo cual tenía su importancia, sobre todo por jugarse á tanto alzado y con palo de favor.

Solía Isabel vagar de uno en otro grupo charlando con sus tertulios en plática animada y risueña, y ya tarde tuvo con Tirol una conversación sin duda interesante, pero que terminó con palabras agrias que uno y otro se cruzaron, añadiendo

gravedad al caso la dureza del gesto que reflejaba mutuos sentimientos de animadversión. Todo ello pasó brevemente, y allá en el último gabinete, en aquel primoroso despacho de Isabel, que tenía cubiertas de seda azul las paredes, del mismo color que los divanes. Tirol se engañó de medio á medio al juzgar llegado el momento de desembozarse con Isabel, y, abandonando la rutina del escarceo retórico, entrar de lleno en terreno vedado. A las palabras que á media voz y misteriosamente deslizó Tirol á su oído, contestó Isabel con una terminante repulsa. Tirol se había engañado por completo. Es el más difícil de los aciertos de un seductor calcular el momento crítico, la sazón oportuna para descubrir todos sus malhadados propósitos. Una precipitación en este punto ocasiona quizás un fracaso irremediable. De aquí el despecho que se apoderó de Tirol, que se marchó sin saludar á nadie, acusándose de torpe, en tanto que su imaginación, revolviéndose con astucia diabóli-

ca, concebía nuevos planes de seducción.

En el corazón de Isabel no se había formado una pasión que pudiese arrastrarla á su perdición y su ruina. Fué, bien mirado, singular dicha de su marido no despertar en ella una pasión que al cabo no sabría corresponder. La vida que llevaba Isabel era sólo propia para confirmarle en sus volubilidades, ligerezas y caprichos. Coqueteaba por divertirse; no pensaba sino en apurar los goces que ofrece la vida cortesana: huía las ocupaciones serias, los motivos de preocupación y de pesar. Tal se mostraba su ánimo, que se dijera nacido para el placer, que jamás le saciaba, pues las contradicciones y los enojos resbalaban sobre su espíritu como sobre superficie bruñida, y á todo más pasaban á través de su corazón como el sol á través del cristal, sin romperlo ni mancharlo. Ofrecía Isabel acabado modelo de lo que se podría llamar frivolidad cortesana. Sacrificaba su reputación y la de su marido, no á los pecaminosos y reprochables móvi-

les de la pasión, sino á los más reprochables y pequeños móviles de la vanidad. Aquel tan cierto refrán que enseña «dime con quién andas y te diré quién eres,» tenía perfecta aplicación en la Vizcondesa de Armas. A la cual podía también decirse: «dime cómo vives y te diré cómo eres.»

No pasaron inadvertidas para Jaime las respectivas actitudes de Isabel y Tirol durante aquella noche. Ya le extrañó que, en la comida, y aun después de ésta, usase Tirol con Isabel de más reservas y de menos libertades que otras veces; y como amén de esto le pareciese el mozo un si es no es caviloso y meditabundo, dióse Jaime á pensar que Tirol traía algún plan en mientes: previsión acertada, en que hubo de confirmarse cuando vió que Isabel y Tirol, apartados de las otras gentes, hablaban á solas, y con calor y como muy intrigados, allá en el gabinete último. Desde el contiguo deslizó Jaime algunas miradas inquiridoras. Ni dejó de advertir que animándose por grados su conversación, pareció con-

cluir en altercado, según indicaba muy claramente el ceño adusto con que Tirol, sin disimular sus impresiones, se alejó pocos momentos después de la reunión de la Vizcondesa. Tirol, que era desigual en el genio, se dejaba dominar por el *spleen* y no sufría contradicciones; y es bien triste tener las rarezas de un inglés y sus excentricidades, y no tener, en cambio, el carácter flemático y frío que sirve como de compensación á esos defectos. En tanto que se alejaba Tirol, y antes de que volviese en sí Isabel, Jaime (que á la cuenta no perdía ripio) acercábase á ella como quien no quiere la cosa, y hallaba en su agitación é intranquilidad plena confirmación de sus acertadas previsiones. La habilidad de Jaime estuvo en buscar la conversación de Isabel, que, preocupada é incierta, intentó en vano rehuirla.

—Distraída andas, Isabel, y muy solicitada por todos: aún no has hablado apenas conmigo... Quería preguntarte si es ó no cierto lo que dicen por ahí.

Muy encendido el rostro, la voz algo turbada, afectandc una naturalidad que desmentía su actitud, Isabel contestó:

—¿Y qué es lo que dicen?

—Pues se habla de que vais á dar un baile... está muy corrido. Yo he contestado á varios que me preguntaron que creía que no... ¡Como no habéis dicho nada!... Además, me parece algo temprano para fiestas... de dar ahora una, quizás no os libráseis del compromiso de tener más tarde otra.

En tanto que hablaba Jaime, no quitaba los ojos de su prima, cerciorándose así de la agitación y desconcierto de ésta, que, lejos de ceder, más y más aumentaba ante el temor de que Jaime comprendiese algo. Aquella frescura y serenidad, propias de Isabel, que se descubrían en todas sus libertades y coquetismos, no las supo entonces conservar delante de Jaime. No atinaba ella con la causa, ó mejor dicho, no se paraba á reflexionar sobre ella; á bien que á esto se oponía la misma turbación de su ánimo. Pretex-

tando dar un recado á la Duquesa de Carres, cortó Isabel la conversación, dejando á Jaime con la palabra en la boca.

Jaime había observado bastante: no fué infructuosa la tertulia. Por eso, después de hablar un rato en un corro en que estaban varias principales señoras, de esas que dan fiestas, obsequian á las gentes y merecen consideración y atenciones especiales, se fué Jaime de casa de los Vizcondes á la suya, deseoso de meditar á solas sobre cuanto llevaba aprendido. Estaba Jaime tan alerta porque se juzgaba con mejores derechos que Tirol, aunque no intentase hacer uso de los que no debía llamar derechos, sino en contra de Tirol y volviendo por la honra de Isabel y de Paco. Porque Jaime quería á Paco como al mejor de sus amigos, y guardaba á Isabel ley, amén de cariño, y aplicando éste rectamente no quería comprometer, aunque menos quería que ningún otro comprometiese, su dicha conyugal.



XI.

FLUCTUABA Jaime dando unas veces importancia y negándo-dosela otras á los coqueteos de Isabel y Tirol, argumento de intriga murmuradora explotado á maravilla por las que eran rivales de la Vizcondesa. Lo que vió Jaime en casa de Isabel volvió la tranquilidad á su espíritu, convenciéndole de que en aquel asunto era más el ruido que las nueces, más lo que se murmuraba que lo que había en realidad; cosa no extraña, desde el punto en que los dichos maliciosos tenían por fundamento libertades y atrevimientos de Tirol y coqueteos y tonterías de Isabel.

Preguntó á Jaime su madre qué tal había estado la comida de sus primos.

—Perfectamente, contestó él, saben disponerlo todo muy bien... tienen la casa admirablemente puesta.

—Sí, que tienen muy buen gusto ya lo sé yo... sólo en una cosa demuestran un gusto muy malo... en gastar, divirtiendo á quienes no lo han de agradecer, lo que han de necesitar para vivir. Gastar tan sin ton ni son es cosa de locos.

—Pues entonces ¡cuidado que hay locos en Madrid!... argumento poderoso para esa nueva escuela de alienistas que si ven en todo criminal un perturbado, puede que vean otro perturbado en cada derrochador.

—¡Buenas cosas inventan ahora los hombres!... Pero lo que es la perturbación de tus primos es de las mayores. Hoy estuvo aquí el P. Fragas, persona muy enterada de todo, y él me ha dicho que Paco vendió hace pocos días una casa en la calle Mayor que le valía muy buena renta... á ese paso la vida es un soplo. ¡Qué lástima de fortuna! Y dime, Jaime, ¿Isabel sigue tonteando?

—Ya V. ve; con un marido así...

—¡Pobre Paco!... Sobre que son para él todas las malas consecuencias, todavía le quieres cargar con las culpas.

Cuando concluyó Jaime de hablar con su madre de esas y de otras muchas cosas, se fué á su cuarto: cogió y empezó á leer una obra de literatura inglesa, pero antes de mucho suspendió su lectura para entregarse á las cavilaciones de que era tan favorito. No hay que decir á dónde le llevaron sus pensamientos. Jaime se contó á sí mismo que los defectos de Isabel, lejos de ser propios de su natural, eran mero reflejo del medio en que vivía, de la ligera y superficial sociedad que la rodeaba. Con justicia, que no por caprichosa inclinación de su espíritu á la galantería, poníase Jaime de parte de Isabel y de otras varias señoras tachadas y tachables por defectos y resabios de más ó menos magnitud, y de que, por caso general, eran responsables como autores ó cómplices sus mismos maridos. Pensaba Jaime que en aquella socie-

dad, por él tan frecuentada, las mujeres valían mucho más que los hombres. Entre éstos, así fuesen de los más principales aristócratas que llevasen títulos de antiguos ilustres guerreros, no predominaban—á bien que tampoco son los más propios de nuestro tiempo—los hábitos é inclinaciones de sus antepasados, ni era tal su ilustración y cultura, que supiesen prestar protección á la literatura y arte como los Weimar y los Médicis, ni tenían siquiera talentos para la explotación y el negocio á la manera de nuestros contemporáneos los Rotschild. Quizás miraban negocios y especulaciones con criterio impropio de su época, como cosa no digna de la elevada alcurnia, por lo cual preferían darse á la holganza y á los placeres, así hubiesen de concluir por tal medio en hidalgos pobretones.

Con todo, los aristócratas españoles parecíanle á Jaime más simpáticos que los austriacos, rigurosos observadores de la etiqueta de los Hapsburgos, que los lores, que reunen el orgullo de origen al del po-

der y la riqueza; y que los legitimistas franceses apegados á la tradición y encerrados en un retraimiento, que trascendiendo á la vida de sociedad, produce la mortal enemiga al mundo oficial que baila en el Elíseo. Pero á vueltas de la simpatía que inspiraban á Jaime sus colegas en aristocracia, no podía menos de sentir que se preocupasen principalmente del aparato de las solemnidades palatinas, que decoran con los bordados de sus ricos y pintorescos uniformes. Notaba rebajamiento, no tanto de inteligencias, como de caracteres. Falta de energía, virilidad y arranque en las voluntades, muchas veces bien inclinadas, pero generalmente muelles y flojas, gastadas por los placeres, que enervan y embotan los sentidos. Así se explicaba Jaime aquel hábito, ya tan general en la alta sociedad madrileña, de derrochar grandes fortunas, acabando en poco tiempo las casas. Según las trazas que se daban, bien pronto concluirían Isabel y Paco con la suya, lo que Jaime no podía

menos de sentir con verdadero pesar de su alma.

Aquella tarde paseó Jaime con su íntimo amigo el Conde de Alistal.

Había despejado el tiempo, y estaba una de esas tardes de Madrid, en que apenas tiene igual la limpidez del cielo y la transparencia de la atmósfera. Iban ambos amigos despacio y deteniéndose á menudo por una apartada carrera del Retiro que cubría el espeso y verde follaje de los castaños de Indias.

Jaime tenía con Alistal gran franqueza; depositaba en él no menor confianza, y así no es extraño que, confesándole sus pareceres sobre la cuestión que le preocupaba, dijese así:

—Ya sabes tú, Joaquín, que las mujeres se pagan mucho de la opinión. Cuando una dama cualquiera de nuestra sociedad tiene á su lado á Tirol diciéndole piropos y galanteos, la dama se siente orgullosísima, y no por lo grato de las frases ni por lo seductor del galán, sino porque todas las otras la miran

con envidia mal encubierta al notar que es objeto de las preferencias del joven á la moda. De esta suerte Tirol acertó á convertirse en símbolo: él personifica la elegancia, y todas se ufanan por ser las preferidas de quien ostenta tan alta y principal representación.

—Por de contado, observó el Conde, que como tipo Tirol vale menos que nada... es raro y feo si los hay.

—Pues claro: entre los mismos lugareños (y observa qué término de comparación busco) los hay de más natural elegancia, ya no digo de mayor belleza, y claro está que las mozas de pueblo, que pelan la pava á deshora, preferirían mil veces á los refinamientos de un Tirol las espontaneidades de sus novios, garbosos y simpáticos.

—De donde se puede inferir, añadió el Conde, que en ese caso las mozas de pueblo dan quince y raya en materia de buen gusto á las encopetadas señoras de la corte.

Siguieron hablando largo rato, y las

tonterías y extravagancias de aquel Luis Tirol, tan afamado, fueron argumento de su conversación.

—¡Psch! Tirol en todo es lo mismo... se muere por figurar... es un verdadero fantoche... Yo no sé qué mérito pueden encontrarle...

—Pues ese, respondió el conde: el de ser un verdadero fantoche... Da que decir á todo el mundo; juega y no paga; engaña á todas las que puede; es desvergonzado y atrevido: pues ten por seguro que no le faltarán conquistas. ¡Ah! la celebridad calaveresca es el mejor título que en la sociedad puede presentar un hombre para optar á la consideración de ciertas mujeres.

—Algo exagerado me parece tu juicio.

—Cá nada de eso; y la cosa es de bien sencilla explicación: la mujer que conquista á un hombre que abandona á otra, ve en este engaño prueba mayor de su poder que en todas las frases de amoroso rendimiento que pueda el galán murmurar á su oído. Tal es la mujer que en

caso semejante ni siquiera sospecha que, como engañó á otra, pueda engañar á ella misma.

—La verdad es que las personas serias y formales no debían hacer maldito caso á un hombre que, además de otras cosas peores, es extravagante y ridículo.

Y refirieron de Tirol muchas y singulares extravagancias, y le pusieron como hoja de perejil.

Ya estaban de vuelta en la Puerta de Alcalá, y aún decía Alistal:

—Es un hombre malo y atrevido, pero además fatuo y tonto. Ahí va un detalle que lo demuestra, y sirva *de mot de la fin*, porque yo voy á dejarte para tomar un coche é ir á casa á vestirme, que hoy como con los Giráldez. Verás: Tirol alardea de vestir en Inglaterra, y de Inglaterra sólo recibe las etiquetas con que sustituye las del sastre de Madrid. De modo que á M., á quien por supuesto le debe un pico más que regular, no le queda siquiera el consuelo de que pueda darle crédito Tirol, luciendo sus ropas, á guisa de figurín.

—Es bueno eso; pero á la verdad, Pepe, que nosotros somos los que nos hemos encargado esta tarde de cortar un buen traje á Tirol.

—El traje que merece.

Jaime hablaba de Tirol sin disimular la antipatía, pero con cierta aparente frialdad. El tono de Alistal era más acre. No sé la relación que podría tener esto con lo que se decía por Madrid de que Alistal pretendía á la hermana de Jaime, á quién Tirol también intentó enamorar. Quizás le cobró entonces Alistal la mala voluntad de que daba muestra.





XII.

Los sucesos de la noche del sábado pusieron á Isabel de un humor malísimo. La dió al día siguiente por no salir de casa: se aumentaron con el encierro las causas de aburrimiento, y éste se resolvió al fin en rebeldías del espíritu y sacudimientos de los nervios: eran verdaderos berrinches, rachas de mal humor, irascibilidades y locuras. La naturaleza de Isabel estaba viciada. De los caprichos hacía su pasión. Para bien ser hubiera necesitado tener hijos en quienes emplease la pasión, no desperdiciándola en caprichos y antojos que un momento engolosinan

y entretienen, pero á la postre cansan y empalagan. La compañía de su marido, la atmósfera de su casa no la eran á Isabel agradables: de ahí que huyese de los enojos de dentro por las diversiones de fuera. Con un marido como Paco, que cifra su vanidad en el lucimiento de la mujer, no cabe que ésta, modelo de hacendosas, honestas y retraídas, sea otra perfecta casada, según la que pintó Fr. Luis.

Lo mismo que vuelve á nuestra memoria y á nuestros labios la indiscreción ó la tontería que se nos escapó delante de gentes, volvía á la memoria de Isabel el recuerdo de su reyerta con Tirol y su conversación con Jaime. Lo indecisa que ella estuvo al hablar á éste que, por su parte, muy atento, la miraba, dióle que sospechar si Jaime estaría al cabo de todo, y no otra era la causa principal de su inquietud. Cada vez que pensaba tal cosa dábase á todos los diablos, y entonces era cuando incurría en los mayores extremos. Ante el temor de que Jaime tomase su desconcierto como señal de algo muy con-

trario de lo ocurrido, confirmábase en el propósito de desviarse de Tirol. Y era de notar cómo para nada influía Paco en su determinación, y cómo sus pensamientos iban sólo de Tirol á Jaime. Al abstraerse de los ruidos mundanales, al fijar la vista en su interior, como evocados por conjuro mágico, surgían á la vista de Isabel sus únicos verdaderos amores. Y ante tales recuerdos cedía la rabia, reflejándose en su rostro tristezas del alma, que daba al aire en forma de suspiros.

Comprometieron á Tirol sus mismos atrevimientos, originando una reacción á él contraria en el ánimo de Isabel: la presencia de Jaime en los momentos en que aún vibraban en sus oídos las palabras del seductor, dió lugar á que se acentuase más aquella reacción, tan contraria á Luis.

Isabel no almorzó apenas, ni apenas habló una palabra. Solícito Paco la preguntó qué tenía.

—Jaqueca, dijo Isabel por toda con-

testación, y quedóse otra vez silenciosa y pensativa.

Muy pronto se retiró á sus habitaciones pretextando que quería estar sola. Paco salió á sus quehaceres, después de encargarla que se cuidase. Veíanse marido y mujer únicamente á las horas de comer, las horas precisamente en que también se encuentran en el comedor los huéspedes de una fonda. No podía decirse que viviesen en familia, porque habitasen la misma casa. La unidad moral, el espíritu de asociación, que da carácter á la sociedad familiar, y es como lazo que anuda y estrecha su relación, estaba roto.

En esto pensó Isabel al volver á la soledad de su cuarto: era particular que hasta entonces nunca hubiese caído en la cuenta de tales cosas. ¿Sería que, apurados ya todos los efímeros placeres de la existencia del gran mundo, comenzaba á enojarla semejante vida y requería la vida íntima, propia de la asociación familiar?

—La verdad es, decíase, que Jaime ha variado mucho... ya no es como antes, decidor y animado... No tiene aquella sonrisa de entonces... aquella sonrisa alegre y tentadora... ¡También lo tengo que ver distinto, porque me mira de otra manera!... Viene poco... no quiere confianzas... se ha hecho muy serio... Pero es un hombre simpático... y una buena figura... Como figura mejor que Tirol... aunque Tirol es muy elegante, muy fino y *com'il faut*... Eso sí, demasiado atrevido. ¡Ya se ve, tropieza con unas señoras tan no sé cómo!...

Tenía gracia Isabel pensando y diciendo mal de las que, después de todo, la pagaban en la misma moneda.

Fija la vista en los maderos que chisporroteaban en la amplia chimenea; quieta ella, como inmovible, en esa actitud de serenidad y reposo que corresponde á un estado de moral ensimismamiento, entregóse á imaginaciones y ensueños nostálgicos, quizás propios de un espíritu que aun ignorándolo, desea las dichas del

hogar, refugio único, sea choza ó palacio, contra los cansancios de la vida del mundo.

Tirol personificaba á los ojos de Isabel la existencia de salón, los triunfos mundanos, las cortesanas historias, cosas todas que, en aquellos momentos, parecíanla de poco atractivo. El recuerdo de Jaime traía aparejado el cuadro de una vida muy otra, en que se daban el contento íntimo, la felicidad interior, y no el fulgurar más ó menos resplandeciente de las vanas exterioridades que deslumbran.

Terminaban las indecisas claridades del crepúsculo, hora la más propia para dar quietud y reposo al cuerpo y dejar libre la imaginación; esparcíanse ya las tinieblas, que se iluminaban con los rojizos resplandores de la chimenea; era entretenido ver la desigual azulada llama que aleteaba sobre la brasa roja, y buen trecho estuvo así Isabel, en tanto que sin cesar vagaba su imaginación por mundos ideales. La hora, el lugar y la

caldeada atmósfera, parecían acariciar ensueños: Isabel se soñó heroína, protagonista de sucesos dignos de referirse en novelas á lo Jorge Sand, amores y aventuras sucediéndose sin cesar en una existencia brillante que, sin trabas ni obstáculos, tuviese por premáticas su voluntad y por ley sus deseos.

Al resplandor de la chimenea que ardía en vivas llamaradas tocó Isabel el piano poniendo fin á sus ensueños, y tocó la música que halló delante, ya colocada en el atril; una opereta de Offenbach. Isabel tenía que acercar mucho la vista para descifrar pentágramas y notas al rojizo fulgurar de una claridad tan incierta. ¡Qué contraste! Todavía estaba llena la imaginación de Isabel de sucesos románticos é impregnado su espíritu de melancolía, cuando venían á distraerla aquellas notas de Offenbach que parecían inspiradas por algún travieso diablillo, según eran burlescas y festivas. Tan repentino cambio, contraste tan notable, llevó la distración á su espíritu y dibujó

en sus labios una sonrisa entre burlesca y alegre. Así la sorprendió Paco: Isabel contestó de pasada á sus preguntas, y sin suspender un momento su atención; continuó interpretando aquella música festiva y juguetona.

Ya en el comedor, mientras el criado, puesto de frac, servía la comida en bandejas de plata, Paco enteró á Isabel de que tenía palco para el beneficio de los pobres de San Ginés, que se celebraba en Lara aquella noche.

—Pues yo no voy, dijo Isabel; Paco, sumamente contrariado, puso gran empeño en que Isabel se decidiese.

—Parece mentira que tengas esa rareza... Lara estará brillante esta noche... muchos darían algo bueno por tener palco... es ridículo que faltemos... ¿qué dirán?

Paco é Isabel no discutían casi nunca: á él le gustaba que su mujer se luciese, y á ella le gustaba lucirse: andaban acordes. Cifraba todos sus contentos Paco en que su mujer hiciese en todas partes pú-

blica ostentación de sus encantos y riquezas; después de todo, así aseguraba sus éxitos de celebridad consorte. Pero aquel hombre, que había perdido toda autoridad no acertando á poner cortapisa á las dilapidaciones constantes de su mujer, solía hacer hincapie en nimias y aun ridículas exigencias. El empeño de que Isabel fuese á Lara era verdaderamente grande. Hizo todo género de esfuerzos para convencerla: unas veces se acaloraba, daba voces, mostrábase exigente; otras, cambiando de tono, hablaba con cariño.

—Mujer, decídete, ¡eh! Mira que dan unas comedias muy graciosas, muy propias para hacer reir... Anda, tontona, dame gusto; estrena hoy el alfiler de corona de brillantes que te dí el día de tu santo... Vamos, ya que no por tu marido, hazlo por los pobres de San Ginés.

En actitud de indiferencia y desdén, ladeada la cabeza, contraídos los labios, arrugado el entrecejo y fija la vista en su marido, tenía algo de burlesca y mucho

de graciosa la figura de Isabel: aquello era un cuadro. Paco palmoteando, hablando con exuberancia, atropelladamente, en un discurso tan mal perjeñado como lleno de muletillas, circunloquios y tropiezos, y ella, indiferente, burlona, en actitud de mujer terca y caprichosa que no se aviene á discutir, encastillada en las decisiones de su voluntad. Paco se enfadó mucho. Isabel se salió con la suya: se retiró temprano á descansar de los quebraderos de cabeza de aquel mal día, que siguió á una noche peor. Ni sólo el deseo de descanso fué parte á que Isabel no desistiese de sus propósitos: pensó que el cansancio y el enojo se traslucen en el semblante robandole encantos; pensó también que el no prodigarse es de buen tono, y que, más que su presencia misma, daría que decir y pensar su ausencia. A sospechar Paco que los móviles del retraimiento de su mujer eran inspiración del coquetismo, no se hubiese opuesto primero á sus deseos, ni hubiese lamentado después, durante la función,

que Isabel no brillase como astro de primera magnitud, en aquel cielo en que lucían las más hermosas constelaciones de la belleza madrileña. No sólo pertenece á Paco el pensamiento: también es suya la imagen.





XIII.

N los principales círculos de la corte se discutía el estado de la casa de Armas. Para la generalidad no era un misterio que los Vizcondes habían derrochado locamente, y que estaba inmediata su ruina; pero no faltaban quienes pusiesen en tela de juicio tal cosa, al vèr que el cacareado trueno gordo no acababa de estallar, y que, lejos de disminuir, iban en aumento los gastos de tan flamantes señores. La verdad es que la cosa era muy propia para poner en confusión á quien no estuviese al tanto de las tramoyas de Madrid. Ellos podían tener la satisfacción de que preocupaban á la gente por el doble

motivo de sus lujos y despilfarros, que los hacían figurar como primeros entre los primeros, y por el valor que suponía aquel gastar tan sin tino que habría de llevarles muy pronto á la bancarrota. ¡Cuántas veces creyó sorprender Isabel admiración para sus bellezas en miradas curiosas, atraídas no tanto por sus lujos como por la fama de sus derroches! Isabel se pagaba mucho de los saludos expresivos de los que se divertían en su casa, y cuando iba por el paseo en su lujoso coche recibiendo y pagando saludos crecíase en su imaginación, y veíase como una de las primeras figuras que tenía la corte para su gala y ornamento. ¡Qué ajena estaba Isabel á las constantes murmuraciones que bullían á su alrededor!

—¡Pero habrase visto loca igual!... ¡Y qué aires se da de importancia, y qué tonos de personaje! quedábanse diciendo los mismos que muy finamente la saludaban.

Quizás la instintiva sospecha de un porvenir menos dorado que el presente

era parte á que se irguiese con altivez y arrogancia. Las señoras de más alta posición y más sólida fortuna, no veían con buenos ojos que ella quisiese ponerse por encima, y sus mismos saraos y fiestas la valían más críticas y censuras que alabanzas y elogios. Aunque no se diese exacta cuenta de ello Isabel, alguna vez descubría recelos y desconfianzas que, robándola el encanto de sus ilusiones, agriaban su espíritu, que, antes que de otras más principales cosas, preocupábase de tales menudencias. Aunque la vanidad encubriese sus desengaños, como á cada paso aparecen otros nuevos, el espíritu de Isabel iba transformándose, y era ya más apagado aquel matiz de rosa con que iluminaba su imaginación las realidades de la vida. El mismo derroche engendraba en su ánimo sospechas y preocupaciones que, por otra parte, servían como de acicate para empeñarla en mayores gastos, que, proporcionando motivos de disipación, la librasen de toda cavilosidad. Vivía, pues, Isabel dentro de

un verdadero círculo vicioso; porque de ella era la culpa de tanta dilapidación, aunque haya que asignar una parte de responsabilidad no escasa á su benévolo marido, por dejarse llevar á remolque. Exento Paco del orgullo de sí mismo—á bien que carecía de razones en qué fundarlo,—sentía orgullo por su mujer, y al lucimiento y ostentación de ésta sacrificaba su fortuna. Lucir magníficos trenes y caballos briosos, vivir con lujo oriental una vida de molicie y regalo, dar fiestas y banquetes, tener palco en los teatros principales, y para quitar monotonía á la existencia alternar la estancia en Madrid con excursiones al extranjero, cosas son que cada una de por sí, y mucho más todas ellas juntas, consumen en poco tiempo grandes riquezas. Pero á todas esas causas de ruina da quince y raya el descuido, la desidia en la administración, género de polilla que suele entrar en los opulentos palacios y acabar con sus magnificencias y esplendores. No se paraba Paco á dirigir y administrar su casa, dan-

do concierto y buen orden á todas las dependencias. Era la suya una existencia enervada por la pereza contagiosa que se respiraba en aquel aristocrático Club, donde pasaba Paco las horas muertas. Así podían calificarse aquéllas en que, paralizada ya la vida y entregadas las gentes de buen vivir al descanso, congregaba el amor al azar á los socios del Club, que se jugaban allí sus fortunas. No faltaban muchachos que nada tenían que perder, que vivían al día, aprovechando el desecho de las casas grandes; y entre estos pillos de marca mayor, hallábanse tontos de la misma marca. Por sabido se calla á qué número pertenecía aquel buen Paco, que solía volver á su casa malhumorado con las pérdidas. Era el perder grave contrariedad para su ánimo caprichoso; pocos se impacientaban tanto como él: tan grande fué alguna vez su trastorno, que inspiró sospechas de si llegaría á caer en accesos de locura. No tenía Paco el apático y frío temperamento propio de los jugadores: como que jugaba sin

ilusión, aguijoneado por el deseo de reparar los grandes quebrantos de su fortuna.

Veníase susurrando en la alta sociedad que los de Armas preparaban una gran fiesta: coincidió el deseo de Isabel de que la fiesta se celebrase, con grandes pérdidas ocurridas á Paco en el juego; pero como insistiese Isabel en sus deseos, Paco cedió en su oposición.

—Bueno; tendremos fiesta;... un poco temprano es... luego nos pedirán otra, y será un compromiso.

—Pero has de ver, objetó Isabel, que es mucho más lucido ser de los primeros... Luego, al acercarse Carnaval, hay á lo mejor dos ó tres bailes seguidos, y la gente está ya cansada. En cambio, si es el primero nuestro baile, causará mucha más impresión. Hay que darlo ahora, ahora.

Isabel dijo esto con un tono tan decisivo, con un aire de convencimiento tal, que Paco se encontró desarmado. Habría baile. Y en tanto la marea de las deudas subiendo y subiendo sin cesar.

En seguida se corrió por todas partes que los Vizcondes disponían un baile: los periódicos publicaron la noticia en sus ecos de los salones. ¡Cuántas gentes graves la comentaron entre risueñas, burlescas y compasivas, diciendo:—Pero habránse visto locos semejantes!—A lo que las muchachas que se prometían pasar una buena noche replicaban:—Bueno, ¿y qué? Ello es que nos divertiremos...

El académico Lobera comía en casa de Carmen Galana, cuando ésta le enteró de que se anunciaba para muy pronto el baile de los Vizcondes.

—¡Jesús qué par!... dijo Lobera por comentario; muchas cabezas como las de hombre tan simple y mujer tan loca, darían más resultado que todas las teorías comunistas contra los privilegiados de la fortuna, y que todas las teorías proudhonianas contra la propiedad.

Carmen tomó pie de aquí para poner como digan dueñas á Isabel: no la podía ver ni pintada. Y la razón de la inquinia estaba en la misma semejanza que había

entre las dos: no hay peor cuña que la de la misma madera. La Condesa de Galana podía echar bravatas, pues por su dicha tenía un marido que, aunque como tal, fuese de la misma calaña que Paco, quiérese decir, igualmente afectado por un padecimiento de miopía moral, pero por lo demás era de excelentes condiciones para jefe de su casa: tenía lo que los franceses llaman *savoir faire*. No faltaban nunca á Carmen todos los recursos que exigiese para brillar á la altura de Isabel. Aunque Carmen Galana se juzgase superior, tal sentimiento de superioridad no debía estar muy arraigado en su ánimo, cuando tan grande era su deseo de eclipsarla: por lo menos demostraba considerarla como rival temible. Carmen acogía con malévola fruición aquellas noticias de que los de Armas disponían un baile, pues por ese camino de desbarajuste se iba en derechura al trueno gordo, que sería una cosa misma, con el eclipse total. Por esta misma razón, la Marquesa viuda de Montoro deploraba tales excesos y au-

guraba mal de la suerte de sus sobrinos. En el fondo de aquel sentimiento de hostilidad suavizado por matices de compasión, había cierto egoismo; que la Marquesa temía el tener que servirles de amparo y apoyo, como su parienta más cercana, el día en que careciesen de recursos propios. Esto, amén de ciertas diferencias de carácter y aficiones, influyó poderosamente para que se apartase de ellos, con objeto de que la misma esquivez, única reprobación que cabía, fuese parte á separarles de la vida de desconcierto que llevaban. No lo logró así; pero con todo, á pesar de los deseos de Jaime, que se traducían en frecuentes instancias, permaneció en aquel alejamiento, que era á modo de protesta que dejaba libre su espíritu de todo escrúpulo de culpabilidad.

En tanto que así, de muy diversas maneras, se juzgaba la tan discutida personalidad de los Vizcondes, éstos hacían aprestos para la fiesta, en su deseo de que resultase lucidísima, según convenía á las tradiciones de su casa. Al hacer

nuevos encargos, llovían sobre los Vizcondes cuentas atrasadas. Paco andaba incomodadísimo: tal era su condición, que firmaba sin disgusto un pagaré de muchos miles que hubiera de abonar su administrador; pero poníase de malísimo talante al tener que sacar de su bolsillo algunos pesos. Los acreedores pensaron quizás que no debían estar exhaustas las cajas del tesoro, cuando se metían en tales gastos; ó tal vez sospecharon mejor, que semejantes gastos dejarían exhausto su tesoro. Había una cuenta de Lhardy, otra de la orquesta, varias del modisto. Éste no acababa el traje que Isabel tenía empeño en estrenar, si no se le pagaban media docena de trajes más que le debían. Isabel mandó la cuenta á Paco, que, ante la perspectiva de una verdadera crisis, estaba pasando las de Caín.

—Es preciso arreglar esta casa, decíase Paco... Pero el arreglo ya vendrá después, contestábase á sí mismo... ahora hay que salir del apuro.—Con su administrador de Baza (Andalucía) no ha-

bía tiempo de entenderse; los prestamistas de Madrid, más prontos que á dar nuevos dineros, estaban á solicitar los prestados: ni tenía finca alguna que no estuviese ya hipotecada, y al mismo tiempo era indispensable arbitrar recursos. Paco, después de mucho devanarse los sesos, dió en una idea peregrina que se apresuró á poner en práctica; estaba desazonadísimo: acostumbrado á vivir en la inacción, aquella actividad y aquellas contradicciones le ponían fuera de sí. Lanzóse á la calle, cogió el primer coche simón que halló al paso, y á los pocos minutos estaba en el Club hablando á solas con Tirol. Muchas vueltas le dió al asunto...—Que se había encontrado con cuentas extraordinarias... que llevaba una temporada de muchas pérdidas... que se encontraba sin dinero á mano, y que, por no andar en diligencias, le pedía á él 20.000 reales. Y á todas éstas muchos agasajos á Tirol, grandes protestas de cariño, promesas y ofrecimientos por todo lo alto... las frases de siempre; esas

frases que son como precisa envoltura de toda petición de dinero. A Tirol no le gustó maldito la cosa; la verdad es que aflojar así la mosca no es plato de gusto; pero desde luego comprendió que no tenía más remedio. Suya era la culpa, que, cultivándola un día y otro, de ligera y superficial habíase tornado estrechísima la amistad con Paco, de quien era acompañante, comensal y tertulio.

De todas estas cosas hubiera prescindido negándose muy guapamente á la petición de Paco, si no fuera aquella secreta razón que ni Tirol podía decir, ni Paco podía sospechar. Pero, en fin, no era posible rifar con Paco; había que seguir poniendo en práctica aquel viejo refrán que enseña que «por la peana se adora al santo.» ¡Y en qué ocasión le comprometía Paco á soltar los 20.000 reales!... A los pocos días de su altercado con Isabel, cuando aún estaba disgustado con ésta por su oposición, y disgustado consigo mismo por su apresuramiento. Aquello parecía una burla... ¡Sobre desdenes de

la mujer, sablazos del marido! Después de todo, á Tirol le interesaba que los de Armas diesen el baile; podría así desarrollar planes estratégicos que ya tenía en mientes. Desde el sábado en que comió con los Vizcondes, no había vuelto á hablar con Isabel: sólo la saludó en paseo de lejos y afectando indiferencia.

Con los 20.000 del pico proporcionados por Tirol pagó Paco las cuentas pendientes, con lo cual, y como por ensalmo, se le pasó el mal humor. Ni siquiera volvió á acordarse de los futuros arreglos de su casa: así era aquel hombre: incapaz de pensar en una misma cosa cinco minutos seguidos.

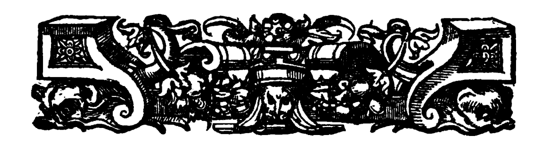
A todas las casas de las relaciones de los de Armas llegó una tarjeta que decía así:

«*La Vizcondesa de Armas.*»

y debajo, con cursiva, letra inglesa: «Se queda en casa la noche del sábado 11, é invita á V. á tomar chocolate. A las diez.» El sábado, ¡gran día! Los revisteros

anunciaban el baile como un gran suceso; las damas que poseían el orgullo de la belleza preparaban sus *toilettes* con la esperanza de dar golpe; mil risueñas ilusiones poblaban las cabezas de las niñas que por primera vez saldrían al mundo. La temporada de Carnaval se iniciaba bajo los mejores auspicios. Los Vizcondes de Armas rebosaban júbilo: cifrábase su satisfacción en que á estos auspicios de dicha fuese unido su nombre.





XIV.

CUANTO más se alejaba de Jaime su prima comprometiéndose en devaneos, más se afirmaba en su ánimo la inclinación á ella, mayor era el empeño de evitar que Tirol insistiese en sus porfías. A Jaime le disgustó mucho que sus primos diesen el baile: lo uno, porque con tales derroches llegarían muy pronto á la ruina, ya segura é inevitable; lo otro, porque en el baile se ofrecía ocasión para que Tirol, con sus habituales osadía y arrogancia, combinase estratégicos planes de seducción, lo cual comprometería el nombre de Isabel, creando á su alrededor pesada at-

mósfera moral en que se condensarían los inventos de la murmuración. Tenía Jaime temores, que tomaba por presentimientos, de que las historias que tanto le preocupaban podían, con ocasión del baile, agravarse, porque Tirol no era tal que se dejase estar en la inacción, y la cabeza de Isabel no tenía el seso suficiente para inspirar confianza ni aun á quien era, como Jaime, decidido partidario suyo. Al parecer de Jaime, hacíase preciso poner coto á las libertades de Tirol; que si en el espíritu de Isabel faltaba la energía de la pasión que empuja al precipicio, también faltaba esa energía pasiva que requiere no menos temple y firmeza, si se han de resistir un día y otro los halagos de la seducción. Más de una vez pensó Jaime si convendría decir á Paco algo que le pusiese en guardia contra Tirol; pero luego al punto, rechazó como cruel la idea de alarmar su confiado ánimo con el tormento de los celos, mayor y más temible que ningún otro. También se le ocurrió si sería oportuno advertir á Isa-

bel, pero temió que no recibiese bien la advertencia, su naturaleza caprichosa; además, lo que él pudiese decir á Isabel después de las historias de algunos años antes, podría parecer intencionado, y quizás, tomando consejo de la suspicacia, no lo echase Isabel á buena parte. Solventar directamente el asunto y habérselas él con Tirol, era propósito que rechazaba por descabellado, pues por tal modo descubriría á los ojos de todo el mundo aquel interés que tanto le importaba ocultar. Así usase de reservas habilidosas, por el solo hecho de su intervención, daría la gente en sospechar, y verdaderamente al sospechar eso de los demás, ya sospechaba él de sí mismo. Hacía bien Jaime en no ponerse en la resbaladiza pendiente que sabe Dios á qué extremo le llevaría.

Acertadamente pensaba Jaime cuando, en momentos de desmayo, consideraba deber suyo desligarse del asunto aquel que, quizás como secuela de sus impremeditaciones, traía aparejados escánda-

los, compromisos, que redundaban en contra de los suyos y en contra de sí propio. Y al pensar en todas las escenas propias de esos dramas íntimos, y al considerarse protagonista, no podía menos de sentirse rebajado. No siempre era la voz de la dignidad la que se alzaba: era muchas veces la voz del egoísmo.—Después de todo, decíase Jaime, ¿á mí qué me va ni qué me viene con que haga Isabel una ú otra cosa? Allá con su marido se las entienda; de él es la culpa: sea de él la responsabilidad. ¡Filosofías pesimistas reveladoras de sus negras tristezas! Muy pronto atajaban los discursos de la mente, impulsos del corazón, no tan dócil y bien guiado como á Jaime le conviniera, pues se suscitaba el recuerdo de Tirol y con él los movimientos de cólera que nublaban su razón y turbaban su ánimo. Jaime proyectó marcharse inmediatamente de Madrid; pero por fin se fué quedando. Sospechando que saldrían frustrados sus propósitos de no ir al baile, tomó varias precauciones. Esa noche

se quedaría en su casa, dedicándose á la lectura; pero ¡bueno estaba su ánimo para lecturas! la noche se le haría muy larga, muy aburrida, acostumbrado como estaba á trasnochar. Por otra parte, estar toda la noche en el Club, valdría tanto como excitar la curiosidad de sus amigos que, sujetándole á enojosos interrogatorios, pondrían á prueba su paciencia. En fin, llegado que hubo esa noche, se vistió de etiqueta para ir al Teatro Real, que era donde podía estar más distraído oyendo cantar *Aida*, la ópera á que daba sus preferencias entre todas las del repertorio de Verdi. El Real estaba, en efecto, sumamente concurrido; pero á eso de las diez comenzaron á desfilar muchos hombres y no pocas señoras principales, que, no contentas con lucirse en el baile, habían querido lucirse previamente en el teatro, haciendo de sus palcos respectivos, lugar de exhibición. Jaime no supo resistir; se dejó arrastrar por la corriente: es lo que tiene ponerse en tentación. Enojado consigo mismo, intranquilo y

triste todavía, vaciló Jaime al dirigirse á su automedonte, vulgo cochero, para decir ó tartamudear mejor, la dirección de la plazuela de... hotel de los señores Vizcondes de Armas.





XV.

ERAN cerca de las once de la noche del sábado cuando empezaron á llegar carruajes. Encendidas delante del hotel cuatro grandes farolas, esparcían ancho círculo de luz: á su resplandor distinguíanse las elegantes líneas del hotel, sus paredes de fino ladrillo, los mármoles del pórtico. Entraban en éste los coches, y resonaba el firme pisar de los caballos. Se detenía un momento el coche delante de la puerta principal y se apeaban los convidados, recogida la cola las señoras, subido el cuello del gabán los hombres: después, cerrada de golpe la portezuela, el coche que llegó al paso se alejaba al trote. Y

así desfilaron carruajes hasta más tarde de la una. Por la amplia y hermosa escalera de mármol, que adornaban á un lado y á otro tiestos con hermosas plantas de invernáculo, subían las parejas, hundiendo los pies en la felpilla de la alfombra, tendidas á lo largo las vistosas colas de los vestidos de las damas. En la espaciosa antesala, adornada con viejos tapices, apresurábanse á servir á todo el mundo criados de empolvada peluca y calzón corto, que vestían de amarillo y verde: los colores de la casa. En el gabinete contiguo recibían los Vizcondes á sus invitados, prodigando apretones de manos y complacientes sonrisas. Abiertas todas las habitaciones, incluso el dormitorio de los Vizcondes, tenían las gentes por donde esparcirse á sus anchas. Espléndidamente iluminado el salón, lucían sobre fondo blanco doradas molduras, hermosa techumbre abovedada, medallones graciosamente pintados, que representaban figurillas mitológicas. Brillaban las bien pulimentadas y finas ma-

deras del piso—*parquet*;—cubrían balcones y puertas colgaduras de raso amarillo, y era del propio color la sillería. Poblado de damas, rica y vistosamente prendidas, y de caballeros, que llevaban con corrección el traje de etiqueta, el hermoso salón, de gusto Luis XV, presentaba encantador golpe de vista. Ya estaba completamente lleno cuando entraron unas muy principales damas, que deslumbraban por su posición y atraían por su amabilidad. Los asistentes se levantaron adelantándose á su paso: hubo un movimiento general de curiosidad y un cortés saludo de respeto.

Juntábanse en corros las muchachas para charlar, y confundidos unos con otros los colores de sus trajes, formaban bello conjunto: aquí y allá salpicaban el mosáico de colores manchas negras: eran los muchachos que, con el *clac* debajo del brazo, resuelto el aire y suelta la lengua, embromaban á sus amigas, mosconeando sin cesar á su alrededor. Sólo entraba en casa de los de Armas lo selecto, lo esco-

gido, la *creme:* no había así aquellos apretones insufribles, nada cómodos y menos elegantes de otras casas, en que entraba todo el mundo y á cada nuevo baile había nuevas presentaciones. Estaban, eso sí, todas las personas más introducidas; se oían sin cesar nombres que ilustran los anales de la historia patria; asistía casi en pleno el cuerpo diplomático. Un inglés, demasiado coloradote, ancho y gordo, con bonachona expresión de burgués acomodado; muy tieso, retepeinado, finchadísimo, un portugués, que era tal como se imaginan muchos españoles que son todos los portugueses, aunque no sean, en realidad, ni tan tiesos ni tan finchados; y divirtiendo mucho á las señoras un chino, que vestía sedas de apagados tonos, muy feo, muy amarillo y con un olor como de opio y almizcle poco agradable, todo lo cual le perdonaban sus amables amigas, á trueque de divertirse oyéndole disparatar en un apenas inteligible castellano.

Como se ve, no faltaban extranjeros;

por añadidura sobraban extranjerizados. Era, en cambio, una dicha que no hubiese esas bandadas de pollos, aves de poca pluma, que invadían otras reuniones; muchachos llenos del prurito de danzar, aturdidos en el baile, inexpertos en el galanteo y atropellados en la conversación, con toda la inexperiencia propia de colegiales de la víspera; los cuales se creen á gran altura si multiplican hasta lo infinito los cumplidos á las madres y los piropos á las hijas, intercalando en su conversación desaliñada alguna palabreja en francés, algún sencillo *pardón* que pronuncian muy alto y arrastrando mucho la *r*. Como eran tantos los extranjeros y los extranjerizados, podía decirse que la reunión no tenía carácter castizo: se hablaba en francés más que en español, y aun se afrancesaba éste entreverando con giros galos palabras de la misma procedencia. De cuando en vez se oían términos flamencos: al pasar cualquier mujer seductora interrumpiendo animada *causerie*, algún hijo de la tierra española

la saludaba con un *olé;* los extremos se tocan: el joven *pschut* dejaba el caló de Boulevard para expresarse en el *argot* de Lavapiés.

Descollaba entre todas Isabel, muy gentil y apuesta, descubriendo el seno, que era de graciosas formas y muy armónicas proporciones, desnuda la espalda, en que apenas se dibujaban los omóplatos, arrancando de los redondeados hombros el cuello, que semejaba hecho á torno. En el cuello descubríanse algunos pequeños rizosos cabellos, que se declaraban independientes del tirano recogido; subían otros perfectamente alisados á entrelazarse con las demás madejas, formando artístico peinado, que era como digno coronamiento y remate de tan linda figura. Sobraba así quien se hiciese lenguas proclamando los encantos de Isabel, digna de elogio por los bellos contornos de su cuerpo como por las líneas delicadas de su rostro, que era de suave coloración, de expresión dulce y hechicera. Vestía Isabel traje de raso du-

quesa, color rosa antiguo, bordado de perlas finas; y por cierto que la iba muy bien aquel traje, de elegante corte y graciosa hechura, que llevaba con distinción y sencillez.

Mostróse Tirol solícito acompañante de la hija mayor de la Condesa de Armendia, muchacha de la misma condición de Isabel. También guapa, lo averiguó demasiado pronto y se volvió coqueta. En la semejanza de Isabel y de Luisa, origen de su antigua amistad, estaba el secreto de su actual constante pugna: no se podían ver ni pintadas. El mayor tormento de Luisa era que Isabel hubiese encontrado marido antes que ella, que era mayor y que se tenía por más guapa. Fuera, en realidad, difícil, escoger entre las menudas facciones de Isabel, que, en el plenilunio de su belleza, parecían modeladas por manos de ángeles, aunque no semejasen animadas por inspiraciones angélicas, y las ya algo marchitas facciones de Luisa, en quien era aguileña la nariz, de aristocrático corte,

negro como el azabache el pelo, el color moreno de apagado tono mate, y negros como la endrina los ojos.

Más corrección, atildamiento y gracia, más arte, había en las suaves curvas, en las ondulantes líneas del rostro y del cuerpo de Isabel; descubríase en Luisa más espontaneidad y fuerza, más calor, mayor vida, naturaleza más rica y vigorosa. Como bonita, Isabel ganaba á Luisa, que era más mujer y mejor moza; estaba lo malo en que iba perdiendo lozanía y frescura, ya próxima á ese punto en que se deja de ser muchacha bonita; cosa muy desagradable y triste, aunque se pase á ser jamona guapa. Tuvo Luisa una juventud sumamente divertida: bailó mucho, dió mucho que decir, coqueteó á más y mejor, favorecida como ninguna otra, pues á ello daban motivo sus mismas coqueterías, sus encantos físicos singulares y su *sprit* y gracia en la conversación. Como siempre la gustó alternar únicamente con los más encumbrados y principales, se acarreó fama de or-

gullosa, y sus aficiones y su carácter vinieron á dificultar en todas sus relaciones, el desenlace matrimonial que tanto la convenía.

Tirol puso aquella noche en tortura la vanidad de Isabel, coqueteando con Luisa, y al bailar con Luisa buscó de intento el *vis á vis* de Isabel para mayor tormento de ésta y publicidad mayor de su esquivez y desvío. De sobra sabía Tirol que para su empresa podía contar con la complicidad de Luisa, ignorante de los móviles de Tirol, que la utilizaba como instrumento para vencer á Isabel y dársela de triunfador. ¡Bah! Pero el caso es que Luisa bailaba, y coqueteaba, y se divertía, lo cual no es poco para una mujer entradita en años, sobre todo teniendo un carácter poco amable y muy orgulloso, más dado á restar que á sumar amistades: quería Luisa que fuesen las suyas, quinta esencia de la elegancia y el buen tono, y sólo se codeaba con las más empingorotadas señoras, y únicamente usaba atención con los muchachos

más distinguidos, sobre todo si á este atractivo unían el de una vida aventurera.

Isabel, por su parte, estaba pasando malísima noche: su repulsa había sido ignorada de todo el mundo; los desdenes con que Tirol tomaba venganza, eran públicos y por todos apreciados. Llevaba, pues, Tirol, la mejor parte en la jornada. ¡Y qué arraigado está en la mujer el espíritu de contradicción! Aquella noche parecíale Tirol mejor que nunca... jamás le vieron sus ojos tan elegante, tan distinguido, tan *chic*. Isabel creíase verdaderamente enamorada de Tirol. No es extraño: ¡cuántas veces se toman por verdadero amor quiméricas ilusiones, meros espejismos del alma! Son los amores que así nacen, ficciones de la imaginación sin arraigo en la voluntad; ficciones que apenas duran un día.

Cuando llegó, ya bastante tarde, Jaime, los músicos arrancaban de las bien templadas cuerdas de los violines hermosos acentos. *El sueño de un maggiar* se titulaba aquel wals, que, con sobrias notas,

parecía expresar unas veces los nobles ímpetus, las viriles energías de los maggiares, celosos de su independencia; que otras veces semejaba revelar, en notas apagadas y tristes, el despertar de un sueño de gloria, la realidad dolorosa del vencimiento, y que, lleno de desmayo y languidez en un caso y de marcialidad y atrevimiento en otro, seducía siempre, por aquella indeterminación vaga y poética que servía de ritmo á la danza y de murmullo á la plática de los enamorados. Se detuvo Jaime junto á la puerta del salón principal, dando conversación á Carmen Galana: desde allí veían desfilar las parejas, que eran bastantes en número. Isabel walsaba con un elegante extranjero, maestro en el no fácil arte de la danza. Aquel joven, alto, rubio, de airoso porte, bailaba inimitablemente, inclinando el cuerpo con elegancia como en acatamiento á la hermosura, resbalando suavemente sobre el *parquet* lustroso y acharolado, girando con suma facilidad á un lado y á otro, llevando la pa-

reja con distinción de una manera digna y señora, y alternando los compases apresurados con otros calmosos, que no dejándose arrastrar por el torbellino mareador y confuso de la carrera. También bailaba á la perfección Isabel; ligeramente inclinado hacia atrás el cuerpo, ladeada con hechizo la cabeza, posición en que resultaba muy esbelta y graciosa su figura. Fingidas sonrisas ocultaban el estado de su ánimo, que era de contradicción, desasosiego y enojo.

Con los walses alternaban los rigodones, y éstos se bailaban á compás, de manera correcta, pero no entonada; que ha pasado, por dicha, de moda, la excesiva corrección, la manía de refinado atildamiento, que tiempos hubo en que hacía poner en punto de caramelo á quienes frecuentaban sociedad: más campechana hoy la gente, hace gala, al contrario, de una espontaneidad simpática que, dejando menos lugar á la tiranía de la cortesana etiqueta, concede mayor iniciativa á la libertad de cada uno. Indu-

dablemente que si aquellos graves señores, que usaron chupa, calzón corto y peluca empolvada y bailaron solemne *minué* (no há mucho remedado), vieran cómo se baila hoy un rigodón, siquiera sea de honor y entre personas de elevada alcurnia, con sólo eso comprenderían cómo se ha infiltrado en nuestra más encumbrada sociedad el espíritu democrático.

Carmen Galana tenía á su alrededor una porción de hombres: su pasión era la charla, la incesante charla; y á fe que no la faltaba nunca que decir, pues no había historia en Madrid que ella ignorase; interrumpíanla sus oyentes con risas que servían de comentario á sus burlas y donaires. Tenía tipo español, y naturalidad y franqueza genuinamente españolas: la Marquesa de Galana agradaba en extremo; daba en aquel gran mundo una nota de originalidad: siempre agrada lo que tiene carácter propio. Para respirar aire más fresco y estar más á gusto, trasladóse con sus tertulios la de Galana á

una ancha y hermosa galería que estaba allí próxima. Había en ella hermosos cuadros modernos y antiguos, que se destacaban sobre un fondo achocolatado, el color de las paredes de los Museos, más propio que ningún otro para que luzcan y resalten las pinturas. Entre los que rodeaban á la Marquesa estaban varios políticos de magnitud, y el mismo Presidente del Consejo. Era la Marquesa muy aficionada á política. Aquella noche logró enzarzar en discusión al Presidente del Consejo y á un personaje de oposición, también de talla, y ambos alternaron en dirigirse todo género de acusaciones en una improvisada sesión en que Carmen desempeñó las funciones de la presidencia, no sin tener que llamarlos varias veces al orden. En cuanto comenzó la discusión política, pudo Jaime evadirse. La fiesta estaba en su apogeo. En el salón principal había un ruido, un movimiento, una algazara deliciosas. En tanto que descansaba la música, hablaban las muchachas con sus novios ó cuchicheaban entre sí,

y, libando de murmuración en murmuración, armaban un ruido sordo, confuso, como mosconeo de abejas.

Entre las que gozaban con los encantos de la conversación y del baile, había otras que se aburrían, las que comían pavo, las que sin grandes aficiones filarmónicas tenían que contentarse con oir los acentos de la música, en tanto que eran testigos de los triunfos de sus rivales. Y rabiaban por pensar de sí mismas que eran inútiles, y no caían en la cuenta de que allí cumplían una misión dando realce á la fiesta, y animación á la sala, haciendo lo que los coros en los teatros, formando un pintoresco último término. ¡Y cuántas había—las que más impacientes se mostraban—que ni eso merecían! Formaban aquella masa compacta, dos clases de muchachas: unas, pasadas de moda, que habían tenido días de brillantez y apuraban ahora los sinsabores de la decadencia; las muchachas marchitas, entradas en años, que no atraían jóvenes á su alrededor y apenas pudiesen enamo-

rar algún cándido de última hora; y entre aquellas desengañadas, envejecidas y murmuradoras, y miradas de reojo por ellas, las jovencitas próximas á volar, las desconocidas, las inocentes, muchachuelas que aún no poseían don de sociedad y artes de enamoramiento, y que allí se estaban tiernas, sencillas y sosas comparando el bullicio y la alegría de la fiesta con la soledad y el apartamiento de la pensión.

En los vivos y animados diálogos, entre las señoras y los hombres, se las daban éstos de fanfarrones y despreocupados, y correspondían ellas á sus burlas con otras, haciendo gala de frialdad y displicencia que á buen seguro apagarían los fuegos más vivos del andantesco caballero que creyese encontrar otras tantas Dulcineas, dignas de sus requiebros de galanteador, de sus trovas de enamorado y de sus sacrificios de paladín; lo cual quiere decir que para tales mujeres, estaban de sobra los Cides, los Quijotes y los Bayardos. Pero á bien que allí no había

ni paladines trovadores, ni caballeros andantes ó cosa que se le pareciera, aunque sobrasen galanteadores más ó menos vulgares, enamorados más ó menos rendidos. ¿Qué se ha de pensar, en cuanto á esto, de una sociedad que levantaba sobre el pavés, como triunfante en guerras de amor, á Luis Tirol, tipo de importación ultrapirenáica, sólo adiestrado en el arte de las cortesías, de los cumplidos y de las diplomacias, que saben disfrazar las desvergüenzas con un barniz de buen tono? Y Tirol era allí el elegante por antonomasia, aunque no creo que se ajustase al arquetipo de la elegancia, ni muchísimo menos. Era como imagen en que se rendía culto á una superior deidad: la moda. Por eso le enviaban las bellas el homenaje de sus miradas, fulmíneos rayos, fuegos oblicuos, muy propios para caldear su ánimo en el deseo de las luchas de amor, y para despertar los atrevimientos y desenfrenos tan propios de su carácter.

Los refinamientos de la vida de socie-

dad producen en el gusto verdaderas aberraciones.

De lo que más se hablaba era de Isabel y Tirol.

—¿Pero habrase visto?... ¡qué cosa más rara! decía Carmen Galana notando los desvíos de Tirol con Isabel y sus deferencias con Luisa.—Y no paró hasta que fué junto á ésta á darla broma. Luisa negaba...

—Tonterías tuyas nada más... siempre has de inventar algo. ¡Jesús qué Carmen!... Eres atroz, mujer.—Pero Luisa, al oir tales bromas, bañábase en agua de rosas y se encendían sus ojos, y todo su semblante se reanimaba reflejando vida, contento, entusiasmo, con lo que sufría una especie de metamorfosis, adquiriendo nuevos matices de belleza, ganando un cien por cien; que á tanto alcanza y tales transfiguraciones logra en la mujer, el impulso amoroso.

Ocultando con sonrisas sus sentimientos, deslizaba Isabel miradas de reojo á Carmen y á Luisa, comprendiendo harto

bien como eran motivo de los contentos de ésta aquellas bromas de Carmen á que otra porción hacían coro. A Isabel le pesaba ya de haber usado con Tirol de rigores, y ya sus miradas solícitas y dulces, buscaban disimuladamente las de Tirol: Isabel ofrecía parlamento. La Condesa de Armendía no quitaba los ojos de Luisa; muy distinta impresión causábanla sus coqueteos: encerrada en su triste y poco opulenta pasividad, veía la Condesa cómo pasaban los años, y cómo, á guisa de sombras chinescas, desfilaban tantos novios sin que apareciese un marido. Y cuenta que Luisa era la mayor de ocho hermanas, de las cuales ya había cuatro en estado de merecer. Se comprende que la Condesa mirara á Luisa con preocupación y disgusto.





XVI.

TIROL se mostraba con Isabel sumamente frío. Isabel, rabiando por entrar en explicaciones, se hizo la encontradiza con él para poder decirle:

—¿Qué le pasa á V...? Está V. no sé cómo... No hemos bailado nada.

—La explicación de lo que yo hago hoy, está en lo que hizo V. el otro día...

—¡Bah! no le creí á V. de tan mal genio... ¡qué manera de tomar las cosas!

Y clavó en él una franca, una expresiva mirada que, al par que ofrecía amor, semejaba exigirlo, y apareció en sus labios una sonrisa tan dulce y rendida, y en toda su actitud se descubrió un tal abandono, que Tirol tomó aquello por

un ofrecimiento de ella misma que contrastaba con las anteriores negativas de sus labios. La música empezó á preludiar un wals que puso fin al diálogo...

—Voy á bailar, Isabel...

—Bueno, hasta luego; pondremos los dos el cotillón...

Y como para poner el sello á las paces que hacían, cambiaron una de esas miradas largas, firmes y sostenidas, que son promesas de amor más elocuentes que las que puedan expresar los labios. Ya Isabel había desechado todo pensamiento triste; el júbilo de su pecho rebosaba en movimientos de alegría, en sonrisas expresivas y francas. Aquellas sonrisas no eran como las de poco antes, habilidosa manera de disfrazar su mal humor. Bailó Isabel el rigodón con aquél su amigo ex-Ministro andaluz, tan apreciado en los salones como en los círculos políticos, y que tenía el don de tratar en serio las cosas más fútiles y echar á broma las más serias: el sistema le dió resultados; á bien que su trapacera lengua de andaluz era

tan pródiga en burlas y donaires, tan dicharachera y oportuna, que movía á risa á cuantos le oyesen. A una ligera imperfección física, correspondía lo agudo de su ingenio y lo célebre y atrevido de su carácter, que tenía toda la desenvoltura necesaria para saludar con un *olé* animado, y un guiño expresivo, no sólo á las más encumbradas entre las damas de la corte española, sino á la misma Emperatriz de los franceses.

Mucho gozó Isabel con las bromas del personaje que, ya acabado el baile, y llevando del brazo á Isabel, decía en medio del salón, en alto, para que todos lo oyesen, dejándose llevar de la expansión propia de su carácter meridional:

—*Zeñore,* hay chicas que dan la hora.

Y tenía razón el ex-Ministro: había chicas que daban la hora. Ni era de las que menos valían la menor de aquellas principales damas que, por su encumbrada posición, fueron recibidas con muestras de consideración, estima y respeto. Era joven y bonita; llevaba precioso traje

granate de elegantísimo descote; entrelazábanse en alto moño sus cabellos, que tenían dorados vislumbres, como si polvos de oro hubiesen caído sobre sus abundantes trenzas y sobre el rizoso flequillo que ornaba la frente. Cuantos tuviesen el gusto de verla, habrían de reconocer que era lindo su rostro, distinguida la figura, incomparable el busto, aquel busto que reprodujo *Debas* tantas veces. En el gabinete azul, el de las confidencias de Tirol é Isabel, sobre una pequeña mesita puesta en elegante caballete, lucíase su retrato con una amable dedicatoria. Puesta de lado, mostraba la silueta del rostro, la desnuda espalda, los hombros de elegantes líneas, el descote de perfecciones nada comunes, el redondo cuello, la bien peinada cabellera. Pero más valía ver el original. Su rostro, más ancho que largo, bañado de una sonrisa que á un mismo tiempo expresaba bondades y burlas, y sus ojos, de azul oscuro, de abrillantados reflejos, revelando con sus aleteos y sus guiños las picardihuelas y travesuras de

una imaginación retozona. Tal cual vez podía notarse, allí en la fiesta misma, que sus ojos quedaban como parados, fija la vista en el vacío, y entonces adquirían sus facciones una manera de inmovilidad y quietud: no era entonces menor su encanto, merced á la melancólica expresión; que siempre tiene algo de interesante y simpática la melancolía, mucho más cuando se da unida á la distinción y la elegancia. ¡Sabe Dios en qué cosas cavilaría la ilustre dama! Bien podría suceder que germinase en su pecho una protesta contra las tiranías de la posición. Lo que no cabe dudar es que así y de cualquier otra manera, con el traje de baile ó tal como solía ir al paseo ó al teatro, tenía siempre gran encanto, suma gracia, muchísimo ángel é incentivo poderoso para cuantos rinden culto á Cupido. ¡Ah! ¡Quién dispusiera de las flechas para sacarlas de la aljaba y dirigirlas con acierto, por singular inspiración del simpático diosecillo, á lugar tan elevado y envidiable! A la hermana mayor, que era

de ya ajamonadas carnes, trigueña de color y de ligereza grandísima, gustábala extraordinariamente el baile: era mera afición al ejercicio; que nunca gustó de coqueteos, y llevó siempre viudez morigerada. En oyendo los compases de un wals, comenzaba la música á bailarla en los oídos—así lo decía ella,—y poníase á taconear suavemente ó á dar golpecitos con el abanico, llevando el compás. No comprendía por qué algunos tachan de cosa ridícula el bailar.—Cuando se ha bailado en todos los tiempos y en todos los países, no se puede llamar al baile ridiculez; más bien podría llamarse ridículo á quien tal diga.

La presencia de tales damas, acompañadas de lucido séquito y seguidas de las principales señoras de la corte; los generales elogios que se hacían de la espléndida casa y la brillante fiesta, eran causa de que Paco, regocijado con tales entusiasmos, fuese de uno en otro salón pavoneándose, rebosando dicha, dando gracias con sus palabras y sus gestos á

cuantos le felicitaban. Y sobre todo, entusiasmaba á Paco lo guapa que estaba Isabel, lo cariñosa y expresiva que se mostraba con todos, atrayendo sin cesar frases de entusiasmo por su belleza y de elogio por su amabilidad. Aquellos elogios entusiastas hallaban eco en el corazón de Paco, inundándole de inefable gozo.

¡Singulares fluctuaciones de la fortuna! Ya Tirol coqueteaba con Isabel, intrigado, sin duda, con aquella conversación tan animada como sostenida, y Luisa, en tanto, apuraba los enojos de la defección y el desengaño. Halló acogida al lado de Carmen Galana, su buena y probada amiga. Tomó parte en la ruidosa conversación del grupo que rodeaba á Carmen ocultando su desazón, que para Carmen no pasaba inadvertida. En un aparte, le preguntó Carmen á Luisa si tenía pareja para el cotillón. Y en otro aparte le dijo á Jaime:

—Mira, si no tienes interés por alguna y si no estás comprometido, desearía que

bailases con Luisa el cotillón... No quisiera que dejase de bailar... Se ha quedado hasta tarde por mí...

El salón, que languidecía, volvió á su animación primera: los últimos resplandores de la luz son siempre más vivos. El cotillón despertaba gran interés. En las puertas volvieron á agolparse los hombres, señalando una mancha negra que contrastaba con los vivos colores de los trajes de las damas. Fueron necesarias sillas, que los mismos muchachos traían en alto, dando voces para que les abriesen paso: luego, cada cual dejaba atadas con una lazada del pañuelo su silla y la de su pareja. No pecó de escaso el barullo que reinó en la sala hasta que, ya colocadas las sillas y sentadas las parejas, comenzó el cotillón que ponían Luis Tirol é Isabel Armas. Con visible enojo reparó Isabel que Luisa bailaba con Jaime. Pero no era aquella ocasión para que á Isabel entrasen melancolías, solicitada toda su atención por las figuras del cotillón y los incidentes de la fiesta. Fué des-

tino de Luisa aquella noche bailar con los dos á quienes inspiraba interés la que precisamente era rival suya. De todas maneras, semejantes casualidades representaban singular ventura para una mujer tan poco solicitada de los bailadores.

Mientras Tirol é Isabel repartían lazos, bandas y caprichosos juguetes, en tanto que se hacían lindas figuras y se bailaba con entusiasmo en el salón, dábanse otros en el comedor buena vida cenando muy á su gusto. Formaban parte de la tanda el Presidente del Consejo y el personaje de oposición, los dos rivales que antes discutieron y que ahora, por virtud de un armisticio, bromeaban como si tal cosa, dirigiéndose alguna vez pullitas más ó menos ingeniosas é intencionadas. Claro está que cenando en aquella tanda tan principales personajes, no habían de faltar allí porción de políticos de menor cuantía, y aun algunos jóvenes aspirantes á políticos que querrían darse al día siguiente el tono de poder decir: «Ayer, cenando en casa de los de Armas con el Presidente

del Consejo, le oí afirmar que, en su opinión, á la República francesa se la lleva la trampa.» Cenaba en la misma tanda otro político, conocido ricacho que de pobre de solemnidad ascendió á banquero, título y hombre introducido en sociedad. Misterios de América: que allí fué donde hizo tal millonada aquel Martín Galán que, entre otros talentos, tuvo el de gastarse algunos millones haciéndose notar en París, con lo cual halló abiertos de par en par los salones madrileños. Tenía origen su influencia política en que sabía prestar sin interés de dinero, pero con otro interés no menor, á los personajes políticos de su partido que habían menester de extraordinarios recursos en los períodos de oposición.

Tranquilo y satisfecho saboreaba Martín Galán ricos bocados, mientras con sus insignificantes ojos grises dirigía á un lado y á otro codiciosas, escrutadoras miradas como de ave de rapiña, cosa, ciertamente, no extraña tratándose de un prestamista usurero que tenía hipoteca-

da á su favor la casa aquella, y que contaba por seguro que tantos despilfarros eran preparación del trueno gordo, que representaba para él una verdadera lotería. Nunca se olvidaba Paco de convidar en primer término á Martín Galán, para tenerle así propicio.

Un señor de reluciente calva, que estaba sentado al lado del ya mencionado personaje político, enfrente de Martín Galán, decíale por lo bajo:

—Esto no tiene remedio ya... acuérdese V. de que se lo dice Luis Govantes la noche misma de esta fiesta; eso sí, brillante como pocas, porque los de Armas saben gastar, pero que es, como si dijéramos, el estallido final, la despedida solemne con que ponen fin á sus derroches.

—¡Hombre, no tanto! exclamó el personaje, tomando otra ración de pavo *en galantine*.

—Como V. lo oye, tornó á decir el otro. ¡Y es lástima que estos Vizcondes no puedan acuñar moneda, porque como

al fin no habían de quedarse con ella en los bolsillos, resultaba un beneficio para la humanidad!... Sí, señor, estos derrochadores, sin saberlo y sin quererlo, hacen bien á muchas gentes... son mil veces preferibles á los avaros... como que los avaros, sin goce para sí ni para nadie, amortizan oro en las arcas hasta tenerlas repletas, y con los pródigos está el dinero en constante circulación.

Interrumpido el cotillón, hubo un descanso de veinte minutos: invadieron el comedor grupos de muchachas muy sofocadas, que lucían multicolores bandas á guisa de trofeos de la victoria. Los muchachos llevaban prendidos los lazos en las solapas del frac. Referíanse unos á otros sus impresiones mutuas.

—Amigo, gloriosa campaña... has logrado muchas condecoraciones.

—Sí, pero mírale cómo, á pesar de eso, no está satisfecho... ya sé yo que es porque no ha logrado que le condecore con su amor quien él quisiera.

De muchos diálogos breves y á media

voz eran sabroso argumento las historias de Isabel y Tirol, que habían entreverado con las figuras del cotillón otras figuras del coqueteo que daban pávulo á las murmuraciones. En un corro, en tanto que apuraba un sorbete, tartamudeó un joven:

—Mira, allí entra Tirol... *l' enfant terrible* de los maridos...

—Al cual puedes llamar también, murmuró otro, *l' enfant gaté* de las mujeres.

Hubo una risa general, la risa reprimida y grave que es propia del buen tono. La mayor parte cenaban con apetito: revélase en la mesa el sentido realista de nuestra sociedad; ya no se estilan las señoritas de la media almendra, que en la época romántica se imponían ayunos para bajar de carnes, y tomaban vinagre para perder el color. Hoy se beben buenos vinos, que dan buenos colores, se almuerza fuerte y se come con gula, sin perjuicio de merendar en la *Matinée* ó en Lhardy, y de cenar en el baile ó de tomar chocolate en Viena á la salida del teatro.

En una esquina del comedor engullían

que era un portento los hermanos *liliputienses*, mote puesto por Pepe Leiva con que ya conocían todos á tres menudos é insignificantes muchachos, golosos y glotones.

—¡Y pasado mañana, decía uno de ellos frotándose las manos de gusto, baile en casa de los Orosios... y el jueves el de los de Mendoza... tres bailes magníficos!

—¡Con cena!

Se reanudó el cotillón; volvieron á oirse los gratos y melodiosos acentos de la música, walses de Strauss y de Metra, que parecían invitar al baile al señalar el compás con preciso y cadencioso ritmo. Otra vez resbalaron sobre el lustroso *parquet* elegantes parejas, arrastrando las colas de los vestidos, alzando los faldones de los fracs, con el rápido girar de la carrera. Tal cual encontronazo de parejas, que hacía perdiese alguna el equilibrio, servía como de sal y pimienta al baile, daba motivo á risas, donaires y burlas. Las figuras eran cada vez más caprichosas: los juguetes cada vez más

bonitos. Extravagantes tricornios y doradas coronas que se ponían los muchachos, originales abanicos, panderetas con lazos y cascabeles, objetos varios de utilidad y de valor.

Isabel estaba sumamente alegre y coquetuela. Por inspiración del *champagne*, bullían en aquella cabecita, tan poco sentada y formal, ideas atrevidas, deseos de aventuras, vagos ensueños amorosos, que la impulsaban con nuevos entusiasmos á los placeres de la danza. Hablaba con animación, gesticulaba con viveza, interrumpiéndose á sí misma con frescas carcajadas, que semejaban ser de inspiración báquica, ni más ni menos que las brillantes fosforescencias de sus picarescos ojos azules. La intranquilidad de Jaime subía de punto cada vez que notaba las coqueterías de que Isabel se mostraba tan pródiga aquella noche. En una de esas figuras del cotillón, en que el azar da á cada cual pareja, le tocó á Jaime bailar con Isabel. Solo faltaba al secreto martirio de Jaime, que Isabel, walsando

con él, se mostrase más bella, más tentadora que nunca: la vio á su lado, encendido el rostro, apresurada la respiración y sus ojos, también iluminados, reflejaron el chisporrotear brillante de los ojos de Isabel. Fué la visión de la belleza la que cegó á Jaime, la que trastornó su sentido, dándole la confusión y el aturdimiento propios de un ebrio de amor. Jaime no dió una, sino varias vueltas.

—No hay otra como tú... yo te quiero y te querré siempre... no me puedo callar más... ya lo sabes.

Y cuando ya iba á dejarla, todavía añadió muy quedamente:

—Tirol ha de acordarse de mí.

Jaime estaba completamente ciego: no veía delante de sí más que á Isabel con toda la belleza de que era fanático, y á Tirol con su atrevimiento de que se consideraba vengador. Pasada aquella explosión, en que andaban confundidos amor y celos, tornó Jaime á su actitud mustia y sombría de que en vano Luisa procuraba arrancarle.

El desconcierto de Isabel no era menor: prestando oído á los juicios mundanales, engañándose á sí misma, habíase abandonado Isabel á las circunstancias que la empujaban hacia aquel Luis Tirol, tan favorito de su belleza. De pronto sentía Isabel, no sin zozobra y confusión, que variaban por completo las cosas de la más inconcebible manera. Jaime, su primo, la hablaba de amor, más turbado y confuso todavía que cuando, recién salido del colegio, murmuró á su oído las primeras declaraciones. Y es que si antes su actitud severa y reposada era la propia de un amor legítimo que nace espontáneo y natural colmando el pecho de esperanzas, la actitud inquieta y agitada de ahora, era á su vez la propia de aquellas luchas en que libraban batalla la honradez de conciencia y la inclinación amorosa, no bastante fuerte para disipar escrúpulos de moralidad y espectros del temor, que poblaba de amenazas y de miedos, su imaginación calenturienta.

Pagándose sólo de ligerezas y futilidades, estaba el alma de Isabel como adormida para el verdadero amor; que tal lograron, á guisa de hechiceros efluvios, las adulaciones del amor de vanidad. La voz incierta y vacilante de Jaime requebrando á Isabel, halló eco en su corazón La extraña impresión robó energía á su cuerpo: apenas la dejó actividad para volver sus ojos hacia Jaime, al mismo tiempo que le decía á Luis:

—No me encuentro bien... vamos á concluir.

En medio del salón dió Luis una palmada:

—Señores, conclusión: baile general.

Y todas las parejas salieron á girar difícilmente, á darse encontronazos, disfrutando con verdadero afán, con calor y entusiasmo, las postrimerías de la fiesta. Las madres, que cabeceaban en los gabinetes contiguos diciendo mal del cotillón, que hace interminables los bailes, corrieron en busca de sus niñas: comenzó el desfile. Fueron muchos, con todo, los

que se agolparon en el comedor, ó salieron á esparcirse y tomar el fresco en los pasillos, ó entraron á murmurar, con la libertad de lenguaje que se estila entre hombres, en el cuarto de fumar. A éste fué Tirol, después de acompañar á Isabel al comedor para que tomase una taza de té. En seguida rodearon á Isabel una porción de señoras que, con enojosa insistencia, la preguntaban si no se hallaba bien.

—He sentido un ligero escalofrío... no valió nada.

Sin embargo, reparaban todos que Isabel había perdido el arrebatado color de su rostro, á la sazón cubierto por mortal palidez.

Descansando de tanta zambra y tan grande jaleo estaba Tirol, cómodamente arrellanado en un diván, fumando habano de grata sustancia y rico aroma. Formaban delante de él numeroso grupo varios amigos que le embromaban.

—Tú siempre en la brecha, insigne Tirol... No sé cómo te las compones, que

siempre das que decir con alguna... eso es lo que te gusta á ti;... claro está, tú vas ganando... ellas son las que salen perdiendo.

Luis se reía de manera vanidosa, con francas carcajadas en que parecía celebrarse á sí propio.

—Tenorio imperturbable, decíale otro, ¿cuándo te cansarás de rendir fortalezas?

—¡Psch! si eso no cansa, hombre... la generalidad son fácilmente expugnables... y si hay dificultades y contras, éstas espolean el apetito, y con eso sale la conquista mejor.

Le interrumpió una risa general. Y luego otro de los presentes dijo más por lo bajo, con disminución de voz que correspondía al aumento de interés:

—¡Cuidado que la señora de la casa está bien *chaladita* por ti!... De eso le vino la emoción.

Puso Tirol por comentario otra carcajada de satisfacción y ufanía, que acompañó de un gesto pretencioso y un natural movimiento de orgullo. En este mo-

mento, sin acertar á contener su indignación, no disimulándola siquiera, Jaime, que acababa de aproximarse, se abrió paso por entre los del grupo, y, con voz descompuesta y provocador ademán, dijo, mirando de hito en hito á Tirol:

—Ni el que acaba de decir eso de la señora de esta casa tiene dignidad, ni el que lo deja decir, y además lo celebra y lo ríe, tiene vergüenza.

—¿Y V. quién es para meterse en lo que nosotros hablamos? dijo en alta voz el de la broma, que, á la cuenta, se llevaba la intención de echar la cosa á barato.

Varios se interpusieron entre Jaime y Tirol, que, dirigiéndose á aquél, decía con ademán descompuesto:

—Me debe V. una reparación... nos veremos.

Eran varios los que se afanaban por hacer veces de amigables componedores, recomendando silencio y calma, en su loable intención de echar tierra al asunto. No estaban estos tales en el secreto, y ni siquiera intentaran semejante cosa

á conocer lo hondo del resentimiento y lo arraigado de la antipatía. Pocos momentos después comentaba todo el mundo el lance de honor que había pendiente entre Tirol y Jaime.

—Pero ¿por qué fué? ¿por qué fué?

—No se sabe la causa.

—Sí, hombre; á mí me lo ha dicho quien estuvo presente á todo.

Y alrededor del que se decía enterado arremolinábanse una porción.

—Siempre habían de andar faldas por medio... Ya se ve; ¡esa Vizcondesa es tan coqueta... y ese Luis Tirol un fanfarrón tan grande!

Había quien opinaba que lo de Jaime había sido un exabrupto...

—Es dar demasiada importancia á las bromas... Además, ¿qué le va ni le viene á Jaime?

Ya había quien murmuraba que á Jaime no le era Isabel indiferente. Se resucitaban las historias de sus amores, y algunos volvían la vista á Paco no sin sentir conmiseración.

—¡Pobre hombre!... ¡Así anda en lenguas su mujer, objeto de disputas y de lances, y el marido tan fresco, sin darse cuenta de nada!

—¡Pobre Paco!

Azuzado por la mala intención, saboreando la venganza, que no sé cómo se pudo llamar placer de dioses, cuando es mezquino goce de almas bajas, Luisa le dió á Isabel la noticia de la reyerta de Tirol y Jaime. Isabel, que venía reparando con creciente sobresalto aquellas conversaciones misteriosas en que unos se referían á los otros el suceso, revelando preocupación é intriga, comprendió desde luego, á pesar de las atenuaciones no muy hábiles que usó Luisa, la gravedad del caso, que tampoco era ignorada de Isabel la secreta pugna y manifiesta antipatía de Jaime y de Tirol. Procurando á duras penas serenarse, salió á la antesala, preguntó por uno y otro, supo que se habían marchado ambos, y allí mismo sintió fuertes latidos del corazón, desvanecimientos de la cabeza, ansias de llan-

to y ahogos de la garganta, hasta que la crisis que hacía desigual la circulación de la sangre y sacudía los nervios, se resolvió en desmayo. Así concluyó de manera sonada causando impresión honda, y dando tela para las conversaciones de tan novelesca sociedad, aquella fiesta solemne y brillantísima.

Las extrañezas que sintió Paco por los misterios que veía á su alrededor desvaneciéronse ante la inquietud y alarma que le inspiró el estado de su mujer, el cual no achacó á otras complicaciones que á las que pudo causar en su estómago el cenar con exceso. Un autor de *vaudeville* podría sacar partido de la actitud de Paco, sorprendido en las mejores horas de su vida por aquel suceso imprevisto, que marcaba su rostro con las actitudes de un asombro tal y tan grande que le robaba toda acción, dejándole iniciativa solamente para querellarse con acento lastimero. ¡Cuántas veces la infelicidad da tanto motivo como la compasión á la risa!



XVII.

Singular impresión la que produce el salir de un baile ya de día: las caras pálidas, ojerosas; las bocas, que se abren con displicencia; los cuerpos, que, arrebujados en abrigos y pieles, se agitan con un ligero temblor al ponerse en contacto con el frío desapacible de la mañana, que contrasta notablemente con el calor sofocante, de estufa, que se respira en los salones. Cuando salió Jaime de casa de los de Armas, aún la luz era indecisa; el cielo estaba pardo: aquella decoración tan triste, que tornaba taciturnos á los alegres, guardaba consonancia con el espíritu de Jaime. El respirar aire puro, aunque áspero y frío, hizo á éste provecho. Jaime

no quiso meterse con Alistal en una berlina del Club que les esperaba: prefirió irse á pie y solo. Aún le bailaban en los ojos las luces, aún veía las sedas y los rasos de brillante entonación, sentía aún los vagos acordes de la música y el murmullo de las conversaciones; y todo este aparato de fiesta, todo este recuerdo del ajeno goce, contrastaba con su dolor y su amargura. Las reminiscencias de la fiesta volvían á su imaginación de un modo oscuro, incierto, desordenado: veía las cosas como á través de una neblina densa, y parecíanle dotadas de singular vaivén: era el mareo propio de una cabeza caldeada por la fiebre. Sentía en las sienes dolor agudo que le obligaba á cerrar los ojos con fuerza, y entonces, al reconcentrarse en sí mismo, veía la tentadora figura de Isabel tal como se le apareció en el baile; á su boca volvían, para remordimiento de la conciencia, las impremeditadas palabras que la dijo, y el rubor daba el tinte del sonrojo á sus pálidas mejillas. Y de estas contemplacio-

nes saltaba la imaginación al porvenir, y fantaseaba las escenas del duelo, que le inspiraba grandísimos temores. Nacían éstos de su recta conciencia, que le acusaba diciéndole que al delito sucedería la expiación. ¡Ah! pero también el otro era delincuente. Y ¡cosa singular! él, que había atentado contra el honor de su prima provocándola con nada considerados requiebros, iba á defender el mismo honor que comprometía. Intentando distraerse de tales cavilaciones, fijaba su atención en las calles y plazas, que se sucedían solas, tristes, sin otros ruidos que el de algún coche que cruzaba Madrid á todo correr, como guiado por el deseo de huir pronto de tan imponentes soledades. De rato en rato encontraba algún madrugador jornalero que, para correr el frío, caminaba como alma que lleva el diablo. En las plazoletas que había al paso, tal cual mujer vieja y arrugada envuelta en el mantón y temblando detrás de la mesa de zinc, esperaba compradores de los aceitosos buñuelos; y ya cerca de su casa

halló las burras de leche trotando menudo y agitando las campanillas con monótono, acompasado repique.

Singularmente excitada su sensibilidad, se impresionó al entrar en su casa, hermosa mansión de sus mayores, hogar de la virtud y la honradez, donde no se consideraba digno de vivir, él que, contemplando tales virtudes, no sabía inclinarse á cultivarlas, antes al contrario, poníase al mismo nivel de un aventurero vulgar como aquél con quien iba á desafiarse. Y al llegar á tal punto, acompañadas de una sonrisa de desdén y de burla, salían de sus labios estas palabras:

—Un lance de honor con Tirol... ¡valiente honor de lance es el suyo!

Dotada la imaginación de Jaime en aquellos momentos de actividad extraordinaria, saltaba de unos á otros sucesos, iba de unas á otras personas, sin que observase el menor orden en sus discursos. Recordó los días de la infancia; las enseñanzas religiosas de los padres jesuitas, que eran las mismas enseñanzas de su

madre. Y su conciencia se sobreexcitó más pensando en las condenaciones de que es objeto el duelo y en la impresión que causaría éste á su madre y á su hermana, si por acaso llegaba á su noticia; y ante estos pensamientos saltábanle las lágrimas de los ojos. ¡Pobre Jaime! era bueno, recto y honrado: ahí lo están diciendo á una sus vacilaciones, sus remordimientos y sus lágrimas.

En cuanto llegó Jaime á su casa se acostó y procuró dormirse, pero tardó en lograrlo: á la postre su imaginación, cansada sin duda de forjar desgracias y males durante la vigilia, se dió á concebir dichas y venturas en el sueño. Remozó éste su espíritu, carácter y aficiones; volvió á ser el muchacho de cinco años antes, enamorado decidido y resuelto, con tanto entusiasmo como fe y esperanza en su amor; admirador de las gracias de Isabel, feliz por contar segura la posesión de las mismas. La resistencia á conciliar el sueño fué parte á que se apoderara por completo de sus facultades: dur-

mió profunda, tranquilamente, en tanto que su imaginación dibujaba las líneas del idílico cuadro de sus amores. Después de algunas horas de reposo llegaron otras de agitación, muy propia de ese estado intermedio en que ya se entrevé la realidad, pero con noción inexacta é incompleta: son los sueños entonces menos abstractos; no pura elucubración de la fantasía, sino pesadilla enojosa, desfigurado trasunto de la realidad.

Anacronismos y paradojas del sueño: Jaime bailaba con la *cocotte* parisién, y tenía gana de dejarla y aun de no volverla á ver; pero el destino le unía á ella, y tenía que dar vueltas y vueltas sin cesar un punto. Aquello era un simbolismo: en aquel incesante rodar enlazado á la *cocotte*, estaba la clave de su historia futura: ese era su destino. Confundía Jaime en el sueño las dos mujeres, la *cocotte* parisiense y su prima, y volvía á repetir al oído de la primera las palabras de amor que dijo á la otra en un momento de vértigo. En aquel agitado sueño notá-

base la tendencia de Jaime á personificar en Isabel los atractivos morales, y en su novia de París las seducciones físicas. Esta mujer le perdía, causaba su ruina y su desgracia; pero no la podía dejar, y seguía dando vueltas cada vez más aceleradas y acosándola con promesas de amor cada vez más fervientes. ¡Cosa singular! aquella mujer le inspiraba enojos, y á la par le causaba celos... ¡Qué empeño el de Paco Puente en disputársela!... ¡Y él que quería á Paco como á un hermano!... No importa: en esos casos no se mira el cariño, la amistad ni el parentesco. Paco le había faltado en su honor... él era ante todo caballero... tenía que matarle. Y el sueño adquiría caracteres horribles: Jaime, armado de puñal, corría detrás de Paco... el destino le condenaba á ser matador de su excelente amigo... Era un deber... adelante. Y ya alcanzada y sujeta su víctima, alzado el puñal en el aire, dió Jaime, con el sobresalto, una vuelta... y despertó.

Produce en el ánimo satisfacción ese

tránsito del agitado sueño á la vigilia. Respiró Jaime desembarazadamente. Al volver á la realidad notó quietud y calma en el espacio, tranquilidad en el sucederse del tiempo. La realidad soñada ofrece los caracteres que la prestan caprichos y alarmas de la imaginación, que durante el sueño muéstrase menos cuerda que nunca la que ya llaman con razón loca de la casa. Sereno y reposado, bien que no exento de preocupaciones, pensaba Jaime en el lance como en cosa que no tiene remedio. Y aun entró consigo mismo en secreta discusión sobre el fundamento de las condenaciones que la religión y la filosofía, lanzan sobre el duelo de consuno.

—Es verdad, es verdad, razonaba Jaime: el duelo en sí mismo es cosa mala y reprochable; pero tambien es cosa reprochable y mala meterse en líos. Y dado esto, una vez en el berengenal, ¿qué ha de hacer uno? Que no tiene defensa el duelo, que es un residuo de los tiempos bárbaros... lo reconozco; pero que me reconozcan á mí que nuestros tiempos

no se han limpiado de esas barbaries todavía. Si yo, filósofo, escribiese sobre el duelo; si, clérigo y moralista, hablase de él, claro está que sería para condenarle... También rechazo otra porción de imperfecciones y defectos que, sin embargo, practico... No cabe aplicar en las cosas del mundo un criterio absoluto... quédese tal criterio para los que viven en la Trapa.

Así procuraba Jaime cohonestar el lance con su conciencia. Sorpresa le causaba á él mismo la serenidad con que poco antes del duelo dejaba embeber su razón en estos discursos: para no compartir con Jaime las extrañezas, hay que tener en cuenta que su carácter estaba trabajado por el pesimismo; no ese pesimismo vulgar y corriente de quienes, por desequilibrio de las facultades, se dan á pensar que han de ocurrirles todo género de males, sino ese otro pesimismo, hoy tan á la moda, que con una general y sistemática desconfianza de las cosas del mundo, extirpa de raíz las ilusiones, ahoga en flor las esperanzas, y, fomentando

las tendencias egoístas del espíritu, le lleva á la inacción y al reposo: el pesimismo á lo Schopenhaüer.

Pasmado pasaba Jaime revista á los sucesos del día anterior, que le pusieron fuera de sí y dieron lugar al lance, y más que éste mismo le preocupaba toda la escena con Isabel. Y juraba por lo más sagrado que en zanjando la cuenta pendiente con Tirol, sin ver á su prima ni á Paco, se marcharía á Constantinopla, para no volver en la vida á Madrid. Complacíase en figurarse allá en Constantinopla, lejos de toda intriga, rodeado de libros de arte, llevando una tranquila existencia: así, en el seno mismo de su desgracia, buscaba el pasivo bienestar de la resignación. Estos pensamientos le inducían á irremediables tristezas, que tal vez le atormentaban más por ser frías sugestiones del cálculo. Así, en frío, es como se sienten los golpes; que cuando se reciben en la confusión de la lucha, el mismo calor de ésta es causa de que no se aquilate de manera precisa, su alcance, valor é importancia.



XVIII.

PROVOCA Isabel con sus coquetismos los galanteos de Tirol: es Jaime quien, impulsado por los celos, le ataja: Jaime y Tirol dispónense á luchar, fijos sus pensamientos en aquella mujer, que es de otro hombre, y éste, el Paco desdichado y simplón, y por sugestiones de su misma mujer, es el que se encarga de hacer veces de componedor amigable para que todo quede en paz.

En el crítico trance parecíanle á Isabel nonada sus coqueteos con Tirol, efímera historia que pudo algunos momentos preocuparla, pero que no respondía á un interés duradero y fijo. En cambio era arraigada la afición á Jaime, que sólo

temporalmente pudieron anublar, nacidos de su vanidad, ligeros amorcillos: disipados éstos como humo, dejaban al descubierto otra vez, el cariño que la inspiraba Jaime. Y era singular—tan buena idea tenía de su primo—que considerase este afecto por el contrario que el de Tirol, compatible con el que debía á su marido. Porque la misma pureza del amor á Jaime, según el sentir de Isabel, la impedía mancharse con unos amores torpes é ilícitos, que era, después de todo, lo único en que podían parar sus relaciones con Tirol, puesto que no nacían de sentimientos elevados. Pensando en Jaime se creía Isabel mejor, más honrada, y contaba con energías para resistir si acaso, alguien, la quería inducir á tentación. Y es que, con el afecto á Jaime, renacían en su ánimo aquellos sentimientos puros, propios de la inocencia, que germinaron al mismo tiempo que el amor á Jaime en el período de la adolescencia, en que se fijan y definen los sentimientos. En los días de aflicción

suelen abundar las almas más pecadoras, en propósitos y sentimientos de honradez. Por eso reprochaba Isabel aquel desbordamiento amoroso de Jaime, aunque, por otra parte, y sin que ella se diese exacta cuenta, no podía menos de deleitarla, por poner al descubierto la inclinación de Jaime, que correspondía á la suya. Era ese un triunfo que en tal forma no esperaba Isabel, aunque, más que sospechas, tuviese seguridades de que no le era á Jaime indiferente. El haber influído en el ánimo de su primo de manera tan eficaz, era parte á que cada vez tomase mayor sentimiento por el duelo. Nadie le fué á referir á Isabel que Tirol y sus amigos hacían chacota de sus entusiasmos y que Jaime fué quien volvió por ella; pero harto sabía Isabel de sí misma que era causa de la antipatía y animadversión de aquellos dos hombres, que, en efecto, no se podían tolerar por coincidir plenamente en sus aficiones y hacer á Isabel objeto de ellas.

La mañana siguiente al baile, pocas

horas después de su conclusión, fué en traje de mañana Isabel á las habitaciones de su marido, que dormía profundo sueño. Poca gracia le hizo el despertar, pero cuando entreabrió los ojos y vió á su mujer, el gesto duro se tornó en suave y apacible. A la cuenta no era tan grande su cansancio que no recibiese con gusto en aquella guisa la visita de su mujer; la cual, adelantándose á Paco, que se disponía á decir algo expresivo y sonriente, le habló del lance, diciendo que por haberse concertado en su casa estaban ellos en el caso de intervenir.

—Ya ves; tiene que ser muy desagradable para nosotros... y yo creo que el ruego nuestro podrá mucho... Hay que hablar con los padrinos, aconsejarles que favorezcan una solución pacífica... Y para todo eso tú eres el indicado.

—Bueno, mujer, bueno... ya iré al Club, que es el centro de noticias, y me enteraré de todo... pero más tarde... si debe ser muy temprano... todo el mundo estará durmiendo.

—Bien; pues no dejes de ir... ya veremos lo que logras.

Y satisfecha de lo que acababa de hacer, dió media vuelta y se marchó corriendo. Paco la dirigió un adiós tierno, y luego, entre dientes, añadió:

—¡Qué buen corazón tiene esta Isabel!

Mejor pudiera Paco decir: ¡qué mala cabeza! pues sólo á poca serenidad y á impremeditación podía achacarse que así comprometiera á su marido en la más ridícula empresa.

Iba Paco dispuesto á cumplir el encargo de Isabel en el Club aristocrático, donde claro es que había de encontrar noticias que le inspiraran proyectos, cuando topó de manos á boca con su pariente el Conde de Alistal.

—¿Qué hay del desafío? preguntó Paco.

Y aquél, un poco contrariado, contestó, encogiéndose de hombros, que aún no se sabía nada.

—Pero ¿se batirán?

—No lo sé... allá veremos.

—Es que yo estoy dispuesto á influir

con mis trabajos para evitarlo. Se trata de dos amigos... el lance ha surgido en mi casa... palabras más ó menos... Pues nada, eso se remedia con satisfacciones...

Alistal escuchaba pasmado.—Este demonio de hombre, pensaba, vive en el limbo de los justos.

Paco insistía.

—Deseo ver á Tirol y á Jaime... quitarles eso de la cabeza.

—Tú, Paco, me vas á hacer el favor de volverte á tu casa... te lo pido por lo que más quieras en el mundo.

Usó Alistal tal tono de sinceridad, dió tan sentido carácter á sus palabras, que Paco, sin atreverse á nuevas porfías, volvió preocupado á su casa. Relacionaba las desazones é interés de su mujer y la actitud seria y reservada de Alistal; sentía en su alma presentimientos de algo raro y extraordinario en que no se atrevía á pensar. Un casual suceso vino á darle la clave de sus presentimientos. Tornó en seguida á casa y entró de rondón en el cuarto de la desprevenida Isabel, que no

esperaba tan pronta vuelta de su marido. Fué la actitud de Isabel en presencia de Paco la de la niña á quien se sorprende escribiendo un billete amoroso. Por espontáneo movimiento intentó Isabel ocultar el papel que escribía. Ni ha de extrañarse su precipitación, si se atiende á que, abandonada por su marido, gozando una libertad que frisaba en independencia, nunca tuvo Isabel que andar con misterios y tapujos.

En presencia de su marido, que clavaba en ella terribles miradas, Isabel permaneció inmóvil, escondido en la mano derecha el papel, que arrugó por rápido y nervioso movimiento.

—¿Qué es eso? Enseña.

—No es nada, nada.

La voz, el tono, la actitud vendían á Isabel. Ya Paco relacionaba las sospechas de ahora con los presentimientos de antes. Más que los labios, hablaban los ojos: á éstos, que se habían quedado como inmóviles, sin pestañeo, agolpábanse la sospecha, el temor, la curiosi-

dad, los más contradictorios sentimientos: dijérase que el alma estaba en los ojos, según se concentraba en ellos la expresión. La escena fué breve: Paco puso fin á la resistencia pasiva de Isabel apretando su brazo con presión nerviosa. Isabel dejó á Paco el papel y permaneció inmóvil. Era una carta para Tirol; una carta en que Isabel hablaba de todo lo pasado, afeaba su conducta y le exigía que no volviese á dedicarse á ella. Así esta carta de Isabel servía de delación á Paco, quitábale la venda de los ojos, explicábale una porción de misterios. Paco pasó de extremo á extremo: de la seguridad completa á la desconfianza absoluta, de la benevolencia extraordinaria al exagerado rigor. Creyó irremediable su desgracia, vió deshonras que no existían.

Son los hombres flemáticos de prontos temibles: nace en éstos la incomodidad de improviso, á manera de racha. Una oleada de sangre encendió de repente su rostro, pálido antes como los mármoles: envuelta en espuma salió una imprecación

de sus labios; abandonándose á sus irascibilidades, puso las manos en su mujer, y no cesó de golpearla hasta que quedó sin sentido.

Dominado por agitación extraordinaria se encerró Paco en su habitación, que dió en recorrer á grandes pasos con movimientos de loco. Cuando cesó algo el acaloramiento y la reflexión se abrió paso, sintió remordimientos y vergüenzas, que le indujeron á nuevos extremos. Ni quiso tomar alimento ni abandonar el retiro de su cuarto: la debilidad del cuerpo y la incesante labor de la imaginación, produjeron fiebre. Hay debilidades verdaderamente temibles: Paco no acertó antes á dominar á su mujer; en el trance aquel no acertaba á dominarse á sí mismo.

En tal estado de perturbación le sorprendieron dos cartas, que hubieron de agravar su mal hasta el punto de hacerle irremediable. El administrador de Baza le escribía que se hallaba en el caso de poner en venta el cortijo para satisfacer

acreedores, que amenazaban con proceder por justicia: Martín Galán exigía el inmediato pago de 50.000 duros. A los ojos de Paco se ofreció con toda su amenazadora fealdad el espectro de la ruina. Abrió Paco maquinalmente el cajón donde guardaba sus papeles: apareció limpio y reluciente revólver á su vista: había dado con una solución; cuál pudiese ser ésta se lo imaginaría, sin duda, quien notase la expresión siniestra de su rostro. Para Paco no había ya en el mundo más que su deshonra y su ruina. Creyó, por una especie de ilusión del mal, que á los ojos de todo el mundo se ofrecían con la propia claridad para su mayor vergüenza, y que nadie vería en la realidad sino lo que mortificaba su imaginación.

Puesto el revólver encima de la mesa, volvió á recorrer la habitación á grandes pasos. Era el revólver objetivo real que atraía sus miradas. Concluía una lluviosa tarde de Enero y espesaban las sombras. La complicidad de éstas servía á Paco de incitante poderoso. Parecíale á él mismo

que si alumbrase el sol con claridad meridiana, le faltaría decisión. Se acercó Paco á la mesa: con temblor del pulso y movimiento nervioso de la mano, escribió en letras desiguales y grandes:

«No quiero sobrevivir á mi ruina.

Paco.»

Se abalanzó al revólver con ahinco, poniendo marcado empeño en vencer una secreta fuerza que se oponía á su resolución: era la voz de la naturaleza que protestaba. Procedió con celeridad como si temiera que, dándose tiempo á pensar, acabaría por rechazar la idea. La lucha le cansaba: era preciso dar fin. Sonó una detonación y cayó al suelo.





XIX.

STABA lluviosa y fría la tarde. El Club aristocrático se hallaba sumamente concurrido: lleno el salón principal de animados grupos, en que se hacían diversos comentarios al lance de Jaime y de Tirol. Llegó el Conde de Alistal.

—¿Qué tal sigue Tirol? le preguntaron una porción acercándose.

—Nada bien: vengo ahora de su casa... precisamente salía el Doctor Rubio.

—¿Y qué dijo?

—Nada: le encontré muy reservado... La herida fué grave, y la calentura es intensísima... Allí quedan Pepe Osorio, Chevaleta y varios más... yo velaré esta noche.

Corría ya por Madrid la historia, con tales añadidos, que mejor podía llamarse novela. Los mismos embustes que se referían picaban la curiosidad haciendo veces de aperitivos: así, cuantos llegaban al Club, se apresuraban á pedir la versión oficial, auténtica. Sentado en uno de los divanes rojos, recitaba Alistal la historia.

A las dos y media estábamos en las afueras de la Casa de Campo... Los dos rivales parecían serenos y tranquilos. Bien creí yo que no hubiésemos llegado al doloroso extremo...

—Cuenta, cuenta esos precedentes... yo no sé nada.

—¿También eso? Bueno. Vamos allá... Pues Sales y Osorio, que eran padrinos de Tirol, y Ramiro Fuentes y yo, que lo éramos de Jaime, propusimos que mediasen explicaciones mutuas, y que ya redactaríamos un acta que, salvando su dignidad, terminase la cuestión de manera pacífica y honrosa. Tirol se mostraba propicio, pero Jaime se negó terminantemente á dar ninguna satisfacción.

En vano intenté yo reducirlo... Una y otra vez dijo que no le gustaban las farsas... que no se avenía á representar un papel de comedia; que aquélla semejaría una ficción ridícula. El carácter de Jaime es así, resuelto. Yo tenía interés en que no fuesen al terreno por la madre de Jaime, que me buscó llorosa y compungida para suplicarme que procurase la avenencia. Me lo pidió la pobre señora por Dios, y bien sabe Dios que hubiera querido complacerla. No fué posible. Lo único que pude conseguir es que el duelo no fuese á muerte, como Jaime proponía, sino á primera sangre: todos los padrinos estuvimos en esto de acuerdo, pues eran excelentes las disposiciones de todos... Como ya dije, en el lance se presentaron ambos contendientes muy serenos. A juzgar por las apariencias, era mayor la emoción de los que sólo estábamos llamados á presenciar. A bien que nosotros no teníamos por qué disimular una emoción que inspiraba el prójimo y que nada tenía que ver con nosotros mismos, y á

ellos inducíales á ocultar la emoción suya el mismo amor propio.

La verdad es que el lance era serio. Tirol es tirador excelente, y ya tiene de eso la fama. Jaime, que no se ha visto en ocasiones de adquirir esa nombradía, es también todo un buen tirador. Hoy lo ha demostrado, yéndose á fondo con maestría, sin que acertase la habilidad de Tirol á detener el certero golpe. Tirol cayó al suelo sin sentido: la sangre salía á borbotones de su cabeza. El Doctor Rubio, que llevamos á prevención, le vendó, é inmediatamente le trajeron á Madrid puestos á todo galopar los caballos. Yo acompañé á Jaime á su casa primero, y á la estación después, que quiso dar un abrazo á su hermana y á su madre antes de marchar á Constantinopla.

—Pero ¿se fué ya Jaime? interrumpieron varios con extrañeza reveladora del desencanto que sufrían por no poder ver y hablar al héroe de tan tristemente célebre jornada.

—Sí; se fué, y mucho me encargó que

en su nombre diese un adiós á todos los amigos; con que ya lo sabéis: por lo que se refiere á vosotros, queda cumplido el encargo.

A la narración de Alistal siguieron los comentarios generales. Se volvía sobre el incidente que dió ocasión al desafío.

—Yo bien comprendo, decía uno, testigo presencial de la reyerta de Tirol y Jaime, bien comprendo que Jaime se considerase ofendido: lo que ya me parece raro, es que no se aviniese á entrar en explicaciones. Y ha sido lástima... Porque vamos á cuentas, caballeros: la verdad es que la cosa no merecía tanta sangre. Si hubiese por medio una de esas faltas que llegan á lo vivo del alma y comprometen seriamente la honra; si se tratase de un marido agraviado, entonces lo comprendo todo; pero en este caso...

Y en tanto que éste se encogía de hombros, apuntaba otro, con más filosofía de la que sospechaba él mismo:

—Y sin embargo, explicación no faltará: todas las cosas la tienen.

—Sí, insistió aquél; sólo que á veces una cosa grave trae su origen en otra pequeña... una terquedad, un capricho. Yo estuve presente al altercado de Jaime y de Tirol. Alguien que no fué Tirol anduvo ligero de lengua; y se dirá que debió Tirol atajarle, en vez de celebrar el dicho; lo cierto es que le dió el valor de una broma. Jaime lo tomó á mala parte, se acaloró y también estuvo durito. Pero, señores, bien mirado, todo era cuestión de voquibles. ¡Y cuántos lances, originados en más graves cuestiones, han terminado en casa de Lhardy!

—Periquito Rosales está hoy de vena, dijo uno de los liliputienses.

Fué hacia otro grupo Alistal, y oyó que Eulogio Barrón, un pollo que ya hacía muchos años galleaba, hacía alusión á los amores que Isabel tuvo en otro tiempo con Jaime:

—Sin atreverme á sentar una afirmación, pues carezco de datos.

Eulogio usaba tono de declamación oratoria: aventuró la especie como mera

sospecha de si esto podría relacionarse con aquello. Eulogio Barrón poníase en la pista. Alistal, para desviar la cuestión de aquel punto peligroso, dijo de las ideas de Jaime, acerca del honor, que eran demasiado rigurosas é inflexibles... quizás caballerescas con exceso. Escrúpulos del Marqués de Montoro muy propios de su puntilloso amor propio, fueron, pues, los que rechazaron toda idea de explicación.

Amigo íntimo y compañero inseparable de Jaime, había recibido Alistal grave disgusto con aquella historia, de que él conocía perfectamente todas las interioridades. Apenado Jaime, querellábase al buen amigo de sus desdichas, desahogábase en las espontaneidades de la amistad, confesándole los secretos de su alma. Hay momentos en que ésta, como si ya no pudiese sola con sus pesares, tiene que confiárselos á otra: confesando sus penas, se hace el alma bien á sí misma; y esto aparte del consuelo que pueda recibir del alma amiga á quien se descubre. Movió también á Jaime, de muy princi-

pal manera, á enterar de todo á su amigo, el deseo de recibir por él noticias. Que sólo renunciaba Jaime á seguir en Madrid, y esto á costa de gran sacrificio, llevando la certidumbre de que no había de ignorar cuanto en Madrid ocurriese.

La marcha de Jaime, sus confidencias, pusieron á Alistal mustio y triste: en vano disimulaba su preocupación, hablando con sus amigos del Club. Volvían insistentes á la memoria de Alistal las frases dolidas de Jaime, en que claramente se revelaba el hondo sufrir de su corazón.

Cuanto más se alejaba Isabel de mí, le dijo Jaime; cuanto más disipaba su amor en coqueteos, más se arraigaba en mí la inclinación á ella.—Y añadía:—De este mal sólo puede curarme la ausencia: y aunque no me cure de él, aunque lo padezca mientras viva, la ausencia hará que no se aumente produciendo irremediables desgracias.

Sorprendido Alistal por los secretos y las decisiones de su amigo, no pudo menos de aprobar éstas.—En efecto, de-

cíase, esos males sólo se curan huyendo.

Cada vez que le interrogaban sobre los motivos de la ausencia de Jaime, recordaba Alistal, como si las estuviese oyendo, sus palabras, en tanto que contestaba:—¡Psch! Se comprende... era molesto para él... además, que ya tenía que marcharse en uno de estos días. Con que vale más que se marchase en seguida, evitando comentarios que habrían de serle ingratos y enojosos. En efecto; figúrense Vds. que viniese hoy por aquí... sería un verdadero asedio... le acribillarían á preguntas.—Y pasando á otro punto, añadió:—De lo que iba muy pesaroso Jaime, era de que pudiese tener malas consecuencias la herida de Tirol... Me dejó muy encargado que no dejase de enviarle noticias.

Entró en aquella habitación Ramiro Arzola: venía horrorizado, demudada la color, incierta la vista.

—Es espantoso, horrible lo que acaba de suceder. Se ha suicidado Paco Puente.

—Pero ¿es posible?

—Por desgracia es seguro. Vengo de enterarme de su casa: no lo quería creer... parece mentira!...

—Si estuvo tan satisfecho en el baile, decía Barrón.

—¡Pero qué! si aun esta mañana estuvo conmigo, añadía Alistal, hondamente impresionado. ¡Jesús, qué tremenda desgracia!... Nunca se da una sola... ¡Pobre Isabel!... me voy corriendo á su casa... ¡Qué horror... qué horror!...

Y nadie se atrevía á preguntar en alta voz, porque á todos les imponía la desgracia, y era el respeto mismo razón de que no quisiesen remover las causas. Se reflejaban en las conversaciones de todos impresiones de asombro, extrañeza y sentimiento, natural éste, porque Paco tenía todos sus amigos entre los socios del Club, al cual era de los más asiduos asistentes.

A poco de llegar la noticia, y después de cambiarse las impresiones primeras, desfilaron la mayor parte de los concurrentes para ir á casa de Armas á ente-

rarse del suceso por sí mismos. Sólo allá, en el cuarto de lectura, apoyado en una mesa, atentamente escuchado por dos de sus amigos, daba Blasito Guinea rienda suelta á la murmuración, á que era de suyo tan inclinado.

—Señores, Paco, por lo visto, descubrió algo gordo... por el hilo se saca el ovillo... No se mata un hombre así, á humo de pajas... Fijaros en las coincidencias: á las pocas horas del duelo entre Tirol, cortejo de Isabel, y Jaime, primo suyo, se mata Paco. ¡Hum! Todo esto me escama... ya veo yo ahí un drama con sus correspondientes infidelidades, sorpresas, celos... ¡Pobre Paco!... fué la víctima propiciatoria: se inmoló á sí mismo. El Vizconde de Armas muerto... Luis Tirol luchando entre la muerte y la vida... Jaime Montoro en viaje camino de Constantinopla... Desengañarse, estos sucesos están todos enlazados por un hilo ó cordón eléctrico que, á la cuenta, trasmitió fluido en excesiva cantidad.



XX.

INMEDIATAMENTE avisada, apenas tardó en presentarse en casa de Isabel su tía la Marquesa viuda de Montoro. ¡Triste espectáculo el que se ofreció á sus ojos! Un clérigo murmurando latines, aplicaba el Sacramento de la Extremaunción á Paco, que luchaba con las mortales ansias de la agonía. Parecía querer hablar, pero sólo salían de su garganta los ronquidos del estertor. Iban de Isabel al Cura, como en solicitación de misericordia, las frías miradas de sus empañados ojos. Apenas terminada la administración, hizo Paco un ligero movimiento como para incorporarse, se contrajo su descompuesto ros-

tro con una rara mueca y cayó difunto. Isabel, que estaba de rodillas al pie del lecho, se levantó y acercó á su marido en actitud de sorpresa, muy abiertos los ojos, como para cerciorarse de lo que ya veían y aún se negaban á creer. Sintió su corazón dolor extremo, semejante á punzada agudísima; dió un vuelco su razón, y de su cuerpo, que estremeció el escalofrío, salió una carcajada histérica, nerviosa, que helaba la sangre, al mismo tiempo que, rindiéndose al peso de tanta desdicha, rodaba exánime su cuerpo. Los presentes estaban consternados, que no cabe impresión más triste que la que causa la risa de la locura, ante el espectáculo de la desgracia.

Trasladada Isabel á su cuarto, aflojadas las ropas, humedecidas las sienes—según disposiciones del Doctor Rubio, allí presente,—volvió Isabel á la vida, pero no á la razón: mostraba el desconcierto mental dando voces descompuestas, diciendo cosas incoherentes que llamaban lágrimas á los ojos de quienes

presenciaban su mal. Ella, en cambio, no podía llorar: la sequedad y endurecimiento de su alma empeoraban su situación: estaba privada de la acción benéfica del llanto, que en tales casos limpia el alma de pesares. De los labios de Isabel brotaban quejas y recriminaciones: llamaba á gritos á Paco; pugnaba porque la dejasen ir á sus habitaciones. Desasiéndose de quienes la sujetaban, se arrastraba por los suelos mesándose los cabellos y sin dejar un punto de dar voces. A tan extremada agitación, sucedió al cabo de buen rato el aplanamiento, pero no por eso cesó de delirar. Algunas horas después, y como todavía no cediese el alarmante estado, propuso el Doctor Rubio que se la llevase al cuarto de su marido, convertido ya en capilla ardiente. Esperaba el Doctor que la brusca impresión ocasionase un movimiento de reacción en su ánimo, que la imponente realidad, concentrando su atención, por el natural esfuerzo, la hiciese volver al juicio.

Fijó, en efecto, la atención de Isabel el rígido cadáver, que descansaba sobre negro túmulo, iluminado por los amarillos reflejos de los blandones. Quedóse muda, extática, sin habla ni movimientos. La secreta crisis se resolvió en un expansivo arranque; cubrió de besos el rostro de su marido; cayó después en brazos de su tía, y en ellos permaneció largo rato, en tanto que las ondas de lágrimas subían abundantes á sus ojos, y los francos gimoteos y las lágrimas de dolor y de ternura, aumentaban como evocadas por conjuro con los cariñosos consuelos de su tía.

—Cálmate, hija, cálmate por la Virgen... Es preciso que tengas resignación. Son cosas que manda Dios, y no hay más remedio que sufrirlas.

En tanto, el Doctor Rubio le decía por lo bajo á Alistal, con aquella flemática frialdad que le era característica:

—Vea V., Conde, la influencia de un pobre muerto que vuelve su mujer á la vida de la razón. Como V. ve, no fué

privilegio exclusivo del Cid eso de hacer proezas después de morirse.

Alistal, á pesar suyo, pensó para su capote:—¡Lástima que Paco no tuviese en vida la influencia que ha tenido en muerte sobre su mujer!—Y continuaba diciéndose:—La verdad es que el lance ha sido soberano. Salir del baile, donde lució y gozó Isabel como ninguna; estar aún bajo la directa halagadora impresión de tales recuerdos, y encontrarse impensadamente con el cadáver de su marido tendido en el suelo, humeante á su lado el revólver, cosa propia es, por lo terrible, para volver el juicio á cualquiera.

Notábanse por todos lados en las desordenadas habitaciones residuos del baile. Aún había tiestos con hermosas plantas de invernáculo en la escalera y en las galerías; rodaban por el suelo *bouquets* del cotillón; lucían sobre las mesas ramos de frescas flores valencianas, y el grato aroma que llenaba el ambiente entreverábase ya con el poco grato olor de

los desinfectantes. ¡Extrañas ironías del destino; burlas singulares de la suerte!

Cuando el mismo rendimiento y cansancio permitieron que conciliase Isabel sueño, aunque poco tranquilo, reparador, ocupáronse la Marquesa y Alistal en recoger y poner en orden cuanto Paco tuviese en su despacho, muy principalmente instigados por el deseo de averiguar los móviles que pudieron llevarle á resolución tan extrema. Ya el ayuda de cámara de Paco les enteró de que éste, encerrado en sus habitaciones, no quiso recibir á nadie, ni siquiera almorzar, diciendo que no se encontraba bien; les dijo también que por la mañana tuvo el señor una fuerte riña con la señora: las doncellas oyeron los gritos. Al anochecer les sorprendió una detonación ruidosa: corrieron todos, y también la señora, al cuarto del señor Vizconde, y le hallaron difunto.

Sobre la mesa estaba una tarjeta de Martín Galán exigiéndole el inmediato pago de 50.000 duros, y amenazando, si había demora, con proceder por justi-

cia. Allí estaba también una carta del administrador de Andalucía, anunciando exigencias de acreedores que hacían indispensable la venta del cortijo. Debajo había escrito, con letra desigual y borrosa:

«No quiero sobrevivir á mi ruina.

Paco.»

Lo que no supieron fué que Paco murió convencido de su deshonra. Quizás esto mismo fué parte á que le pareciera insufrible la pobreza: ello es indudable que la coincidencia de dos tan graves males llevó la exaltación á un espíritu pacífico y tranquilo de ordinario.

Medio cerrada, con tan escasa luz que apenas se distinguían las personas, tenía aspecto de lobreguez aquella habitación, en que durante nueve días estuvo Isabel rodeada de enlutados parientes que hablaban bajo y suspiraban alto, según es de rúbrica en los duelos. Isabel no quiso recibir: sólo entraban, amén de los parientes próximos, los amigos muy íntimos. Isabel oyó una vez y otra las mis-

mas frases hechas, esos lugares comunes del pésame, que más afligen que consuelan. Eran cada día mayores su abatimiento y su dolor, y es que éste aumenta cuando, ya pasados el desconcierto y la confusión primeras, ayuda la reflexión á sentir.

Y aun hubiera subido de punto su pesar al volver á la vida ordinaria notando á su alrededor el vacío, agravado por la privación, si su tía no la llevase á vivir consigo, ocultando la ruina en que quedaba. Era, pues, su salvación, aquella grave señora, que no quiso antes ser cómplice de locuras autorizándolas con su presencia: las gentes que comieron y bailaron en su casa habían cumplido dejando en la portería tarjetas dobladas y enviando sus coches para que, puestos en fila, siguiesen el carro fúnebre hasta la Sacramental de San Justo.

Pocos días después de transcurrir los del novenario, trasladáronse la Marquesa, Pilar é Isabel al hermoso palacio que, rodeado de ricas dehesas, tiene en Extre-

madura la casa de Montoro. El dolor de Isabel, que acibaraban los ruidos de la corte, removiendo recuerdos de sus desdichas, adquirió allí tintes suaves, matices de melancolía, como si reflejase los apacibles tonos de la naturaleza, la serenidad de los cielos, y la misma tranquilidad y reposo propios de la vida del campo. A pesar suyo, volvían á su imaginación escenas de la vida pasada, y veíase en la platea del Real despertando curiosidades del distinguido público que llenaba la sala: á su lado Tirol diciéndola cosas atrevidas; Jaime dirigiéndola desde lejos oblicuas miradas, testimonio de los celos, y Paco contemplándola desde el fondo del palco, lleno su rostro de la satisfacción de su alma al sentirse dueño de tan celebrada beldad. Las vanidades pasadas, los efímeros triunfos, la beldad misma, causábanla enojo y vergüenza. Dijérase que molestada por sus recuerdos, quería borrarlos con lágrimas, nacidas de los dolores del corazón y los remordimientos de la conciencia.

Siempre que llegaban cartas de Jaime para su madre, conmovíase Isabel hondamente. No en vano fué el de Jaime su amor primero, amor puro, que jamás hubiera consentido en manchar con desórdenes y licencias. Así al menos pensaba ella de sí misma.

El trágico fin de su marido dejó á Isabel, más que sentida con el dolor del alma enamorada, impresionada con espanto de mujer débil, pues la adversidad hirió con fuerza delicadas fibras de su corazón, que no eran precisamente las del sentimiento amoroso. Evocó la desgracia el sentimiento del deber, despertando su alma del letargo en que la adormecieron cortesanos goces. Creía Isabel imposible su amor á Jaime sin que por ello perdiera la calma, que en tan gran dolor había aprendido las resignaciones del desengaño. Todos los deseos de Isabel se cifraban en vivir así, tranquila, apartada del mundo, á solas con sus pesares: los singulares atractivos de la melancolía llegaron á tener sobre el ánimo de Isabel poderosa

influencia. De tal modo, bajo la impresión de lo extraordinario, se trocó en quieta y reposada una existencia que prometió ser fecunda en dilapidaciones de amor y derroche de dinero.





XXI.

Desde que ocurrieron los narrados sucesos, han transcurrido siete años. Isabel vive casada en Madrid: no diré en qué calle ni en qué número, porque el lector, haciendo excusado mi bautizo, averiguaría el verdadero nombre de la protagonista, y sustituiría con su título, que figura en la *Guía*, aunque no entre los Vizcondes, el título vizcondal que me he permitido darle, en uso de la Real licencia que tienen para ello cuantos escriben novelas. Además, á Isabel, ya nadie la llama en Madrid Vizcondesa de Armas, sino Marquesa de Montoro.

Cuatro años después de la muerte de Paco, hace ahora tres y pico, enfermó de gravedad la madre de Jaime. En previ-

sión de muerte próxima, la Marquesa llamó á su hijo, que llegó á recoger el último suspiro de su madre y á oir estas ó parecidas palabras, que dijo momentos antes de espirar:

—Muy especialmente te encargo que atiendas á tu hermana y á tu prima... espero que tengan en ti sostén y amparo. —Coincidieron Jaime é Isabel en sentir muchísimo la muerte de la buena señora. Poco después se consolaban mutuamente, confesándose un amor que aumentaron el tiempo y la ausencia. Dicen que á grandes sacrificios corresponden grandes satisfacciones. No fueron pequeños sacrificios los que costó á Jaime domeñando malos impulsos condenarse al apartamiento, ni fueron menores los de Isabel venciendo su rebelde natural y encerrándose en el retiro; pero á bien que Isabel y Jaime sintieron pura, incomparable satisfacción, cuando vieron cierta su dicha.

Apenas llevan año y medio de casados: tienen un precioso niño de rubias y me-

nudas facciones que semejan las de su madre, y negros, hermosos ojos como los de su padre. Isabel mírase en los ojos de su marido y en los de su hijo, como en un mismo espejo de felicidad...

El Conde de Alistal y Pilar reciben ya felicitaciones por su próximo enlace.

Luis Tirol vino tan á menos, que tuvo que irse á Filipinas con un destinejo que logró de su amigo y colega de Club Pepe Leiva, desde hace poco tiempo ministro de la Corona.

La mayor de las de Armendía sigue en estado de merecer, y según opinión general cada vez merece menos; es lo peor del caso que Luisa no muestra la menor afición á vestir imágenes.

FIN.



ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN

MADRID, EN CASA DE MANUEL

TELLO, Á XVIII DÍAS DEL

MES DE ENERO DE

MDCCCLXXXVII.



Esta obra se halla de venta en las principales librerías de Madrid y de provincias, al precio de **3 pesetas**.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El último estudiante (novela)....	2	pesetas.
Antonia Fuertes (novela).......	2	»
Fernán Caballero y la novela en su tiempo: conferencia dada en el Ateneo de Madrid.......	1	»

[illegible]

